

MONTERREY

espejo nuestro de cada día



- rés Amaro • Guillermo Berrones • Daniel Cifuentes •
• Margarito Cuéllar • Romualdo Gallegos • Gerson Gómez •
• David González • Genaro Huacal • Joaquín Hurtado •
• Julio César Méndez • Armando Hugo Ortíz • Arnulfo Vigil •
• Alfredo Zapata Guevara •

1934
1935
1936

DOMINION

ESPEJO MESTRO DE CADA DIA



1080087262



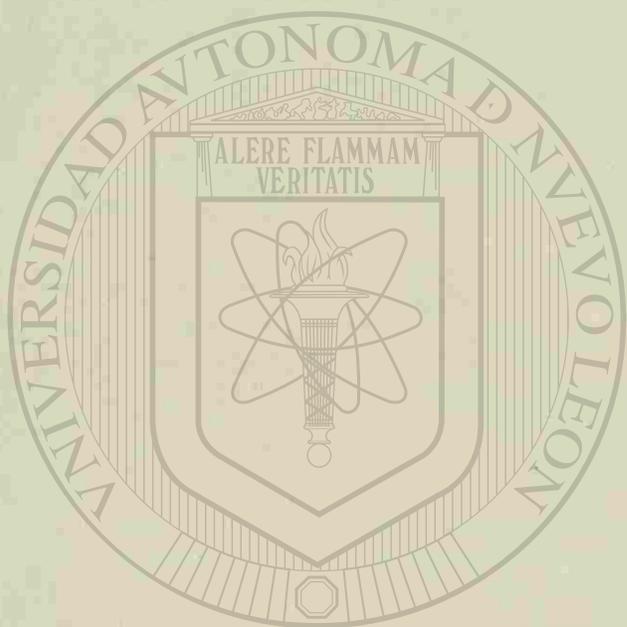
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



14772



Monterrey, espejo nuestro de cada día

Andrés Amaro / Guillermo Berrones / Daniel
Cifuentes / Margarito Cuéllar / Romualdo Gallegos / Gerson
Gómez / David González / Genaro Huacal / Joaquín
Hurtado / Julio César Méndez / Armando Hugo
Ortiz / Arnulfo Vigil / Alfredo Zapata Guevara

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Universidad Autónoma de Nuevo León
Centro de Información de Historia Regional
Facultad de Filosofía y Letras

Monterrey, México, 1996

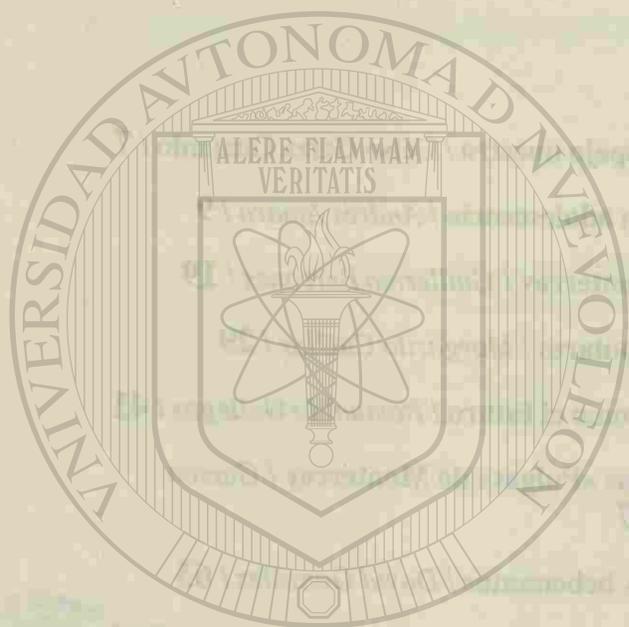
F139/
M7
M64



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Contenido

- Monterrey, espejo nuestro / Celso Garza Guajardo / 7
- Monterrey: su adolescencia / Andrés Amaro / 9
- Perfiles de Monterrey / Guillermo Berrones / 19
- Mercados populares / Margarito Cuéllar / 29
- Notas falsas como el futuro / Romualdo Gallegos / 41
- Un tour por las «Pulgas» de Monterrey / Gerson Gómez / 47
- La ruta de los bebenautas / David González / 63
- La primera vez que vi tu cara / Genaro Huacal / 83
- Monterrey 400, modelo para armar / Joaquín Hurtado / 99
- El huracán Gilberto en Santa Catarina / Julio César Méndez / 109
- Vestida y alborotada / Armando Hugo Ortiz G. / 129
- Monterrey y la cultura del shock / Arnulfo Vigil / 139
- Album regiomontano / Alfredo Zapata Guevara / 153
- Epílogo / 161



Monterrey, espejo nuestro

¿Por qué un libro como éste? Creo que *Monterrey, espejo nuestro de cada día*, responde a una visión amplia de ciudad. Su conformación permite registrar la memoria viva de una metrópoli que cumple 400 años.

En esta obra 12 autores regiomontanos interpretan Monterrey desde perspectivas y alcances a veces contrastantes entre sí. El cronista, como espejo de la ciudad, configura cuadros llenos de paisaje urbano. Al final un epílogo nos indica que en el siglo pasado la crónica era ya una realidad, una manera de deletrear y amar la ciudad.

Personajes ciudadanos, mercados populares, cantinas, centros comerciales, calles, modos de ser, catástrofes naturales y hasta la nota roja forman parte de esta galería de espejos en la que Monterrey emerge en sus rostros múltiples.

A su modo nuestros cronistas urbanos aman también Monterrey, ciudad de contrastes y pretensiones, de grandes visiones y empresas de largo alcance. Al dibujarla, a veces con rostros poco agraciados, no hacen más que hacerla más nuestra, más nítida, más transparente y más real.

Andrés Amaro, Guillermo Berrones, Margarito Cuéllar, Gerson Gómez, David González, Joaquín Hurtado, Julio César Méndez, Armando Hugo Ortiz, Arnulfo Vigil, Alfredo Zapata Guevara, Romualdo Gallegos, Genaro Huacal y Daniel Ci-

fuentes, aportan su testimonio y enfrentan el reto de homenajear lo que se quiere porque a diario se vive.

Es indiscutible que la ciudad aporta una variedad de temas, no todos tratados en esta obra, que enriquecen el tránsito cotidiano. De igual manera otras voces no están presentes. Pero este no es un libro total sino una primera propuesta que aspira a interpretar un Monterrey que se arma desde ópticas a veces contrapuestas.

La ciudad es sueño y vivencia de muchos. Adentrarse en ella es encontrar rostros desconocidos y rasgos que de alguna manera nos son familiares.

Celso Garza Guajardo

Monterrey: su adolescencia

Andrés Amaro

El carácter emprendedor, la franqueza como manto ético, el acento de habla decantado en la frase «l'iñor» y en la voz prototípica de Eduardo González «Piporro», un platillo (el cabrito), una montaña semidepredada (el Cerro de la Silla), y el pago puntual por el costo de una acusación nacional (¡tacaños!), han participado con mérito desigual en el establecimiento de la identidad de los habitantes de Monterrey.

Todos esos elementos y símbolos se desarrollaron a la sombra de una frustración: ser provincia.

Un empeño, «el engrandecimiento de la ciudad», prohió por otra parte una suerte de perfil deseable del regiomontano: enérgico y probo: modelo en la vida privada, ejemplar en la vida pública; trabajador, jamás sabe lo que es el descanso.

Esta cultura de la unanimidad convulsiona desde hace varios años.

La masificación y el anonimato propios de una ciudad metropolitana, la crisis económica, el incremento de la población, la emergencia de un pragmatismo socialmente validado, la inmigración por la que sólo en Monterrey el 25 por ciento de los habitantes es originario de otra entidad, la emergencia de grupos sociales distintos del empresariado tradicional y la diversificación misma de la Iniciativa Privada, más interesada en hacer negocios que en tutelar a la sociedad, han acompañado ese deterioro.

Fue un valor entendido suponer que el presente era una continuación, en línea recta, de la tarea constructora emprendida por don Diego de Montemayor y las doce familias que fundaron la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey hace 400 años.

Cada quien sabía lo que tenía que hacer.

No obstante, en ese sitial de las certidumbres se ha acomodado un revoltijo, donde los sacramentos coexisten con los antiguos pecados.

«Quiero vivir mi propia vida», dice la cantante Gloria Trevi.

Sin duda alguien pudo haberlo dicho antes, pero ello no le condujo al éxito.

¿Cuáles fueron los detalles de acabado de estas conductas e ideas compartidas y cuáles los hitos de su menoscabo en tanto proposición única?

¿Mezquinos o ahorrativos?

Estación Unión, 28 de septiembre de 1934. Noche.

Procedentes de la hacienda Soledad de la Mota, el general Plutarco Elías Calles y el presidente electo Lázaro Cárdenas, aún lejos de la inquina que compartirían, llegan al andén.

Encabeza la recepción el Comandante de la Sexta Zona Militar, Juan Andrew Almazán, quien ha ofrecido ya a la vista del público retazos de la ambición que le llevará a disputar la Presidencia desde la oposición en 1940.

Al día siguiente, en la Meseta de Chipinque, el militar celebra una comida para cien personas en honor de los huéspedes.

Son las dos y media de la tarde. Ahí están el gobernador Pablo Quiroga, el ingeniero Plutarco Elías Calles (alcalde), los directores de las escuelas universitarias y magistrados.

Cuando el banquete concluye, Almazán conduce a los invitados a su casa en Las Delicias, un paraje cercano. De paso,

les muestra la carretera que ha mandado construir para el ascenso a sus propiedades.

Hay un viento frío. El auto en que viajan se detiene varias veces en el trayecto, y los pasajeros descienden para admirar el paisaje boscoso.

En uno de esos intervalos, Calles, sinuoso como la carretera que observa, dispara:

—Es un esfuerzo que no merecen los ricos de Monterrey.

Será una bala perdida. La primera.

Al llegar a Las Delicias, los tres militares, Almazán, Calles y Cárdenas, recorren los alrededores de la casa, estilo colonial californiano, de reciente construcción.

Tras permanecer sentados quince minutos frente al fuego de la chimenea de la sala, los personajes se disponen a abandonar la casa a las seis de la tarde. Entonces, dos periodistas, Gustavo M. García y J.M. Powells, interceptan a Calles.

—Los periódicos no tienen el valor de publicar lo que yo diga— reta éste.

—Sí.

Le cuestionan entonces sobre un conflicto estudiantil local, para cuyo finiquito tajante los así llamados «elementos revolucionarios» han pedido autorización.

—Todo —interpreta el general— ha sido provocado por los frailes y judíos capitalistas que hay en Monterrey. Son los que han creado esta situación de intranquilidad.

Incorporado a la plática por el propio Calles —«¿qué opina, general?»— Lázaro Cárdenas dice:

«Efectivamente, aquí abundan los judíos, gente que ha estado en todos los partidos políticos y en todos los grupos armados, befriendo hoy lo que creyeron ayer».

Acaba la entrevista.

Para algunos, las acusaciones que dieran forma al prestigio de la tacañería regiomontana se habían referido sólo a un fragmento de la sociedad. Según muchos, se trataba de una adver-

tencia indirecta al general Almazán y no tenía un destinatario colectivo. Otro más indicaría que el objetivo era doble.

Lo cierto es que la imputación marcó la definición que, en chistes y ocurrencias, elaboró el país acerca del espíritu de los ciudadanos de Monterrey.

Así, era explicable que cuando, años después, el matador Lorenzo Garza, «El Ave de las Tempestades», obsequiara un toro desde la arena, el cronista de radio dijera:

—Esto es algo extraordinario, siendo Lorenzo de Monterrey.

El 25 de enero de 1942, un grupo de empresarios encabezado por el presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Monterrey, Hernán Sada Gómez, se entrevistó en la ciudad de México con el Presidente Manuel Avila Camacho.

Apenas concluido el encuentro, se generó la especie, asida a dos manos entre la ficción y la anécdota.

Al ordenar el Presidente que se sirviera un banquete a la delegación regiomontana, el Secretario de Economía, contagiado de la templanza presupuestaria de los convidados, habría salido presto a efectuar una gira por las tiendas de abarrotes capitalistas para, en la comparación, encontrar los mejores precios.

No pocos mexicanos formularon una idea acerca de la vida cotidiana de Monterrey a través de los chistes de los que era materia. La incriminación, así, se adhirió a cada referencia sobre los regiomontanos. Ellos siempre rechazaron el cargo, si bien ninguno estuvo dispuesto a gastar nada en desmentirlo.

La prosperidad, local; la miseria, importada

Para el inicio de la década de los cincuenta, la sociedad regiomontana tenía señaladas ya cuatro plagas que hollaban esa «tierra linda y sultana»: braceros, mariachis, mendigos y puesteros.

A la alarma le antecedían apreciaciones como la del general Eulogio Ortiz, Jefe de las Operaciones Militares en la ciudad, aunque natal de Chihuahua.

«En Monterrey —aseguraba— no hay un solo limosnero, porque tanto el gobierno como los hombres de negocios abren factorías, fomentan las industrias y levantan fincas urbanas. Bajo estas condiciones, sería un sarcasmo encontrar vagos o limosneros».

Y si no un sarcasmo, por lo menos una broma de pésimo gusto.

Si la miseria no es una condición socioeconómica, entonces es un accidente de la moralidad, una consecuencia natural de la falta de vergüenza.

La ciudad ya se ve a sí misma, en esa época, como la meta de todas las aspiraciones. Y a los braceros que, provenientes de otros estados del país deambulan por las calles a la espera de ser contratados por granjeros norteamericanos, como el factor que distorsiona el paisaje.

Se les reprocha su desaliño y la inactividad propia de cualquier desempleado pero interpretada como tendencia irremediable a la pereza.

A la percepción de su desdoro, se suma la presunción sobre su **baja condición moral**, su **nula cultura** y, herejía de la civilidad, su cortedad de miras.

En otras palabras, los braceros constituyen la antítesis ambulante del visionario.

Mientras caminan o yacen en los linderos de las vías de ferrocarril, en la orilla norte de la ciudad originaria, se dejan distraer por la preocupación de encontrar trabajo, en lugar de pensar que deben estar presentes en la consecución de los más altos destinos de la patria.

Solos y en zozobra, generan el despegue definitivo de un tipo de oferta problemática: la del comercio informal. En el barrio **El Nacional**, ante un mercado cautivo de braceros y mariachis de guitarrón terciado, los puesteros se multiplican y elevan el precio del plato de frijoles a un peso con cincuenta centavos. Y caldudito.

La condena no consiste sólo en un prurito estético-moral.

Para la sociedad regiomontana, la presencia de **otros** mexicanos, virtualmente dotados de extranjería, es peligrosa. Y no sólo porque pretendieran vivir al cobijo de un programa al que no han contribuido, sino porque merced a su carencia de iniciativa podrían detenerlo.

En el esquema, recurrente durante los conflictos de las zonas marginadas en los sesentas, la prosperidad reivindica su origen vernáculo. Los ingredientes contradictorios son forasteros. Y la inmigración masiva, el caballo de troya del pesimismo y la indiferencia tan dañinos para la productividad.

Momentos críticos

1. «Hay una frase de uso común entre nosotros y que sirve en ocasiones de disculpa para nuestra falta de equidad... Cuando se dice **negocios son negocios** podría jurar que allí hay una injusticia, que hay una acción que no se quiere clasificar instintivamente en la esfera moral, porque resultaría oprobiosa, y por eso se deja aparte».

Don Joel Rocha, hombre de su tiempo, hace la advertencia en el mediodía del tres de abril de 1941. Lo escuchan miembros del Club Sembradores de Amistad en el Casino Monterrey.

Del brazo de su intención por rectificar un camino que percibe equivocado, sospecha la proximidad del fin de una filosofía empresarial. Ésta cimentaba hasta entonces el liderazgo moral del sector. Y en ella abrevaban también conceptos tan caros como la franqueza (indicador del elevado precio de la palabra empeñada) y la solidaridad.

2. Había, en 1940, una pregunta manida que entrañaba, sin embargo, la elección de los iconos a través de los cuales la ciudad buscaba confirmar que su grandeza era equivalente a su contribución al Producto Interno Bruto:

Cuando un amigo o familia visita Monterrey por primera vez ¿qué lugares le recomiendas visitar?

Entonces, las calles comerciales, los barrios residenciales, el Círculo Mercantil, el Palacio Federal, el Hospital Muguierza, el Casino Monterrey... y las fábricas, «crisol de nuestros afanes», formaban parte de la constelación en la ruta crítica de la identidad.

Hacia el inicio de los ochenta, el concepto revalidó su razón de ser en la construcción de la Macroplaza, «la más grande del mundo».

Cintermex, el complejo edificado en los terrenos de la antigua Fundidora Monterrey, no sería mundialmente el centro de negocios de mayor amplitud, pero sí «el más importante de América Latina».

Precedida por una cultura del recato que desdeñaba el «apantalle» atribuido a los palacios porfiristas, la ciudad empezaba a expresar la percepción de su grandeza y de la pujanza de quienes la dirigían en la monumentalidad de sus espacios públicos.

Ha sido de esta manera que el espíritu colectivo ha transitado la arquitectura contemporánea por una vía preferencial: el tamaño.

3. Los deportistas, Clemente Sánchez y Francisco Javier «El Abuelo» Cruz, distanciados por las fechas de su respectiva plenitud, coinciden no obstante en el mecanismo social de su éxito: ambos son catapultados desde la carencia.

Sánchez abandona la Jefatura de Créditos y Cobranzas de la tienda El Boulevard («Paso a paso, despacito»). Con la anuencia y apoyo del propietario, don Arturo Elizondo Dávila.

«El Abuelo», a su vez, emerge de las que fueran originalmente las goteras de la ciudad.

Ambos sin embargo, protagonizan acontecimientos sociales puntualmente opuestos.

Campeón mundial de los pesos pluma cuando nadie apostaba por él, Sánchez Xicoténcatl es aclamado por diez mil personas que lo reciben a su regreso de Japón, el 22 de mayo de

1972. El alcalde lo declara «Ciudadano Distinguido». El Presidente de la República le llama por teléfono para felicitarlo.

Menos de seis meses después, su derrota ante el cubano José Legra (promedio de una caída por asalto) en la Monumental Monterrey le hace ganar un estruendoso abucheo del que no se recuperará nunca.

Hasta aquí la ciudad enaltece el triunfo y difícilmente perdona la derrota.

Sábado 21 de junio de 1986. Otra historia. Agonía de la contienda entre las Selecciones de México y Alemania por el pase a la semifinal del Mundial de Fútbol. En serie de penalties, Fernando Quirarte invierte toda su angustia en un disparo a media altura y por el centro que termina el viaje en el pie izquierdo del portero alemán Schumacher.

—¡Chinnn...!— se escucha en el Estadio Universitario. Unos lo dicen; otros nada más lo sienten.

Pero después todos van a la Macroplaza. Es una noche de cerveza, caravanas de autos y tolerancia policíaca. La ciudad ostenta y festeja una derrota que encuentra su mejor expresión plástica en las lágrimas derramadas por «El Abuelo» cuando el partido había terminado y la esperanza era ya un nido de escombros.

Los regiomontanos siguen siendo emprendedores. Pero ya no compensa su esfuerzo un canto para sus glorias.

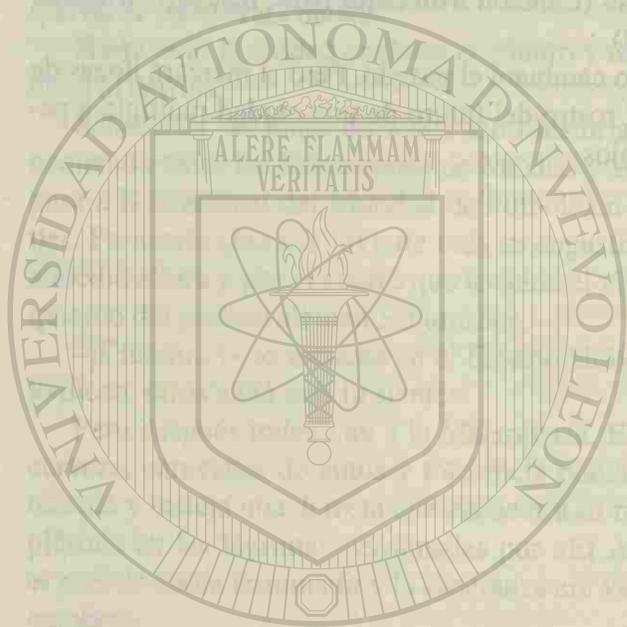
Desdeñan la épica. Y, siempre que se puede, también la austeridad: la reinversión ya no es el pozo donde se entierran vivos los deseos; una buena parte de los excedentes son empleados en divertirse.

En su afán de imaginarse cosmopolita, Monterrey abrió posibilidades lúdicas. A regañadientes, aceptó largas cabelleras masculinas, hot pants y minifaldas en los setentas. Y es

que no es lo mismo ser «una descocada» que un maniquí de Mary Quant.

No hace tanto, la vida personal fluía a la sombra de un anhelo imprescindible que hoy no tiene que conformarse con el uso de las horas muertas: «Si no me olvidas, siempre felices seremos los dos» (Canción **Morenita Mía**, maestro Armando Villareal, 1922).

Todo ello no cambiará el pasado. Pero sí marcará líneas de expresión en el rostro del futuro de una ciudad múltiple a pesar de sus sonrojos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Perfiles de Monterrey

Guillermo Berrones

Monterrey tiene una T como símbolo divino que se alza entre montañas y sierras más allá de la esterilidad desértica de aridoamérica. Ciertamente un oasis paradisiaco en el noreste de México. Y si en el paraíso bíblico fue imposible a los deseos de la carne y a las bondades de la pasión, los adanes y las evas de esta ciudad metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey estamos eximidos de impuestos pecatoriales.

Nuestra ciudad no cuenta con un pasado de pirámides y dioses de granito. No tuvimos serpientes emplumadas ni códigos lingüísticos cargados de espantosas X. Los pocos nativos, bravos y cerreros, perecieron ensartados en las lanzas españolas o despanzurrados por el filo oxidado de las espadas de los robotines gallegos y andaluces. A nosotros no nos alcanzó la maldición de la Malinche. Somos de ascendencia ibérica. Somos puros. Puros cabrones que nos la hemos pasado haciendo billetes a costa del que se deje explotar, creando emporios cerveceros, del vidrio y acereros para formar la nueva burguesía regia. Y ya no le sigo por no semejarle al otro extremo del hilo: al de los caudillos rojos de la clase trabajadora.

Ese es el origen de nuestro Monterrey de las montañas, de las fálicas chimeneas que escupen gargajos de hollín al cielo y nos vuelven a caer en la cara. Es la ciudad que abre impúdica sus bragas al vecino del norte para que nos entre el TLC. Aquí

perdió su vieja don Diego ante Alberto del Canto. Es la metrópoli que coge, recoge y acoge a todo aquel que quiera venirse en ella.

Soy poco afecto a los dinosaurios. Pero un día, uno de ellos tuvo un rato de lucidez y de colmillo, me parece que era algo así como un *velociraptor politicus erectus*, abrió su hocico para sentenciar que Monterrey era una ciudad enana, chata y en calzones, contradiciendo a Alfonso Reyes que alguna vez la señaló como un obrero en mangas de camisa. En esa ocasión coincidí con ese alfonsino ejemplar del Jurassic Park. Y creo que seguimos siendo chatos aunque resollemos bien. Somos todavía una ciudad enlatada, en conserva, *made in export*. Nos asusta el fantasma de la moral y vivimos con el Jesús en la boca y no precisamente porque ahora vivamos a puro PAN. De día hacemos por la vida sellando puertas de cantina, impugnando bares de bikini open, clausurando cines de películas porno, encerrando maricones y censurándole las minifaldas a las edecanes de los servir. Y de noche. Ay, bendita noche, por fin llegas con la belleza de tus luces y la magia de tus misterios. Saltamos a la calle catapultados por la fiera energía del deseo para ser felices. Las marquesas en sus marquises buscan el farol roto de una calle cualquiera. Vestidas y alborotadas se la pasan rondando tu esquina. Y nos bebemos las horas de la noche en los sagrados recintos de música y baile liberados de la etiqueta de funcionarios, curas o maestros. Jineteamos en nuestras propias fantasías hasta caer exhaustos por la mañana y despertamos aguijoneados por este sol de Monterrey que nos beatifica y volvemos a las andadas moralizantes, a enlatarnos para conservar la pureza lavando nuestras culpas en el río de la censura. Ese es el Monterrey nuestro que se debate en el lúdico placer de las palabras con su picardía norteña que desde el meritito norte agita su mano cardenalicia: «Hermosa república mexicana: desde el Cerro de la Sida, Montegay te saluda».

Mercado nocturno

No es el barrio chino de San Francisco. Pudiera parecer una calle de Hong Kong. Wall Street se estemecería si la comparamos con lo que en un tiempo significó la calle Carlos Salazar en el centro de Monterrey. De Doctor Coss a Juárez la noche sodomizó a los transeúntes. Elegantes y sexys, las locas conquistaron la mirada de los trasnochados, de los bugas, los bebedores del insomnio. Nalgas al aire ofreciendo la fuerza de los placeres anales. Atrofiadas virilidades escondidas en el refajo de una tanga de playboy. Esfinges descubriendo sus secretos al amparo de las sombras. Belleza petrificada en el dintel de las casonas antiguas. Hombres maquillados buscando el pan de cada día en el ejercicio contranatura. Hombres muy hombres cazando el pecado. La calle es una caravana de vehículos rodando silenciosos muy por abajo del límite permitido de velocidad. Sin bocinazos ni cerrones. La tolerancia rige. A la llegada de las sirenas y las torretas centellantes volaron las palomas. Acaso mensajeras del apocalipsis. Acaso crisálidas mimetizadas por la luna. Se vaciaron las cuadras. Las puertas se cerraron y el barrio se volvió más antiguo. Los carros volvieron a correr veloces. Ahora vagan dispersas en la ciudad. Rondando las esquinas. Están por todas partes sacando la semilla de los hombres. Y cobran. Cincuenta oral y cien completo.

Adiós al Acapulco

Luces de colores. Ambiente de cumbia caliente. Aroma de encierro mezclado con el perfume barato de las mujeres. La pista es un patinadero de escupitajos espesos. Servicio las veinticuatro horas del día. Los mirones son de palo, pero no estorban. Ven. Miradas de rimel te llaman a guiños. Carne joven envuelta en bikinis tornasolados de playa. Camisones transparentes colgados en la pared. Zapatillas de cristal, de ante y de

chaquira. Princesas, ángeles y hadas rasuradas del pubis y con el calzón hundido en sus nalgas. Grupos haciendo el meneito bajo una falda de olanes cortísima. Rubias forzadas con peróxido. Casi cholas. «Yo no bailo, si quieres vamos al cuarto. Por veinte pesos más me quito todo». Para todos hay. Cuerpos amorfos en traje de camiseta decorados por ellas mismas con Pait Writers. Risas coloradas en la penumbra enrojecida por el anuncio luminoso del fondo. Una palmera de neón y Acapulco con la P fundida.

La belleza de los borrachos está sobre las mesas. De cuatro en cuatro. No cover. Los precios están bien claros sobre la pared. Por botella, por cerveza y por pieza bailada. «Yo nada más bailo. Tengo mi trabajo, pero no me alcanza y vengo aquí para completar el gasto». Bajo las mesas un collage de chicles espera ser descubierto por los amantes de la plástica. El mingitorio huele a naftalina y a hojas quemadas. Incienso que reseca la boca. Mota bendita. La soda huele a billete nuevo.

Lamidito de pelo. Zapato blanco y pantalón igual. Chaleco de seda azul y camisa celeste. Sesenta años se cuelgan de una gorda frondosa que le brinda sus pechos de almohada al canto de Julio Jaramillo. Vaquero de botas a sombrero hunde sus piernas de Pepeco entre los muslos de la mejor de la noche. La radiola tiene su turno en los intermedios de la música viva. Nunca hay silencio. «Si pagas hago de todo. Por salir es otra feria». No has restricción en la entrada salvo para los menores de edad. Y aún así se cuelan. Fiesta de todos los días. Hostilidad y refugio sin distinción de rango o de clase. *Magic dance* tras una puerta de acero. Túnel de muslos y pechos suculentos te dan la bienvenida. Después la luz, la música y las mujeres te hechizan.

Perdón, estoy hablando en presente y es un error. El Acapulco pasó a mejor vida. Después de salvarse tantas veces del acoso de la moralidad y del soborno para evitar ser clausurado. La modernidad, que es la madre de los cambios, lo ha borrado del mapa. Ni su espíritu de fiesta rondará en el barrio del Nacional.

De esos lugares no se acostumbra rescatar nunca nada. Aunque muchos hayamos estado allí disfrutando de las juergas instintivas. ¿Quién hará un homenaje a su memoria? ¿Los historiadores, los cronistas, los sociólogos? No. No hay quién le haga un museo a las blandeces de la carne, a la bohemia, al placer. Sería tanto como abrir las puertas de nuestra conciencia. Como dejas escapar los sigilos de nuestras fantasías.

Ahora la línea dos del Metro pasa murmurante bajo la ciudad. Al salir del túnel, nos deslumbra el sol como tantas veces nos deslumbró el amanecer de la calle Reforma con sus puestos llenos de fayuca. La Victoria con sus frutas frescas dejó de aliviarnos la resaca. Las habitaciones del América son escombros rellenando terrenos baldíos y ahí están sepultadas nuestras vanidades de habernos acostado con tres del Acapulco al mismo tiempo. Ni rastros quedan de sus riñas. Las modas en los pasos de baile se dan ahora en otros centros. A padrotear a otro lado. No habrá quien promueva una placa conmemorativa en su honor. Sus mujeres están dispersas por todos los rumbos de la ciudad y sus clientes también.

Cultura en La Risca

Culturas Populares se aventó el proyecto de promover actividades culturales en la colonia Alfonso Reyes, mejor conocida como La Risca. Románticamente nos integramos en equipo. Días antes tanteamos el terreno. Había que probar la encuesta elaborada por Rebeca. Gregorio, César, Ángel y yo nos lanzamos a la colonia para aplicarla. Dos cosas me aterran: que no prenda el taller literario y el miedo a una madriza. Subimos en el Vocho de César, un escarabajo colorado que hizo el esfuerzo y por fin logró subir. Lo dejamos frente a la casa de doña Licha, una mujerona de carnes gruesas, chamorro duro y nalga ancha. Con ella estaba seguro. Todos los vecinos respetan su voz mandona que le sale como eructo de su lechudo pecho.

Nos dispersamos. César ganchó al primer chavo que se encontró en una esquina y lo arrinconó para encuestarlo. Gregorio, Ángel y yo seguimos derecho. Una cuadra más adelante nos reconocieron unos chamacos que jugaban futbol y preguntaron cuándo iríamos con la pintura para el concurso al que los habíamos invitado. Se apuntó uno que quiere hacer un mural chido. Ahí se quedó Angel para hacer su trabajo, rodeado de futbolistas prendidos. Antes, tuvo que demostrarles que sabía jugar y les disparó un centro y el enjambre se lanzó a rematar. Le aplaudieron.

Gregorio y yo bajamos a una de las primeras calles de la colonia. En la esquina donde estuvimos la primera vez cotejando con un puñado de drogas buena onda a los que les platicamos en lo que andábamos. Parece que están más prendidos con la idea de los murales. Ya tienen dispuestas las paredes y hasta los dibujos que harán. También les entusiasma la música. Colombiana, por supuesto. Traigan instrumentos y van a ver cómo se arma, dicen. A mí me regalaron un acordeón en un jale y se la pasé a un morro de por aquí. Pero ya lo trae todo chimuelo, con dos o tres botones. La onda es que traigan maestros bien acá que sí se la rifen. Pero vengan. Todos se van allá arriba y aquí ni nos pelan. Si vienen del PRI van pa arriba. Que del INJUDE y pa allá. Con decirles que nosotros fuimos los últimos a lo que les pavimentaron. Esas son sus quejas. Por fin Gregorio se anima y suelta la encuesta. Precauidamente se negaron de primera intención. Yo también saqué mis hojas y un chavo se animó a contestar mis preguntas. Luego todos querían anotarse para ser encuestados.

Ya oscuro vino César y subimos a buscar a Ángel. Un carro de chopos alegraba el barrio, el centro de La Risca. Más allá, la luna despeñaba su luz sobre el enorme promontorio que le da nombre a la colonia. Unas escaleras estrechas y empinadas causaron estragos en nuestra condición física. Sentí la humedad de la piedra viva y el suave aroma a hierba quemada. En los descansos había grupos de hombres fumando mota y

algunas parejas aprovechaban la oscuridad para arrejuntarse mejor. No manosee el mandado, dijo una voz incógnita.

Angel estaba encaramado sobre una placa de cemento entrevistando a tres muchachos que se divertían y albureaban con las preguntas. Luego se fue a jugar con ellos en las mesas de futbólitito. Por poco olvida las encuestas. El resto descansamos mirando el tendido luminoso de la ciudad. El estadio Monterrey, el iluminado nacionalista del puente del Papa. El Metro arrastrando su luz y el vértigo de los carros nadando a las orillas del Santa Catarina. Antes de bajar al carro les dije: qué chingona vista tienen estos cabrones. Todos coincidimos.

Volvimos con doña Licha y nos despedimos de ella y del güerquerío bullista. Un hombre panzón se acercó hasta el carro con una caguama y nos invitó a Tamaulipas. Saldría por la madrugada a pescar pájaros. Para que vean lo que es bueno. Regresamos al centro de Monterrey y nos encontramos con la fiesta de los panistas celebrando el triunfo de Chuy... uy, uy, uy. Desde ahora tenemos, por primera vez, alcalde panista. Como dice la raza de La Risca: ¡Qué hueva!

El hombre lobo

Perfecto viste con mucha pulcritud. Zapatos o botas, según la ocasión, lucen impecables. Camisa y pantalón son en mi amigo la combinación perfecta. Tiene un cinto para cada vestuario que usa. No es muy dado a los excesos gastronómicos, por lo tanto no es gordo. Más bien alto y con una pancilla tan propia de los cuarentones. Su barba y bigotes recortados esconden la huella de una adolescencia más turbada y frenética que el estándar común. Sus dientes múltiples son el destello de la malicia en su sonrisa. De pelo entrecano. Perfecto oculta la verdad de sus ojos en unos enormes lentes de carey.

Mi amigo es fino como pocos. Vive en la colonia La Luz. Como maestro de torno en una escuela técnica fue sumamente

recto. Lo suficiente para que los alumnos acabaran bautizándolo como El Lobo. Con el tiempo lo ascendieron a coordinador técnico. En su puesto administrativo se volvió más fiera que nadie con el personal. Ante la persecución, sus propios compañeros hicieron alianza con los estudiantes y el mote fue más sofisticado: Wolfman. «Hacer caso omiso» en su frase preferida y la aplicaba omitiendo las bullas de que era objeto.

Estas características resultan imprescindibles destacar para imaginar al personaje de la anécdota que pretendo contar. Lobo tiene coche y su cartera siempre está repleta de billetes y de tarjetas de crédito. No porque su salario sea muy sustancioso ¿cuánto puede ganar un profe federal? Lo que pasa es que es un buscador, un luchista. Y para mejorar sus ingresos, en ocasiones se va de fotógrafo profesional a los eventos sociales. Porta su credencial de la Asociación de Fotógrafos adheridos a la CTM y por supuesto al PRI. Los sábados y domingos se le ve en iglesias y salones de baile retratando quinceañeras y novios engalanados. Pero su fuerte principal es un negocio de hamburguesas y tacos que logró acreditar en una esquina de la Colonia Tacubaya. De ahí que mi amigo sea de una alta solvencia moral y sobre todo económica al que yo no dudaría nunca en recomendar. Después de todo no cualquiera tiene un amigo lobo y con dinero.

Agosto en Monterrey es un mes de un sol poco amable. Se puede guisar un huevo en la banqueta. Terrible para quien se atreve a salir a media tarde. La piel parece filtro eliminando sudor. Ningún líquido es capaz de aniquilar la resequedad de la garganta. Bueno, la cerveza sí. Pero todavía no se autoriza su consumo en la vía pública. Perfecto se vio obligado, con todo y barbas, a vagar bajo el ardor solar de estos días. Se descompuso su carro. Un taxi significaría una erogación innecesaria en esta tenebrosa ciudad donde abundan los camiones. Perfecto sediento caminó hasta la parada de Margarita Maza y Avenida Azteca. Extendió su brazo y el camión pasó de largo. Ni modo, pensó. Un agente de tránsito escondido bajo la enju-

ta sombra del semáforo pitó. Exceso de velocidad. El auto se detuvo. Acomodándose la cachucha fue a infraccionarlo. El conductor saludó con una sonrisa. También sonrió el agente y se guardó el saludo enrollado. Perfecto observó todo mientras hacía de nuevo la parada al siguiente camión. Tampoco hizo alto. El tercero se ganó una mentada con el velludo brazo de mi amigo.

El agente vuelve a hacer uso de su silbato. Una camioneta gris se voló el ámbar. Con la espalda sudorosa el tránsito cumplió con su deber. Solución inmediata. Sonrisa. Saludo. Bolsillo. Verdadero ejemplo de simplificación administrativa. La omisión del chofer del cuarto camión encrespó los pelos de Perfecto. Ensopado en sudor y con la boca espumosa aulló frente a la cara del agente.

—¡Oye, párame un camión de la ruta esa, eh!

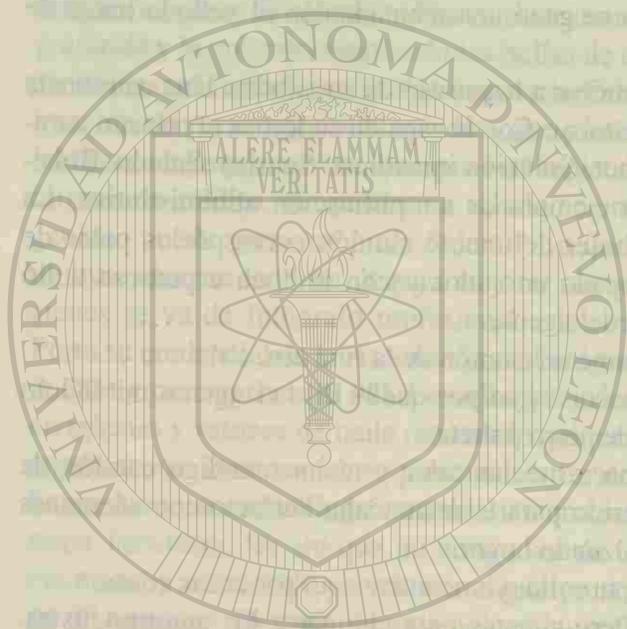
—¡Hachis hachis! ¿yo por qué?— dijo el agente mirándolo con la fiereza de perro policía.

—¡Porque hace mucho calor y ni un mendigo camión de esos se ha querido parar! —manoteaba Perfecto con ademanes licántropos y alzando la voz.

—Pues muy tu rollo, yo no estoy aquí para esas cosas.

—¡Ah no! Pero si estás para chingar a los automovilistas. Crees que no te he estado viendo como te los transeas...

No dijo más. El tránsito silbó al tiempo que levantaba la mano. Los de la veintiocho diecinueve de Seguridad Pública que pasaban casualmente se detuvieron intempestivos y fueron hasta Wolfman que ya tenía al agente del pescuezo en un amarré camino por demás parejo. Se lo llevaron. Acusación: faltas a la autoridad.



Mercados populares

Margarito Cuéllar

Los mercados son la fiesta temporal o permanente en la que amenizan el bullicio y el colorido. Hay de mercados a mercados. Desde mercados rodantes que abarcan varias cuadras hasta mercados establecidos. Entre los primeros están los que se ubican un día a la semana en colonias populares y entre los segundos están el Mercado Juárez, el Mercado Colón, el Mercado Moctezuma, el Mesón Estrella y el Fundadores. Atrás de estos espacios de compra-venta de la mercancía más inusual hay todo un historial en el que bien vale la pena detenerse.

Mercados sobre ruedas

Por lo menos un día a la semana no hay colonia bien nutrida de habitantes en la que no se dé cita un mercado sobre ruedas. Populosos son los mercados de Cañada Blanca en ciudad Guadalupe y el de San Gilberto y Mártires de Cananea en Santa Catarina, por irnos a los extremos geográficos. Populosos son también este tipo de comercios en el área del Topo Chico, San Bernabé y Granja Sanitaria.

Hay de todo en estos mercados. Apenas amanece Dios los oferentes empiezan a llegar en camionetas destartaladas, instalan carpas sostenidas por cuatro tubos y a vender se ha dicho.

La economía informal en pleno auge. Adheridos a centrales como la CTM o la CROC, los mercados rodantes son un espacio no calificado en el que lo mismo se puede conseguir el último éxito de La Tropa Colombiana a los Tigres del Norte hasta un algodón de azúcar. Desde chicharrones con grasa en abundancia hasta aparatos de medio uso para hacer ejercicio.

La lista puede ser interminable pero vale la pena arriesgarse por el breñal de la memoria. Entre los que ya tienen su espacio fijo y su mercancía definida encontramos: verdura, abarrotes, fruta, ropa nueva (regularmente gabacha), ropa usada, juguetes (fayuca, casi siempre), mini viveros y tierra para macetas, comida, artículos de loza y peltre, lotería, joyería de fantasía, legumbres, etc. En esta variante las reglas son bien definidas: no se vale poner más de un puesto con la misma mercancía porque eso ya es competencia desleal y los responsables del mercado no lo permitirían.

Luego están los que eventualmente ofrecen alguna mercancía, que no tienen un puesto fijo pero que tienen que pagar su cuota, al igual que los demás, para poder moverse libremente en el espacio destinado por el municipio para el mercado en cuestión. Es el caso de mercancía cuya venta se promueve en triciclos, en una manta sobre el suelo, carritos de rosales o simple y llanamente encima de un par de tablas desvencijadas. La lista puede variar pero lo mismo se ofrece en la Valle Verde que en Tierra y Libertad, en la Moderna que en Sierra Ventana: elotes, manzanas endulzadas, hierbas medicinales, tunas, paletas, llaveros, chivos, revistas y demás.

No falta el vecino o la vecina que se le antoje ganarse unos pesos, usted sabe que la crisis no está para menos y el error de diciembre lo seguimos pagando quienes tenemos como única vela en el entierro agachar la cabeza. Decía, nunca falta alguien así: Señora de Tal que saca sus trapitos al sol a ver que sale; ropa usada que la enaniza ya no se pone, que el marido ha dejado de usar o que a ella misma ya le parece obsoleta. Tenga por seguro que al rato le cae el encargado de vigilar estas eventuali-

dades, le cobra su cuota y le dice que se afilie al gremio. Le dirá que el problema no es con él sino con los locatarios que pagan puntualmente sus cuotas y trabajan bien y bonito para sobrevivir, como que no es justo... Vecina Que Nunca Falta dirá que es la banqueta de su casa y que ahí ella puede hacer lo que le venga en gana, que además ella también tiene derecho a ganarse unos billetitos y que si se ponen al brinco les va a encandilar a la Mesa Directiva porque dejan un basural y no es justo... De ahí no pasa, las cosas como quiera se arreglan; ya sea que la comerciante en ciernes ceda terreno o que el vigía se retire triste y acongojado a darle la queja al rey.

La comida puede que no sea igual en todas partes pero qué tal un menudito para la cruda, con su chile verde debidamente partido, su cebolla y su coca cola helada. Qué tal unos tacos de barbacoa. Seguro que su vecina, al ver a toda la familia en franca comilona, le echará tamaños ojos como diciendo «vieja fodonga, mira que venir a comer al mercado, y con ese greñero». A usted que le valga, ella también se pela por hacer lo mismo, sino vea como al rato manda a la más grandecita de la familia con una cubeta para que se la llenen de menudo.

Los reglamentos municipales consideran mercado público «el lugar que siendo propiedad municipal o particular, permite la concurrencia de una diversidad de comerciantes y consumidores de libre competencia y cuya actividad se circunscribe a la comercialización al menudeo de artículos diversos».

Artículos reglamentados hay que no siempre se respetan. Por ejemplo se prohíbe obstruir el libre tránsito, invadir las banquetas, vender material pornográfico y artículos explosivos, consumir bebidas embriagantes, etc.

Los mercados rodantes permiten a las clases más golpeadas por la crisis buscar una rebajita al kilo de frijol, a la verdura o al huevo. Son además un centro de reunión en el que se intercambia información pasajera sobre el estado de salud, el trabajo y la situación económica.

En el poema «Cantata erótica pa' desnudar un mercado popular» el poeta chiapaneco Waldemar Noh Tzec escribe: «Acérquese, marchante. / Vea, venga, adelante, / que su plata es constante / acá y aquí sonante». (...) «Para su dentadura / ávida de morder / aquí la baratura / tiene para ofrecer: / los cachetes lavados / de la jícama, / los muñones asados / del camote, / los dientes sancochados / del elote, / los brazos mutilados / de la yuca».

El Mercado Juárez

El 21 de diciembre de 1907, el maestro en obras Marín Peña recibió la aprobación del proyecto para la construcción de la obra (\$ 64,741.00). Dos años más tarde, el 2 de abril de 1909 el general Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León y el Alcalde Primero de Monterrey Pedro C. Martínez encabezaron la ceremonia de inauguración del inmueble.

Los alrededores de Washington y Aramberri lucían despo- blados en ese entonces y las calles aledañas estaban en condi- ciones poco transitables. Debido a esto quizá la afluencia del público no fue como esperaban los entusiastas comerciantes. Para colmo de males en ese mismo año sobrevino la terrible inundación que asoló la ciudad dejando tras de sí una estela de desolación y muerte. Las autoridades autorizaron el sacrificio de reces y demás animales afuera del Mercado Juárez, por lo que proliferaba el mal olor y las escenas poco gratas a la mira- da de los regiomontanos de la época, por lo que temporalmen- te este mercado fue cerrado.

Pero no hay mal que dure cien años ni mercado que los aguante. Para 1910, año de las fiestas del centenario, en el interior del Mercado Juárez se realizó una exposición de artícu- los regionales. A partir de entonces se abrió de manera definiti- va el Mercado Juárez.

La lluvia y los fuertes vientos que suelen azotar Monterrey traían en jaque a los comerciantes que ofrecían sus mercancías

en el mercado, por lo que en los años veinte se integró una Junta de Mejoras Materiales para subsanar las deficiencias del inmueble. Es en 1927 cuando se renuevan las paredes que, de ser de varilla y tela de alambre, pasan a ser de concreto, con- tienen jardines, iluminación y locales exteriores.

Solamente en ese año la Junta de Mejoras Materiales del Mercado Juárez invirtió \$ 70,000.00, más que el costo de la construcción inicial. Para 1946 contaba con 120 locales donde era posible encontrar desde un sombrero de palma hasta una olla de peltre, artículos de alfarería, loza y jarcia, huaraches y cintos.

Hasta antes de su demolición y convertirse en majestuoso, pero solitario, gigante tipo condominio, había merenderos en el interior con comida mexicana, un poco sobrada en grasa, pesca- do y barbacoa. No podían faltar la verdura, la fruta, las artesa- nías, los guajes y los juguetes de antes: de madera y lámina; car- nes frías, menjurjes y todo tipo de amuletos para la buena suerte.

Por la calle Aramberri, unas calles al oriente de donde en 1933 se perpetuara el horrendo crimen de dos mujeres, consig- nado por Hugo Valdés Manríquez en su novela *Los crímenes de la calle de Aramberri*, hay dos vigilantes que desde la pre- sencia en el tiempo vigilan el exterior del mercado Juárez: las cantinas Lontananza y El vencedor. Y si a testigos de honor vamos en contra esquina (Ruperto Martínez y Juárez) encon- traremos todavía el famoso café Galván.

Mercado del Puente San Luisito o Puente del Papa

Ahora ya es un puente moderno que conecta el centro de Monterrey con la colonia Independencia. Antes, digamos allá por 1987, esta comunicación peatonal se daba mediante vere- das marcadas en la arena, el lodo y las piedras del río Santa Catarina, cruzando en puentecillos de tablas, piedras y troncos de árbol los sitios en que el agua se estancaba o donde había corriente del río; este tránsito rudimentario era interrumpido

cada vez que los aguaceros inundaban Monterrey. «Tan primitivos métodos –dice Flora Barrón– originaron a las gentes muchos indeseados baños al caer de tan improvisados puentes y parapetos, dándose varios casos de ahogados, especialmente niños, y no pocos de lesiones».¹

Autoridades y vecinos construyeron un puente de unos 5 metros de ancho. Dicho puente es el primer antecedente del mercado que años más tarde se instalaría en otro puente más resistente pero instalado en el mismo lugar, pues de inmediato fue ocupado, sobre todo los domingos, para la compra venta de ropa usada, artículos de ferretería y demás objetos de uso.

Vino otra crecida del río y el puente pasó a la historia. Este puente, que cedió su lugar a un puente colgante, resultó tan peligroso, relata Flora Barrón, que pronto desapareció. Mientras existió este puente los comerciantes no podían ofrecer sus mercancías en él porque el tránsito y el movimiento propiciaban difíciles maniobras de equilibrio, pero sí lo hicieron al amparo de su sombra.

En 1888 un puente de madera sustituyó al de cables de cáñamo. Por ahí transitaban los tranvías de mulitas hasta más o menos 1903, año en que se incendió. Los comerciantes siguieron firmes en el nuevo puente y se extendieron a los lados del mismo. En este mismo año el gobernador Bernardo Reyes y el alcalde Pedro C. Martínez lanzaron convocatoria para la construcción de un puente definitivo. Tuvo un costo de \$ 60.000 y tenía una extensión de 60 metros de largo por 18 de ancho.

Este puente estaba apoyado por cuatro columnas centrales que sostenían tres arcos enormes y contenía casillas comerciales. En diciembre de 1904 el general Bernardo Reyes inauguraba dicha obra. Así describe Flora Barrón el acontecimiento: «... desde ese momento (el puente) quedó consagrado como el

¹ Flora Barrón, «El puente de San Luisito». *Los festejos de la fundación de Monterrey en 1896 y 1946*. Edición facsimilar. Gobierno de Nuevo León, 1995.

más pintoresco, el más tradicional y más concurrido mercado, favorito de los obreros, de la clase media y aun de las gentes adineradas».²

En 1908 un incendio que duró dos días destruyó la construcción lateral de madera y la mercancía de su interior. La generosidad de los regiomontanos no se hizo esperar para bonificar en algo las pérdidas de los comerciantes, en su mayoría gente muy humilde. De inmediato el alcalde Fortunato Villareal se dio a la tarea de reconstrucción del puente pero al año siguiente, 1909, la terrible inundación lo cubrió en su totalidad de agua y lodo, y aunque quedó de pie, sus daños fueron considerables.

En el lecho del río, a ambos lados del puente y en los costados de lo que hoy son las avenidas Morones Prieto y Constitución, fueron surgiendo con el paso del tiempo barrancas en las que se ofrecía desde frutas y fierro viejos, cemento, servicio de peluquería, madera y materiales para construcción. En 1927 esta área fue despejada por las autoridades municipales. Hacia 1946 el puente San Luisito albergaba 40 locales. Ahí se ofrecía: ropa que hoy llaman de seguridad, carnes, calzado, sombreros, alfarería, artículos misceláneos y novedades.

En 1988, durante el desbordamiento del río Santa Catarina a consecuencia del Huracán Gilberto, el puente resistió las embestidas de la furiosa corriente.

Las autoridades han dispuesto que los comerciantes se instalen en el lecho del río, conformando una especie de mercado popular en el que comerciantes de diversas partes de Monterrey, pero sobre todo de las colonias Independencia, Nuevo Pueblo, Ancira y Pío Décimo, se dan cita diariamente a ofrecer sus mejores ofertas. Éstas varían desde computadoras nuevas y usadas hasta ropa, juguetes, monedas antiguas, comida, refacciones y todo tipo de accesorios para autos, bicicletas, el hogar, herramientas de trabajo, etc.

² *Ibid.*

La mercancía que ofrecen más de 1500 comerciantes adheridos a la CTM en el Mercado Moctezuma, más conocido como «Mol de los Pobres», se ofrece en pequeños locales cubiertos con lonas. Si le hace falta un motor de lancha, una manija para su auto antiguo, una foto de Pedro Infante, o Miroszlava, patines de tres y cuatro ruedas, cartuchos para nintendo o hasta un celular seguro que lo encuentra en este singular mercado. «Espejos, peines, carteras de piel, sombreros, gorras, ceniceros de latón, vasos de vidrio, máquinas de escribir, podadoras, bicicletas»³ y todo tipo de chucherías se dan cita cada fin de semana en el lecho del río Santa Catarina.

Decía Jorge Villegas que los mercados populares se deben al lugar, al medio que los sustenta y a la gente que los frecuenta; a los oferentes de nada les sirven los grandes edificios, así estén contruidos con el mejor material y la más buena fe del mundo.

Cantores no le han faltado al barrio que sustentó por muchos años la existencia de este mercado: «Ahora que ando de parranda / yo les voy a echar un grito / soy de Monterrey nacido / del barrio de San Luisito». «Desde San Luisito vengo / vengo a ver a mi güerita. / Éntrenle si tienen ganas / barrio de Matehualita».

Después de la vista del Papa la fisonomía del puente cambió; se quedaron ahí la virgen y el monumento a la populosa concentración en torno a la figura de Juan Pablo II. Ahora ya no es lo mismo. Prácticamente está despejado de puestos pero los vendedores de artículos (un reloj, un anillo, objetos de procedencia dudosa) todavía abundan los fines de semana.

El Mesón Estrella

Los inicios de lo que es hoy un amplio espacio para la venta de frutas y verduras fue un pequeño puesto instalado en 1915

³ *El Norte*. Marzo 27 de 1996.

por don Cesáreo Campos frente a la placita de Degollado, ya con el nombre de Mesón Estrella.

Hacia 1946 este mercado surtía a comerciantes de Reynosa, Matamoros, Nuevo Laredo, Saltillo, Parras, San Pedro de las Colonias, Torreón, Monclova, Sabinas, Rosita y Piedras Negras, así como Gómez Palacio, Lerdo y Durango.

El primer recinto formal de lo que hoy es el Mesón Estrella fue un inmueble conocido como «La Azucarera», una especie de jacalón reconstruido en 1944 y utilizado en renta. Vendida la propiedad, los comerciantes se instalaron en la media manzana que ocupara la estación de camiones Círculo Azul, por Ruperto Martínez, entre Colegio Civil y Juan Méndez. Las labores se iniciaron el 15 de agosto de 1944 y la inauguración formal se llevó a cabo el 29 de diciembre de 1945.

El local se ha venido acondicionando con el transcurrir de los años. Los locatarios ofrecen todavía un colorido muy peculiar a los marchantes que durante todo el día recorren el interior del Mesón Estrella. Es un regalo para la vista el rojo de las columnas de tomates, el blanco de la cebolla, el olor de la verdura fresca, los elotes tiernos y maduros; frijol, carnes, plátanos todavía en su racimo, jugosas frutas de temporada, chile y hortalizas. No faltan los nopalitos y la flor de palma, el cilantro y la yerbabuena en una combinación de olores y colores difícil de describir.

Mercado del Norte

Ocupaba una manzana entre las calles de Juan Méndez, Jiménez, Diez Gutiérrez y Colón. Construido en 1928 en virtud de la concesión otorgada por el ayuntamiento de Monterrey a Lorenzo H. Zambrano, fue inaugurado el 5 de junio de 1930. Contaba hacia 1946 con 104 locales interiores y 34 exteriores.

Durante muchos años las amas de casa del norte de la ciudad y la población en general se dieron cita para comprar des-

de frutas y verduras hasta para la realización de operaciones mercantiles. Ya van las señoras con el consumo diario de leche, pan, latería y abarrotes; ya los hombres con su vinito nacional para la semana y el importado para la ocasión especial. Ya van los ciudadanos a pasar un buen rato a la cantina salón de don Enrique Salinas Jr., a la peluquería o al Club Deportivo de Cazadores de Monterrey. Ya vuelven las mujeres del molino de nixtamal o regresan a comprar granos secos, a surtirse de hierbas medicinales, a la mercería o a la búsqueda de artículos de cristal.

El Mercado del Norte benefició en gran medida a los habitantes de las colonias Francisco Sarabia (antes barrio de Matehuala), Larralde, Obreroista y Del Prado, así como a quienes vivían en torno a la estación de ferrocarriles y central camionera.

Ahí estuvo durante años la Botica del Norte, la empresa Soldadura y Equipos S.A., propiedad de Alfonso Ayala González, distribuidor de los famosos productos de La Consolidada. La administración del mercado estaba en la segunda planta.

La variedad de artículos y servicios ofrecidos era tal que se encontraba desde un grabador como el maestro José Ayala Luna hasta un alfarero como don Tomás Espinosa.

El Mercado Colón

En *Los crímenes de la calle de Aramberri* el escritor Hugo Valdés Manríquez nos da una visión literaria del Mercado Colón: «El Mercado Colón los hipnotiza en virtud de su tamaño. La gente se ve muy pequeña, diminuta, cerca de su altísima arquería —las columnas miden más de diez metros y descansan en sólidos basamentos—, cuyo punto más alto coincide con las ventanas del segundo piso, allí donde se localizan los almacenes. El mercado tiene dos grandes naves construidas con sillar, al centro de las cuales descuella la torre con el reloj que marca la hora a campanadas.» «Muchas mujeres llevan canastas bajo

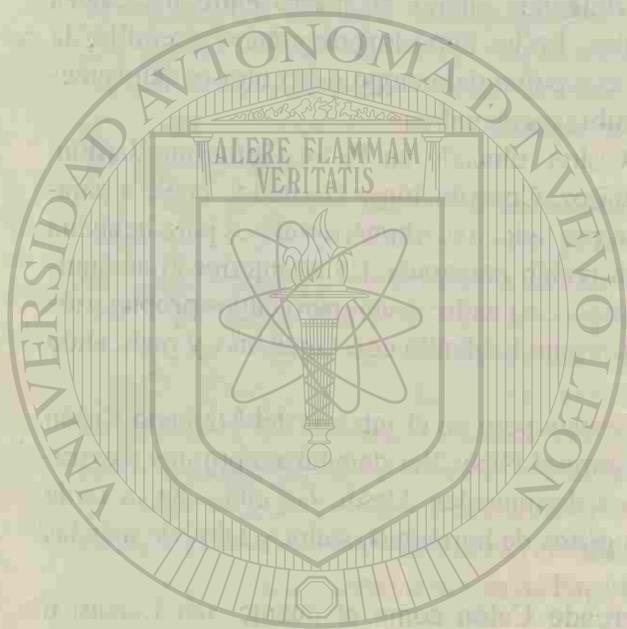
del brazo y bolsas de ixtle, y caminan presurosas y atentas sobre el pavimento de ladrillo sorteando las aguafresqueras que ofrecen carritos de chía, tamarindo y horchata. Por todo el parían huele a verduras y frutas, y en las esquinas carne fresca, por ser allí donde se ubican los expendios en instalaciones montadas sobre delgados pilares de hierro entre los cuales penden las básculas. En los depósitos de granos y semillas la nariz se llena de ese polvo del campo cuyo olor es tan semejante al de los sombreros de palma».

El Mercado Colón, ubicado en Padre Guillermo Jardón, antes Ocampo, Juárez, Constitución y Garibaldi, huele a pájaros enjaulados y a pescado, a verduras, amuletos para la buena suerte y a comida recién preparada. En su interior gran cantidad de locales que ya casi nadie visita, pero cuyos propietarios se mantienen ahí, como hablando con fantasmas y platicando con el tiempo.

Ahora ya no existe pero en el interior del Mercado Colón no hace muchos años el Nicos Bar deleitaba a propios y extraños con desnudos dominicales. Desde las cinco de la tarde desfilaban, entre gritos de borrachos, sudor y kilos de más las divas del strip tis.

Tanto el Mercado Colón como el puente San Luisito o Puente del Papa son parte de la geografía de Monterrey que es recorrida, en la mayoría de los casos, por gente de ingresos modestos. En cambio áreas como Paseo Morelos están destinadas, al menos en apariencia, a clientes de ingresos mayores. La gente que comía en el Mercado Colón, regularmente sábados y domingos, casi siempre «fuereños» de Zacatecas, San Luis Potosí, Durango o Tamaulipas, aprovechaba para comprar algo de ropa en Barateros de México y hasta para irse al Cine Monterrey o al Rodríguez.

La gente que compra en Morelos termina comiendo en el Kentucky de Padre Mier o en la cafetería de El Nuevo Mundo o en el Miraplaza, aunque los turistas prefieren hacerlo en Sanborn's o en el Ancira.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Notas falsas como el futuro

Romualdo Gallegos

Tampoco la ciudad terminó de entrar en esa fase agónica a la que entran los enfermos desahuciados. Condenada a la decadencia de la vida eterna jamás llegó a ser el digno cadáver en ruinas que la historia destina a las metrópolis imperiales. Al cumplir 600 años de fundada se intentó nuevamente organizar el gran festival que rompiera todo paradigma. Se mandó construir una copia en las mismas dimensiones, de la Estatua de la Libertad levantada en la Bahía de Manhattan, con la pequeña diferencia que a la nuestra se le colocó la cabeza de don Diego de Montemayor. Curiosa esfinge resultó la combinación. Como no tenemos bahía, ni playa, ni mar, la estatua fue enclavada en el lecho del río Santa Catarina, entre los puentes Zaragoza y Pino Suárez. A los ojos de don Diego, cuya cabeza es giratoria, se le instalaron dispositivos que disparan rayos láser, formando una paralela lumínica en color verde kriptonita. Como no se supo a ciencia cierta cuál era la función de los rayos, fueron utilizados para vigilar parejas y sospechosos, primero en el río y luego en la ciudad. Otros acontecimientos enmarcaron el aniversario: se intentó traer al Papa y al rey Juan Carlos de España. Nadie aceptó, excepto Joan Iglesias, ganador de la última edición del festival OTI y nieto del célebre y extinto Julio Iglesias.

No faltaron los nuevos intentos de récords Guinness: una salchicha de seiscientos metros que fue atacada por una jauría

de perros y un grupo de niños de la calle; un regiomontano, miembro de uno de los prolíficos clubes de Alcohólicos Anónimos, que intentó cruzar bajo seiscientos metros cúbicos de cerveza en la alberca olímpica de la Máxima Casa de Estudios y una joven pareja que se comprometió a hacer el amor seiscientos veces en un año.

Se recordó una vez más a Alfonso Reyes y se organizaron algunos irrelevantes eventos de teatro, danza y literatura. En cuanto a celebración eso fue todo. De cualquier forma los organizadores, nietos de los organizadores del siglo pasado, no se desanimaron y prometieron preparar bien a sus hijos para que la próxima centuria organizaran el siguiente aniversario.

En lo arquitectónico, la ciudad no alcanza gran auge, sin capacidad para superar su condición de pastiche monumental sigue atrapada en la bipolaridad de la dicotomía perpetua: modernismo versus miseria. Tres o cuatro rascacielos de cristal levantados hacia el centro y miles de casas habitación cuadradas y milimétricas en las periferias. Gigantes de la modernidad sitiados por las caracolas de la antigüedad. Tal vez algunas de las novedades se observaron en las nuevas residencias ecológicas, con muros solares y techos de cristal carbónico construidas en las alturas de las montañas, antes propiedad de la naturaleza. Vale la pena señalar que sólo estas residencias-fortalezas cuentan con auténticas piscinas de agua y peces, pues, como se sabe, cuarenta años atrás, las albercas acuáticas desaparecieron para dar paso a las albercas aerostáticas que funcionan con un colchón de aire comprimido. Nadar en el aire ofrece la ventaja a los bañistas de correr menos peligro de ahogarse.

Se siguieron descubriendo casos de hidrotraficantes, casi siempre políticos encumbrados que vendían a otros estados y países mantos subterráneos en forma clandestina. Fue prohibida la excavación y explotación de pozos particulares, privilegio que siguen teniendo las grandes empresas embotelladoras

de refrescos que ahora venden agua y aire en simpáticas botellas de colores.

Transitar por las calles es caro y peligroso. El desempleo alcanza verdaderos niveles de descomposición social. Ejércitos de mendigos se organizan en sindicatos y centros de aprendizaje y entrenamiento contruidos en callejones y subterráneos. Sin entender dónde está el origen de la miseria, enloquecen por sobrepoblación y hacinamiento y como las ratas, terminan matándose unos a otros.

La corrupción (moral, por supuesto) es una industria próspera. En veinte años no se ha dado el caso de un funcionario público honesto. Para ser claro, nadie cuestiona esta condición, por el contrario, es vista como una cualidad. Peca de retraso mental quien ocupa un puesto público y termina su periodo igual de pobre. Durante el siglo pasado, un tiempo se pensó que sólo podían ser corruptos los políticos o funcionarios públicos, ahora se tiene la certeza que industriales, banqueros, ejecutivos del comercio y demás temibles leones de las empresas privadas son los principales corruptos, pues viven bajo la protección del Estado y en muchos casos, son los mismos que gobiernan el país.

Cautivos de un falso fervor ecológico, los administradores de la ciudad mandan pintar de verde cuanto sea posible: edificios, medios de transporte, los mismos árboles y los perros callejeros. Con este criterio se decoran largas bardas de paisaje primaveral, incluyendo pájaros, flores y lagos donde se deslizan blancos cisnes. El dios Smog, jinete apocalíptico sigue habitando cielo, mar y tierra.

Se vive en un estado de encantamiento hacia la precipitación y velocidad. Toda actividad humana es rápida y superficial: los sistemas escolares, los deportes, la memoria, la risa y el lenguaje. Toda conversación se hace sobre pedido y tema programado: el lenguaje técnico terminó por desplazar la abstracción humana. La lengua se convierte en una caja de información. La comunicación es una regresión al animalismo.

Los museos y exposiciones de arte son comparados por grandes empresarios privados, donde exponen sus productos de consumo: papas fritas, autos, zapatos electrónicos, gaseosas de lata.

Regresa la peluca que es distinción de alcurnia, los lunares postizos, los cinturones de castidad, el consumo de opio y cocaína, la venta de indígenas y las clínicas de reconstrucción sexual. Los Moteles ofrecen una nueva modalidad: el servicio de ingravida y multi-imagen que consiste en una sala con potentes ventiladores que mantienen a la pareja en el aire. Los muros tapizados de un nuevo papel metálico muy parecido al espejo pronto fueron superados por sexo de realidad virtual, donde es posible seleccionar la imagen de algún actor famoso para experimentar fantasías. En la farmacéutica del sexo se ofrecen las nuevas cápsulas de orgasmo seco, silencioso y localizado, sensación de espasmo y orgasmo placentero que se puede ubicar en manos, rodillas, estómago o faringe y se puede lograr sin pareja y sin que el cuerpo entre en molestos retortijones y aullidos. Las cápsulas cuestan lo que costaba el periódico. El sexo se abarata.

La gente habla menos. Antes era común establecer algún diálogo efímero con el conductor del taxi, ahora el taxista se limita a cifrar la cantidad. Abundan los puentes peatonales que igual que los hidrantes mueren de tristeza y abandono. Extraña formulación: a mayor número de puentes peatonales, mayor número de atropellamientos. Las compañías de seguros como de costumbre, aves carroñeras al fin, venden todo tipo de protección. De la misma forma que ofrecen seguros a los conductores contra posibles atropellamientos, lo ofrecen a los posibles atropellados contra raudos conductores. Ofrecen de todo, contratos contra infartos, muerte por inversión térmica, por sed, contra infecciones venéreas y hasta contra hormigas carnívoras y pesadillas funestas. No hay un sólo metropolitano que no pague algún seguro. El resultado de esta invasión es la aceptación tácita del temor a vivir. Opera en la psicología del

ciudadano una necesidad de pagar por vivir y el engaño salta a la vista: viven menos y pagan más. Los ganadores como de costumbre son los dueños y las aseguradoras.

Sobre las grandes avenidas y autopistas y por encima de los falsos limbos ecológicos se instalaron larguísimas pantallas electrónicas de anuncios comerciales. Se han construido en diseño kilométrico en virtud de que los automóviles se desplazan a altas velocidades y es la única forma para que los automovilistas alcancen a leer los mensajes.

PRI y PAN únicos partidos que han alcanzado a sobrevivir se alternan en el poder de la administración pública. Sin diferencias ideológicas de fondo se empeñan en parecer diametralmente opuestos. Los ciudadanos siguen el juego y votan un periodo por uno y el siguiente por el otro. Viviendo en el país de las verdades tardías descubren que la votación no tiene nada que ver con la democracia, término que al fin están seguros es sencillamente una utopía. Sin embargo, es divertido observar algunas estrategias de ambos partidos para ganarle adeptos al contrincante. Un ejemplo: cuando el PAN gobierna queda prohibido la minifalda, las esculturas al desnudo, la Diana Cazadora o El David son cubiertos con largas fundas negras; pasan por la «coladera del diablo» especie de consejo de ciudadanos ejemplares, el cine, teatro y literatura; siempre en busca de una mala palabra, un pezón inoportuno o un gemido sexual que pueden perjudicar la moral de la sociedad. Sobre la ciudad se colocan más lámparas, más parquímetros y más camiones de basura. A las doce de la noche todos deben estar en su casa por órdenes de un especie de toque de queda moralizador. Manga ancha para la iglesia, banqueros y comerciantes. Cuando corresponde gobernar al PRI, sucede exactamente lo mismo, sólo que se permite la minifalda, se quitan las fundas negras a las estatuas y a los artistas se les deja hacer lo que quieran, total a nadie interesan.

Con el propósito de volvernos una sociedad productiva y con menos accidentes automovilísticos se cambiaron los hora-

rios de pies por cabeza. Las oficinas abren de noche y los bares o discotecas por las mañanas, cuyo resultado se puede comparar con la lógica de los aviones que avanzan por carretera y barcos que cruzan el aire. Perdida la noción del tiempo, seguimos añorando la magistral didáctica de la naturaleza: la noche es para dormir, y el día para trabajar.

La última generación de escritores quedó convertida en simples lectores de biblioteca, cavernas antihigiénicas y misteriosas, de donde brotó un microscópico hongo venenoso que se reproduce en el papel y acabó con los últimos lectores. Los escritores sobrevivientes vuelven a agruparse en bares donde viven de limosnas contando chistes y narrando paisaje de viejas novelas de aventuras.

En fin ¿qué otra cosa vale la pena mencionar? Tal vez el regreso de la sarna que atacó las axilas a los banqueros, no se sabe el motivo. La erupción de un volcán niño que habitó por siglos en el interior del Cerro de la Silla y acabó por derrumbar el símbolo, las pirámides de una Ciudad Sagrada descubierta en las excavaciones del nuevo metro subterráneo y las fotografías publicadas por la prensa internacional donde se observa a un X gobernador en pleno romance sexual con uno de los policías que cuidan los estacionamientos.

Lo otro sigue exactamente igual.

Un tour por las «Pulgas» de Monterrey

Gerson Gómez

Al Lic. Jorge Villegas Núñez

En gran medida la crisis económica es la cultura urbana, porque todo lo adapta (estilos de vida, formas de trato, usos del tiempo libre) a la lógica, que hace del consumo la zona de elecciones riesgosas.

Carlos Monsiváis (*Los rituales del caos*)

Penny Riel Giroscopio gradual

Las vías juegan el paralelo con la mujer de Venus esmerilada. Félix U. Gómez y la Vía a Tampico, el viejo letrero con la leyenda «Bienvenido a Penny Riel». Antes de la formación del universo de los gigantes almacenes transnacionales, cuando la palabra «fayuca» junto a las inserciones pagadas en los medios de comunicación satanizaba el contrabando («Contrabando es contra México»), y de la idea fija operativa del sueño del «American Way Of Life», Penny Riel (Sinónimo del JC Penny de McAllen) ya funcionaba como «tianguis» o «pulga».

Su historia, antes de la era Salinas, se conforma de simples acciones de cotidianidad: sonidos conferidos a la esperanza.

rios de pies por cabeza. Las oficinas abren de noche y los bares o discotecas por las mañanas, cuyo resultado se puede comparar con la lógica de los aviones que avanzan por carretera y barcos que cruzan el aire. Perdida la noción del tiempo, seguimos añorando la magistral didáctica de la naturaleza: la noche es para dormir, y el día para trabajar.

La última generación de escritores quedó convertida en simples lectores de biblioteca, cavernas antihigiénicas y misteriosas, de donde brotó un microscópico hongo venenoso que se reproduce en el papel y acabó con los últimos lectores. Los escritores sobrevivientes vuelven a agruparse en bares donde viven de limosnas contando chistes y narrando paisaje de viejas novelas de aventuras.

En fin ¿qué otra cosa vale la pena mencionar? Tal vez el regreso de la sarna que atacó las axilas a los banqueros, no se sabe el motivo. La erupción de un volcán niño que habitó por siglos en el interior del Cerro de la Silla y acabó por derrumbar el símbolo, las pirámides de una Ciudad Sagrada descubierta en las excavaciones del nuevo metro subterráneo y las fotografías publicadas por la prensa internacional donde se observa a un X gobernador en pleno romance sexual con uno de los policías que cuidan los estacionamientos.

Lo otro sigue exactamente igual.

Un tour por las «Pulgas» de Monterrey

Gerson Gómez

Al Lic. Jorge Villegas Núñez

En gran medida la crisis económica es la cultura urbana, porque todo lo adapta (estilos de vida, formas de trato, usos del tiempo libre) a la lógica, que hace del consumo la zona de elecciones riesgosas.

Carlos Monsiváis (*Los rituales del caos*)

Penny Riel Giroscopio gradual

Las vías juegan el paralelo con la mujer de Venus esmerilada. Félix U. Gómez y la Vía a Tampico, el viejo letrero con la leyenda «Bienvenido a Penny Riel». Antes de la formación del universo de los gigantes almacenes transnacionales, cuando la palabra «fayuca» junto a las inserciones pagadas en los medios de comunicación satanizaba el contrabando («Contrabando es contra México»), y de la idea fija operativa del sueño del «American Way Of Life», Penny Riel (Sinónimo del JC Penny de McAllen) ya funcionaba como «tianguis» o «pulga».

Su historia, antes de la era Salinas, se conforma de simples acciones de cotidianidad: sonidos conferidos a la esperanza.

De modo que las expectativas se volvían exaltaciones súbitas: «Ahí vienen los aduanales».

El pitazo por parte del proveedor evitaba la confiscación de los artículos de procedencia extranjera en manos de los jovenzcos de Hacienda, quienes como tornado incautaban todo sin dejar huella de los hechos.

En el caso que algún vendedor despistado fuese sorprendido, prefería casi «regalar» los artículos sin conocer del comprador ni el nombre siquiera, sólo guiado por el aspecto físico, cuestión de confianza.

Dejaba a pagos el artículo, en una operación financiera de centésimas de segundos, al tiempo que el comprador huía con la mercancía en sus manos. Era el tiempo de transgresiones: una idea de dolor rudimentaria.

Gángsters Vs. Charros

El juego de señales.

Un niño corre; otro niño juega entre las vías del tren, viste playera de Coca Cola de la Selección Nacional Mexicana, mientras los rieles de acero a su lado permanecen vigilantes; las piedras, corcholatas oxidadas, pedazos de limones secos y cáscaras de naranja, martillean el polvo acumulado durante años.

Penny Riel nace donde los tejabanos de la colonia Reforma terminan. Cruza un elotero en su bicicleta amarilla por encima de los rieles; el aroma del baño María, el sonido de la trompeta plateada, proporcionan un suave vuelco al corazón que llama a consumir el elote en sus diversas modalidades; desgranado o entero.

Nuestras vías nunca se cruzan.

Las apariencias difieren conforme a la hechura de los metros, el éxito es un ciempiés con engranes metálicos y con vestidura usada; los mundos electrónicos para cualquier monu-

mento histórico, mientras el hombre impulsivo desde la oscuridad fuma su cigarro sin filtro, al tiempo que observa los pasos de los caminantes.

Tres caparazones de televisores desvencijadas ofrecen los servicios de reparación al lado del bazar (compra-venta de radios y salas), «todos los trabajos se garantizan por tres meses, claro, con buen uso de parte de sus propietarios», ya sabe usted a que atenerse.

Un indigente detiene en su mano izquierda el zapato carcomido de todos lados, mientras sangra entre las costras de tierra de los pies, rumbo al olvido de encontrarse con la huella de su propio abismo.

Por un día

El corazón con las iniciales RGO y KRN, recuerdan a los caminantes la importancia del factor pertenencia. Usar gis para ilustrar el puesto vacío es solo una muestra de liberalidad de los sentidos comprometidos, los adoquines, vecinos cercanos de los durmientes y las vías, completan la escena.

Una pequeña fonda con un par de mesas es por excelencia, el sitio donde fluyen para confundirse, los pasos de los varones empleados en el naufragio de la simiente.

«Sistema de separado a 10-15 días», dice la pequeña cartulina fosforescente colgada en los alambres en donde descansa Piolín y el Pato Donald adjuntos a Papá Pitufo.

Los toldos plásticos bailan al ritmo del viento conquistador.

«A 15 la camiseta de Maná, Metálica, Guns And Roses, El Tri, Motley Crue y los Caifanes».

Deshacen las marcas teológicas para aprender a conocer la sencilla presentación de la tela tratada en serigrafía; lo importante es autosorprenderse en los ojos ajenos que comparte la misma devoción con todo su rigor en beneficio.

«Se traspasa este local».

Los elementos anticipados respetan a los asistentes, no excluye la quiebra económica ni a la nación de las transformaciones involuntarias.

Yo soy rayado a huevo

La disponibilidad en la formación del catálogo visual viaja entre la basura plástica de fritangas, dulces y galletas.

Tribus de sincretismo sin contratiempos entre los objetos etéreos. Mochilas con la figura de «La Sirenita», «Vaqueros de Dallas», «Avispones de Charlotte», y por supuesto, de «Los Tigres de la UANL y Los Rayados de Monterrey» (con todo y su máxima de participación efectiva, ver arriba). Los símbolos apuntalan al sol vespertino con una imagen sonriente. Las camisetas de Selena regresan para contemplar la idea de «La Reina del Tex-Mex» a la atmósfera de la belleza convulsa.

La mezcla kitch de Converse All Star y la mujer con su camiseta de malla negra en la que se asoma la imagen de la virgen de Guadalupe entre los senos morenos, llaman a culturizar lo cómico; «Pásale, hay Levis «faioguan», Jordache, Wrangler, pásale, sin compromiso».

Nunca escasea lo oculto.

«El progreso de Penny Riel depende de ti. Vota por Pancho Valero».

La ropa para los «Vatos Locos» se confunde con la grave esencia del aroma de Tamales recién hechos.

Seducir la moda de los cabellos largos, la suave descompresión de Beavis and Buth Head y los productos «Atomik», en donde lo importante es saber cuantas tallas extras pueden caber en un exquisito cuerpo, es señal de admiración industrial.

Penny Riel a gusto o disgusto es economía medida en desproporciones abrumadoras.

Las metas embestidas de risa de los empleados con botas de piel exótica, bajo la mirada de las torres de concreto de Ce-

mex, persuade en lo equitativo del escenario entre la timidez y «Cuidado con el tren».

La Pulga Mitras

A Margarito Cuéllar

Quiero, devoro, dame, quítate, reverénciame.
José Emilio Pacheco

Signos de perfección

«A cinco lleve los cerillos de madera» dice el hombre en la superficie superior del puente; la diosa es idéntica a la sociedad donde las masas turban el ajeteo junto a la clínica 25 del Seguro Social.

La Pulga Mitras, es esencia, es el derroche de los principios afamados. En la época navideña, los días de encontrarse con los beneficios, dan al aleccionado, la belleza de la indígena mesoamericana con su puesto blanco, un hijo en la espalda retando a la gravedad de la tierra y otro siendo alimentado en una conjunción de heridas aterciopeladas.

El universo se descentraliza con especies de ungüentos para cara, busto, piernas, nalgas y espíritus varios.

En esta pulga, la formalidad no exige regateos.

Los Cranberries desgarran «in your head, in your head» con «Zombie», la canción que marca las modas alternas, sin catálogo en París, Madrid o Nueva York.

Pagar al ordenar.

Los rostros sin prisa del tumulto, donde descubrir un espacio visible da lugar a un segundo de alegría por 10 personas deseadas de apropiarse de él, sucede en materia de ejemplaridad.

Se disipan las sorpresas en la hora de las Parábolas de las invitaciones voluntarias.

«¿Cuál le gusta?», «Pásale compadre, tengo la bota que te guste», «Cheque la camisa», «de primera, un solo corte y sin pegazón», con honores a la nostalgia de la hazaña.

El nuevo catecismo de las componendas es un misterio, los dogmas de fe cambian de acuerdo al recorrido y sus voces.

Cometer suicidio

Un hombre tatuado fabrica artesanías fáciles de asimilar, su taller y propuesta se reducen a un espacio pequeño en el frío piso de concreto. Las fracciones de la serenata de la creación.

Prosiguen las notas musicales de preferencia alternadas.

«I'm still alive, yeah, ohh' I'm still alive» recuerda el grupo del género grunge Pearl Jam justo al lado del puesto donde el letrero remarca, «Tenemos todo lo nuevo en música Tex-Mex».

La cuestión mercantilista reciente la división de lo singular. Estéticamente el movimiento apropia las expresiones extranjeras, los signos de puntuación son clásicos inmortales junto a los luchadores plásticos con la figura del Santo, Blue Demon y Mil Máscaras.

Las palabras que se adhieren a nuestra cultura son ya la muerte de los ídolos de barriada, ahora los Power Rangers extirpan la esencia del mal con sus diseños y sueños de vorágine.

«Se compran dólares» afirma la nota en una de las columnas del templete de la Pulga Mitras, la opinión inmaculada es una calumnia de «traición a la patria».

Disuelve fronteras en mangas de camisa.

Los jóvenes, asiduos asistentes, visten en mezclilla, gorras con símbolos zodiacales, dibujos animados, botas de trabajo y camisetas negras con la breve esencia de la representación desproporcional.

Sus mártires se reproducen en una multitud de discípulos.

En los alambres de los puestos cuelgan «Roller Blade» de diferentes colores, la nueva forma de patinar con ruedas en lí-

nea, es el concepto de la proximidad en un caudal de vueltas a la exaltación.

Burla casual

La Pulga Mitras colinda en el norte con Liverpoolga (especie desengañada bajo la escalera que no atiende a las distintas colectividades), en su extremo oeste con el estacionamiento de la Clínica Hospital No. 25 del IMSS, en el este la extensión que circunda a un «Car Wash» y una sucursal de las Farmacias Benavides y al sur con el estacionamiento de Soriana Lincoln. El piso de asfalto es precario a la humedad que desechan los diversos puestos de comidas.

«Gorditas», tacos de bisteck, enchiladas, «nachos» y papas con salsa acompañadas de su soda (Barrilito o Coca Cola) narra el viaje culinario de las especialidades determinantes.

«Pásele, desea comer algo, hay taquitos, enchiladas», la voz de la mujer con delantal junto a las aguas de reposo pastorean al idioma, las posibilidades de escape son prácticamente nulas.

La verdadera esencia del triunfo de la Pulga Mitras radica en la desproporcionada condición de crecimiento no planeado.

El hacinamiento de algunos sectores aparece con la imagen de Capulina en los monitores televisivos.

La sobresaturación visual y auditiva resta las cuestiones del aburrimiento a la balanza de las posibilidades del aislamiento involuntario.

«Lo mejor de la onda norteña en Bailongo Disco, ritmo calienttttee», dice el altavoz magnetofónico ante la mirada espectacular de los oyentes.

Rechazar las múltiples realidades encontradas obligan a martirizar lo distintivo.

«Esta veezzz, te juro, que esta vez no fallaré» los murmullos responsabilizan lo elocuente en los contornos de las ganas en melodías de apariencias públicas.

Del todo feliz

Nuestros éxitos de melancolía expresan las jerarquías en frases características de creencias inexplicables; «Mortal Kombat», «El Juez», «Duro de Matar III», «Star Trek», y «Gasparín».

La lista de las preferencias enmarcadas por los videopiratas, ofrece la venta, renta o cambio del material fílmico, así como la sacralización inmovilizada a costo reducido.

Visitar la Pulga Mitras, viernes, sábado o domingo es reencontrar lo triste que nos persigue para abundar en hábitos clandestinos.

El Flea Market (en inglés, en nuestro idioma «pulga») subraya la empresa ambiciosa y vanguardista distante.

Trasfigurar el soberano aspecto de poder es una visión restringida para los espectros a la deriva.

Lo mismo ha sucedido con la pronta expansión de equilibristas.

Elefantes blancos de empresas fallidas en el ramo de las pulgas urbanas, existieron, como también hace ya algunos años, dejaron de funcionar: «la Pulga Gimnasio», «la Pulga Moderna», «La Pulga Moll», en la penosa trayectoria del sentido de la conciencia popular.

La Pulga Mitras es una idea del esplendor cultural, donde los forcejeos amistosos y las implantaciones de éxtasis se acomodan con los elementos de nobleza para dar sabor a un sueño en un espejo disperso.

La Pulga Río

A mis padres, espejos del alumbramiento

A don Agustín Salas Rodríguez

*Una virgen de la burguesía se está
desposando para la gloria de Dios en las
alturas de Monterrey y Paz en Monterrey
a los hombres de dura voluntad.*

Ricardo Garibay

Vaivén de rotación

«Hoy gran estreno, «Pistolero» con Antonio Banderas-Salma Hayek, Sonido estéreo, cortos 4:00, 5:55, 7:50, 9:45».

El visitante es testigo del encubrimiento, la gigantesca mole de concreto armado cuenta los hechos en su drama testimonial.

La Pulga Río es el pañuelo de la improvisación laboral; don Luis Carvajal y de la Cueva monta un caballo con rostro dominante hacia el Río Santa Catarina.

Los terrenos actuales de la Pulga Río recuerdan a los «Juegos Manzo», su sede anterior antes de desaparecer comidos por el agua del Huracán Gilberto, en donde la inmortal gráfica de la corona ahogada por las grandes aguas, es irrecuperable.

En el estacionamiento, la mujer policía da órdenes al espacio de la estabilidad generacional.

«Con zapatos de tacón, las nenas se ven mejor, que con zapatos de piso» repite el radio-monitor del sentimiento alterado.

Existe seguridad en el interior de la pulga, el apoyo de cámaras televisivas y maquinaria capaz de vigilar los movimientos de los asistentes, previene cualquier desastre de magnetismo relajado.

Las piezas de mezclilla dan importancia lasciva.

Pantiblusas de tela elástica de diferentes colores, una boca sonriente a la altura de los senos o la leyenda «SEXX» en la memoria.

Imaginar es revisar cada una de las prendas; aspirar su aroma entre los chismes de club.

Aquí, los rostros ú-ni-cos se reproducen en románticas esferas.

Visten ropa «PEPE», camiseta a rayas, cinto imitación de MOSCHINO, escuchan a LuisMi y respetan la fatalidad de los sonidos que se suprimen. Los precios de los artículos se valoran en el índice de los dólares afónicos; la ruidosa intensión del reconocimiento mutuo.

«Fíjate manita, que encontré en la Pulga Río a..., te acuerdas que presume de las grandes rebajas del mercado interbancario», el poder de seducción docilizado no llega a los extremos.

La amistad pende de los bolsillos desconocidos e inoportunamente vacíos de la necesidad.

Take me home (here I'm standin')

La moda de las intromisiones culinarias desarrollan los datos imaginativos.

El diario trajinar es poesía recompensada con Hamburguesas, Hot Dogs y Burritos con la variable de los «Tacos Mañaneros picadillo-deshebrada-frijoles con chorizo o barbacoa.»

Los estantes en donde se acomodan las piezas de ropa, utensilios, bolsas, sweters y más economías, invisten los pasos cansados de las posesiones plásticas encubiertas.

Llenar la despensa en la frontera de los reflejos condicionados es financiar méritos.

Palomitas de microondas de Paul Newman, rastrillos «Schick», chicles para adelgazar, «Ponte Hanes y ya verás», «Frutit of lomm», «Chivas Regal», Johnnie Walker (Red label), natillas y «halls», es una manera reducida a los puestos

alternantes, siempre y cuando el mensaje no sea una sucesión de barras multicolores.

Latidos secretos

El vestir, vivir y respirar los aromas de la cotidianidad, requiere de urgentes respuestas al subconsciente.

Las infusiones de la vanidad afectan la «Alianza para la recuperación económica» de la credibilidad, así como las nuevas reuniones familiares aerodinámicas.

No existe un milagro tan grande que pueda redimir un pueblo desamparado, ajeno a sí mismo y maquillado, con el deseo de olvidar sus tradiciones y costumbres; emblema de la dificultad de memorizar los gestos textuales en los pasillos cubiertos de tesis.

La Pulga Río es una escalada híbrida de malformaciones congénitas, de los deseos primermundistas «con muchas ganas», pero sin «nada de nada».

Pronto, los concurrentes a la institución, trabajadores de nivel medio con sueños de nostalgia o abortos de una sociedad convulsa y llena de cambios orgasmáticos, se limitarán a la autocompasión.

¡Qué Grueso!, de resumidas cuentas organizativas, para llamar la atención de la queja contraria a la realidad de las ocupaciones no marginales.

Anatómicamente, el fatalismo se dibuja en cuadrantes de desdichas, que los curiosos no se atreven a interrumpir.

Muestrario de la industria luminosa, la Pulga Río no se ha dado cuenta de lo moldeable y transitorio que es el círculo místico en las sombras de la muchedumbre.

Entre la perturbación y lo extraño, las bondades medidas en piezas inaccesibles y anacrónicas, La Pulga Río tiende solamente a formarse como un autoservicio de exigencia entrelazada.

La Pulga del Puente del Papa

A Ana Isabel

*¿Quién de vosotros oirá esto? ¿Quién
atenderá en orden al porvenir?*

Isaías, 42: 23

Mil brazos

Sin la figura paternal del gigantesco Moisés a la espera, las tiendas festivas de la Pulga del Puente del Papa forman parte de la resucitación tardía en el advenimiento del fin de siglo.

Todo equipara a las bendiciones póstumas de la idealización arquitectónica sarcástica.

El río Santa Catarina, como motivo filosófico de ultranza al Mar Rojo, seco por naturaleza, permite el éxodo masivo de las participaciones de la fatiga ignorada.

Hormigas humanas bajan del arcoiris frontal en forma de puente, una medida de la funcionalidad aerostática.

«Bara, bara, bara, bara, oiga ropa a 5 pesos, bara» dice el juglar mercantilista al tiempo que el vecino de lado le pregunta: «¿Cómo andas, cabrón?»

Un niño juguetea con las piedras raspadas por el aire y el agua visual, mientras su tutor bebe una Tekate roja al tiempo que ofrece al visitante una cadena de cobre exquisita como el *orégano*.

Lo inimaginable se vuelve tangible.

La sombra de los cielos acontece a la brevedad, «Chingue a su madre el que lea esto», dice el graffiti en las paredes de concreto en los últimos escalones del arcoiris.

Virtud manifiesta

«Todo el que baila con Nelly, le pasa una cosa rara, que cuando baila pegado, hasta el pelo se le para», ritmo colombiano de tiernos sentimientos actualizados por el uso de la indignación preparada.

Otra nación se debate a ritmo de 8 tracks naturales, resiste la presión larga que siempre ha ignorado la resistencia al cambio.

La gente de los desaparecidos, es una variable propiciatoria regocijada a las miradas informales en acentos de genuina humildad, que presencia el «don» del encubrimiento inevitable.

Enfatizar lo convencional en los errores fílmicos dan a los temas irónicos, un diálogo extracurricular.

«Cómo se me hizo agua la canoa», «El Escape (Horror Caníbal II)», y «Amantes de día y noche», muestras infinitas de egoísmo secuestrado a través de los títulos.

En la Pulga del Puente del Papa, puede encontrar la isla de las columnas acuáticas invisibles (con lodo y sus esquies y chaleco salvavidas, y por qué no, su propia lancha y arena marina), patines, llaveros percutidos de la Selección Nacional, la Revista Play Boy (con la nueva aparición de La Toya Jackson), herramientas mecánicas, zapatos nuevos y usados, toda la mercancía a precio de jactancia.

Los desplazados en el ajetreo también invierten las ganancias.

«Compre oro raspado o el del remolino, vaya al programa de Paco Stanley», dice el vendedor con su puesto ambulante que murmura los desafíos de la noción intolerante.

Sonar bajo los toldos plásticos o de naylon, con sonido de sierras, trompetas y violines de la coexistencia fraternal, es un culto de la doble moralidad en un ritmo variante.

Pueblo fantasma

«Amor, quiero amor romántico, quiero amor sublime, quiero amor de cumbia».

¿Qué puede la mente humana de un inculpado imaginar?, la catarsis en la Pulga del Puente del Papa, lo puede llevar con sus fatalidades.

La música varía de proposición.

«Colombia chiquita, cortesía de Lizandro Meza».

Una de las alternativas reales al desempleo urbano para la supervivencia comedida, encuentra en la Pulga del Puente del Papa su cita a ciegas.

«A 8 pesos el corte de pelo», dice el letrero plástico, mientras un caballero ocupa la silla de Coca Cola en la pequeña sala de espera.

Fascinarse a los extremos hace tolerable el descubrimiento de un peligro emotivo.

«Ricos churros a 5 la bolsa», el aroma de aceite hirviendo o de la impreparación da una oportunidad de nutrir el sentido extrasensorial, «con permiso por favor».

El camino que me hizo quererte, sin el final conforme avanza hacia la finalización de las especies.

«Pásele, pásele, que va a llevar, hay pay de queso», un segundo de cambio y el vendedor continúa con su canción: «Es mi soledad en mi vida, triste compasión».

El inframundo de la industria del vestido en un dos por tres, o con límite de tiempo.

«Lo que le guste», «a cómo sale la aguita», «A dos pesos», al tiempo de extender el vaso plástico, el arco triunfal de los sabores varios, junto a un pequeño gran charco de lodo con agua estancada.

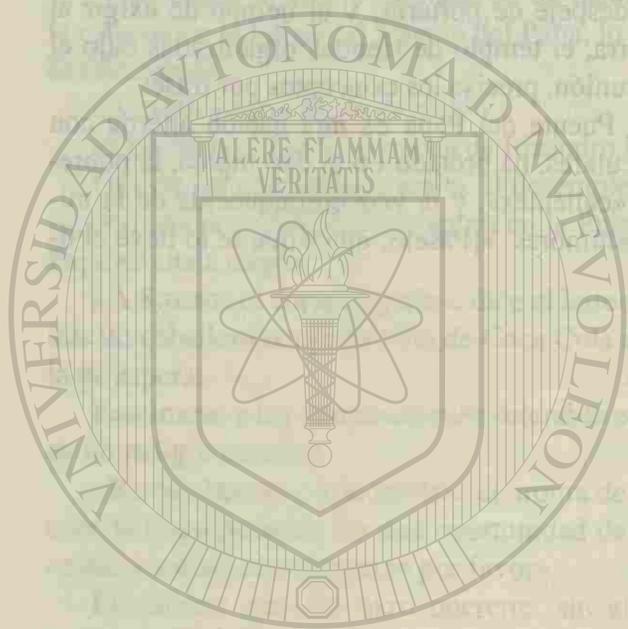
La puerta negra

Mientras vació los bolsillos, la mente retribuye la sobresaturación de imágenes, objetos, sonidos, rostros y vidas emergentes.

El balón sigue su curso.

Después del despeje de portería, y al tiempo de exigir al delantero que corra, el templo de tiendas organizadas bajo el tabernáculo de reunión, precisa los conceptos por frases.

La Pulga del Puente del Papa es una nación alterna con movimientos circulares, ha brotado en el desempleo, la pobreza, los artículos «calientes», y la voz enronquecida de la migración de las costumbres. «¡Pásele, antes que se lo lleve el tiburón!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La ruta de los bebenautas

David González

Ulises es un morro de la raza, tendrá dieciséis años, pero aparenta veinte, pelo rapado a los lados, como lo traen los jamaquinos: unos chavos que se juntan en la colonia, que usan pantalones aguados y cortos, tenis abultados, camisas grandes, de rayas; aretes en la oreja y colita de caballo. Desertor de la prepa, una carrera técnica del Conalep y dice que pertenece a la nueva generación de la aventura. Se dedica a la boleada, porque así combina el deber con el placer, gana unos pesos para llevar a su casa como pago por su plato de frijoles y un rincón para dormir a veces; por otra parte tiene acceso al Sarolo, que lo hace olvidar sus penas.

Ulises es un animal de la noche, en ella encuentra la paz que necesita, además sus clientes no son tan exigentes y no importa que tanto sepa bolear; en la noche todos los gatos son pardos y el que no es pancho es panchero, situación en la que se ha encontrado más de una vez: es como el amor, unas veces te toca arriba y otras te toca abajo, depende si eres soplanucas o muerdealmohadas —dice soltando una carcajada.

Lo encontré una noche, hace seis meses, fue cuando me platicó sobre su ocupación; cosa rara en él, me invitó una cerveza. Estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos, cómo despreciar una cerveza a un amigo, cómo despreciarle una cerveza a Ulises que siempre vivía gorreando a la raza. Nos metimos a *La Burbuja*, una

cantina que está por Ruperto Martínez, ahí no hay radiola y la cerveza está barata. Boleros o vendedores de semillas o de duritos o de cigarros sueltos o de tacos o de ropa o de falluca o cualquier cosa que puedan comprar los borrachos; ahí se refugian, por lo menos coinciden para hacer una evaluación del negocio en la zona y para preparar su mercancía mientras toman la primera cerveza de la noche.

—Mira Rolas, tu que le haces a eso de la escribida quiero que me hagas una historia —me dice en tono confidencial, mientras bolea mis botas (algo demasiado sospechoso, se ofreció a dar el servicio sin cobrar). —Pero una historia machín donde yo sea el héroe, una historia d'esas de mucha acción, bueno no tanto, de perdido de vez en cuando algo de cachondeo, si hasta tengo el título, «las aventuras del Bolero Chido».

No quise interrumpirlo, se veía emocionado y pensé que necesitaba alguien a quien contarle cualquier tontería, con tal de que lo escuchara; además él estaba pagando y no hablaba de cosas deprimentes.

—No tengo lana para pagarte pero, mínimo una boleada y unas dos o tres cheves o las que sean, mientras te cuento el rollo que traigo—. Eso cambiaba el panorama, me estaba ofreciendo la oportunidad de pistear de grapa mientras no abandonara su fantasía, ¿por qué no?

—Mira —me dijo, entusiasmado por aceptar su oferta— es algo como que yo soy un bolero, pero de los de acá, tú sabes buena onda, entonces andando en eso del taloneo, pus me topo con una desas bandas de malandrines bien ojeis... No, piojos no, desos batos que tú dices aguas este bato trae fierro y pos con eso no se juega, entonces sin querer me entero que le van a poner en la madre a alguien y yo pos veo la oportunidad de convertirme en un héroe, como el Pantera, no como los Power Ranger, porque esos traen mallas; un héroe desos común y corriente, más común que corriente, entonces hago como que soy un investigador disfrazado o algo así de bolero y les ayudo a los javieres a que se paren el cuello, porque la neta s'tan

que n'más no dan una y p'os yo les resuelvo sus casos y me quedó con la vieja... ¿Cómo qué cual vieja? La que iban a matar para quedarse con la herencia, menso, ya ves por eso te digo que hay que escribirlo para que no se me olvide o me hagas bolas.

Sólo le puse una condición, que fuera en una cantina diferente cada vez, para poner un toque interesante a la historia, seguiríamos la ruta de los bebenautas al terminar nos podríamos de acuerdo sobre el lugar y la hora de la siguiente sesión. Se entusiasmó con la idea, aunque para eso tendría que trabajar más.

—No importa, así puedo ver otras partes donde el jale esté bueno. —Dijo antes de despedirse.

Quedamos de vernos al día siguiente, propuso seguir un orden, visitaríamos primero las cantinas que conoce. En la esquina de Juárez y Aramberri decidiríamos el rumbo a seguir, la orientación de las calles se inicia en ese punto, de ahí parte la numeración hacia el norte-sur y oriente-poniente. La mejor hora es a las ocho, dijo Ulises, cuando la noche acaba de empezar, luego depende, según el antro al que nos metamos.

En el ombligo de Monterrey. En contraesquina del Mercado Juárez se encuentra *El Restaurant Bar Lontanza*, primer punto a visitar. El ruido de la calle se queda afuera, junto con el calor y el humo de los camiones. Silencio. No esta prendida la radiola, pero tres televisores a color conectados a una antena parabólica nos imponen a tener que hablar en voz baja, en cada uno de los aparatos transmiten diferentes programas, en uno el fútbol, en otro una telenovela y en el tercero una película en inglés sin subtítulos. El cantinero es gordo y el mesero con el cuello endurecido que lo obliga a ladear la cabeza cuando le hablan: el patrón está junto a la caja registradora no despega su vista de la telenovela. La barra, alta y de asientos viejos; la contrabarra de madera con algunos adornos hechos de triplay, simple, tiene unos cuantos estantes donde se acomoda

dan un amplio surtido de vinos de diferentes marcas, tendiendo hacia los buenos.

Doce o quince mesas, en un lugar pequeño, cubierto con azulejos que llegan a media pared. Y por una pequeña puerta se ve la cocina que tiene mal aspecto ¿por qué las cocinas de las cantinas siempre tienen mal aspecto? Sirven de botana: tacos de algún sospechoso guiso a base de papas, algo que parece caldo de pollo o de verduras. Junto a la contrabarra un anuncio que justifica la razón de ser restaurant, el menú: pescado frito, caldo de pescado, coctel de camarón.

Dos posters enmarcados, fondo azul con líneas blancas; me acuerdo haberlos visto en el cuarto del más grande de mis hermanos, herencia de los años sesenta: representan a una pareja en poses sugestivas para hacer el amor, compiten con la elegancia modernista de otros dos posters donde hermosas modelos promocionan un tipo de cerveza, una se parece a un travesti que conoce Ulises, me inclino por la rubia de firmes y grandes pechos.

Dos sapos disecados, cada uno con una guitarra en miniatura, guardan cierto parecido con el cantinero y el mesero, observan desde una repisa atentamente a los que entran al mingitorio: un espacio de un metro por dos de largo con una pileta de acero inoxidable, con un tubo perforado de donde salen pequeños chorros de agua y cuelga una pastilla de desodorante para tratar de eliminar los malos olores. Mientras conocía el sanitario me entretuve en empujar un escupitajo con el chorro a presión de mi orina.

Cada cinco minutos entran a la cantina semilleros, boleros, vendedores de trajecitos de futbolista para niños, otra vez boleros, que se turnan para interrumpir una plática o el silencio de ostras de quienes apoyados en la barra se han compenetrado en la trama de la película, no faltan los que abren la puerta y se asoman como buscando a alguien, casi todos con una actitud sospechosa, a la caza de un borracho a quien robar o qui-

zá en busca de algún signo secreto, algo olvidado o una palabra que los haga detenerse.

Se ve que la mayor parte de la clientela asiste con frecuencia al lugar, se conocen entre sí, el mesero y el cantinero conocen sus gustos y sus nombres. Uno que otro despistado trata de penetrar en ese círculo invisible o por lo menos fumar de gorra; nosotros somos bichos raros a los que hay que ver de soslayo, vayamos a ser maricones y malinterpretemos una mirada, también podemos ser broncados con quién sabe que negras intenciones. Al terminar la telenovela el mesero coloca una moneda en la radiola de discos compactos, Chente inicia la alegría con «Por tu maldito amor». Cuando salimos San Martín de Porres nos despidió sonriente desde un nicho sobre la puerta, junto a él una veladora prendida.

El calor, el humo y el ruido quisieron obligarnos a regresar de nuevo al local. Ya era tarde, habíamos dado el primer paso y chicas el que se raje —dijo Ulises aspirando profundamente hasta que le lloraron los ojos. ¿De qué habló? ni me acuerdo pero algo tenía que escribir para seguirle la corriente y tomarme las dos cervezas. Quedamos de vernos al día siguiente en el *Restaurant Bar el Vencedor*.

Llegue temprano, di una vuelta por el mercado y *El Vencedor* estaba cerrado a las ocho de la noche, se me hizo raro, pero después me enteré que seguido se arman broncas en ese lugar y lo clausuran por un corto tiempo; a Ulises lo vi en la esquina, acostado en una banca que servía anteriormente a un sitio de taxis; estaba perdido y un fuerte olor a solvente me dio una pista sobre el origen de su profundo sueño.

Traté de que se repusiera, pero andaba bien loco, regresé con él casi a rastras hacia la calle Juárez, la música estridente de una radiola salía de *El Jockey Club*, nos invitó a pasar. Dos hojas de una puerta de vaivén dan directamente a una radiola; un grupo de gente amontonada en una pequeña barra de dos metros, y a la derecha un pasillo largo. Otra barra se prolonga por quince metros, recorre la distancia de todo el pasillo que

desemboca en un área amplia donde se acomodan veinte mesas dobles, en el fondo otra radiola; me siento en una mesa con una pésima ubicación, es la única vacía. Ulises se acomoda y retoma el sueño, hago una cuenta rápida, si me tomara una cerveza ocupando un banco diferente cada vez en la barra, mínimo me tomaría dos cartones; una buena peda.

Una gorda, chaparra, con un trasero enorme, tan enorme como las ancas de un caballo de carreras y que disfruta que todo el mundo se lo toque, se pasea sonriente entre las mesas; con una señal le pido una cerveza, ella va hasta el espacio que tiene reservado entre los clientes de la barra con una franela roja, le pide al cantinero que se ve sabe su negocio; camiseta blanca impecable, bigote recortado y totalmente sobrio, sin expresión en el rostro. Pone la cerveza en mi mesa junto a un botecito de los que se usan para envasar medicinas, que tiene la tapa perforada y que hace las veces de salero, me cobra y recuerdo haber visto un letrero que dice pague al servir. Le pago con un billete y ella me da feria que saca de un delantal. Les llaman «Galopinas», pagan por trabajar; en el negocio les dan una «caja» y ellas pagan la cerveza o bebidas a un precio y al cliente le dan otro, además pueden transar con la feria o hacer cambiazo, decir que el billete de cincuenta era de veinte o se olvidan de devolver el cambio, depende que tan ebrio esté su cliente.

Soy un fantasma, nadie me ve o voltea a verme. A esa hora todos están alcoholizados, por lo menos los que se encuentran cerca de mí. Hablan a gritos, platican y discuten sobre tonterías, alguien puso a las Jilguerillas y empiezan a cantar «El Pávido Návido», todos los clientes son viejos, es raro el que no tenga canas que asoman debajo de la cachucha o sombrero. Son gente de trabajo, se les nota en el vestido, en sus morrales con herramientas; entre ellos destacan los contratistas y delegados de algún sindicato, panzones, prepotentes, gritones y como dice el dicho: en tierra de ciegos el tuerto es rey, se sienten la gran cosa, vestidos con guayaberas y zapatos boleados.

El piso en una mezcla de cáscaras de cacahuete y semillitas, escupitajos, colillas de cigarro y lodo. Un ratón se pasea sobre una estufa de ocho quemadores, husmea los restos de comida y tortillas duras que hay sobre ella: es la cocina.

Me tomo dos cervezas y antes de salir, una vuelta al mingitorio, un cuarto amplio rodeado de una pileta cubierta con azulejos en el que no falla una guacareada; hay que echar una miada rápida, no se me vaya a antojar en el camión y empiece el sufrimiento. Al salir me doy cuenta que la contrabarra es un verdadero trabajo de ebanistería: conserva aún los espejos biselados originales, digo, porque se ven descascarados y opacos. La radiola de la entrada sigue tocando y no se oye la del fondo, nadie nos despide ni nos despedimos. A Ulises lo vuelvo a dejar dormido en la esquina que lo encontré. Y yo que entré a pensar sobre el proyecto. No resolví nada. A ver si mañana nos encontramos en *El Vencedor*.

—Estaba en una cantina, no me acuerdo su nombre, ¿cómo quieres que me acuerde? Andaba bien tano, pero me gustaría que en la historia fuera a í, tiene un ambiente de misterio o algo así, en las paredes hay azulejos rojos y negros, la luz de un anuncio de neón es roja y es la única que hay, las bancas parecen como de camión, de dos en dos pegados y en medio una mesa, son altos como si fueran unos cuartitos de puro asiento pero sin puerta, me cae que a í hasta se puede echar un palito y con lo oscuro que está ni cuenta se dan. Tienen un oso diseado por donde está la barra, me acuerdo de esto porque en la loquera veía que se bajaba gruñendo, así, caminando al paso y enseñándome los dientotes y nadie se movía, todos seguían pisteano y el oso caminaba en cámara lenta, bien clavado en mí; cuando lo tuve a unos pasos pensé que debería salir corriendo, pero estaba parado por donde estaba la salida, fue cuando se rió... ¿cómo que quién? p'os el oso, pendejo, p'os de que estoy hablando, te digo que andaba bien loco... Bueno, entonces yo también me reí, fue cuando me preguntó el bato

que estaba boleando que de qué me reía, no le dije nada pero en ese momento se me ocurrió la historia.

—Estaba en la cantina esa... Ya te dije que no me acuerdo del nombre, está por Guerrero, o por Arteaga, o por Reforma, no me acuerdo y no me interrumpas porque se me olvida el cotorreo, estaba boleando a un malandrín, un bato que luego luego se ve que es gandallón, esos salen conque no pagan, que no lo boleaste bien y cuanta mamada se le ocurre, traía unas botas de anguila, esclava de oro, chaleco y sombrero y estaba con una ruca que se me hizo conocida, la había visto en alguna cantina de mesera, seguro era un machín rin, porque estaban muy acaramelados y no era cliente de ella, por la forma en que se hablaban, le dije que en la noche llegaban sus camaradas y que al día siguiente iban a hacer el jale, que se iban a quedar en la casa de ella.

—Unos días después salió en el periódico que habían asaltado una tienda de abarrotes y se habían cuajado con un ferión, entonces cuando veo los retratos hablados de los cacos, ahí estaba el bato ese que le bolié las botas de anguila... Así va la historia, digo así me la imaginé. Luego dije no pos este bato fue el buenero y la ruca debe saber qué onda, si la topo, encuentro a los conejitos ponedores, y no pos me pongo a darle vuelta a todas las cantinas, a veces ni boleaba, pero a'í me tienes dándole duro a talonear la ruca hasta que la encontré en *La Jarra*... nombre que andaba trobiando, estaba en la cantina que hay enfrente de la Central, a'í jalaba... Esa que tienes que subir por una escalera amplia, como si fuera cine y sirven pura cerveza en Tarro, en Golona, en Jarra, en Chabela traete las ostras cheves, nel, nel, era broma, son esas jarritas en que sirven la chela.

El ambiente en *El Salón Victoria* es propicio para ponerle atención por fin al Ulises. Ya no es el mismo Salón en el que se reunían los maestros de la Prepa Uno, allá por los sesentas, aquí me traía un tío cuando apenas estaba muy chico, la barra la cambiaron de lugar y ahora es apenas un pedacito en un rin-

cón, no hay clima y la radiola a todo volumen ya no toca música de tríos, ahora pura balada norteña, venden sólo cerveza y las meseras se la pasan viendo telenovelas, solo se despegan del televisor para servir las cervezas que les piden, después se van otra vez a ver la telenovela, seguramente esta nueva moda hace que los clientes se sientan como en su casa.

—Esperé para ver si la ñora veía a un machín, pero no llegó, le pregunté a otra mesera a qué horas salían y me dijo que a las once, había tiempo de dar una vuelta por las cantinas del rumbo y regresar para ponerle cola. Llegué barriéndome, la alcancé cuando iba saliendo, la seguí, tomamos el metro y fuimos a dar a San Berna a'í agarramos una pesera hasta Fome 35 y me topé con un bandon chido... Bueno, así va el cotorreo, puedes decir que me rolé con una morrita o algo así, que agarramos monte como los animalitos. Mejor mañana le seguimos, porque estás pisteando como en boda y necesito ir con un camarada que batea un toque pa' que rolé un puntito o si quieres que te consiga un tubo de a veinte, está bien buena la mota que vende, bien ponedora, puras colas, si quieres hacemos una coperacha y micha y micha. Lo deje hablando de la calidad de la marihuana que ha fumado y quedamos de vernos al día siguiente en la esquina del mercado.

Platicar en la cervecería *La Pantalla* es casi imposible, el ruido de las voces es tan alto que parece que estamos dentro de una fábrica o dentro de un gigantesco panal. La música rebaja todo intento de plática. En la pantalla aparece el grupo Bronco, en un video donde cuentan la historia de un caballo; la cerveza corre a raudales en esta enorme bodega improvisada de cantina; en las altas paredes destacan los anuncios promocionales de la cerveza que patrocina este tipo de negocios, Ulises me dice que la pusieron para darle en la madre a *La Gaviota* que se encuentra enfrente y vende cerveza de otra marca. Los meseros no se dan abasto sirviendo cubetazos, diez cervezas de un cuarto por doce pesos. Serán unas cincuenta mesas, ocupadas por grupos de albañiles, empleados, burócrata-

tas, estudiantes, todos mayores de edad porque al entrar piden la credencial de elector, no hay mujeres. Todos gritan cuando aparecen los Traileros en la pantalla cantando Abeja Reina, hay gritos de mariachi, de Chente, prolongados, tímidos, pero todos contienen el clásico ¡Ayayay! Ulises sugiere irnos a otra cantina menos ruidosa.

El cambio es radical, en *El Beto's* el silencio parece el de un velorio, no se oyen voces, ni ruido, sin embargo, está totalmente lleno el local; en la barra ésta unos quince clientes, en las mesas, como treinta, todos se encuentran atentos a la pantalla de la televisión donde transmiten vía antena parabólica una película porno: una Güera estaba muy apurada con un negro sudoroso que tenía un miembro gigantesco, cuando termina su actuación, unos se acomodan en su asiento, otros escupen nerviosos en el suelo, lleno de colillas de cigarro, cáscaras de semillitas, hojas de tamales, y charcos de agua provocados por el sudor de las cubetas con hielo y cerveza, aquí también venden cubetazos; Ulises da una vuelta entre los hipnotizados bebedores, uno se distrae un momento para aprobar le lustre el calzado; no hay radiola y todos se concentran en lo que sucede en el aparato televisivo donde otra pareja inicia la rutina anterior. Al terminar Ulises su trabajo nos sentamos en una mesa al fondo del local, cerca del mingitorio que despidе un desagradable olor, ahí retoma la historia.

—No había que soltar a la ñora, todos los días me daba un volteón a *La Jarra*, después de quince días apareció el machín de la ruca, se sentó en una mesa a esperar que terminara el turno su vieja; se veía diferente, pero las botas de anguila y la esclava eran las mismas, traté de sacarle plática mientras lo boleaba pero no habló nada, me entró lo cabra cuando me cantó el tiro; me dijo bien jiño, con la baisa cerrada enfrente de mi cara que me callara de una vez o él se encargaría de hacerlo... ¿Aquí no sé? sí sería conveniente aventarme una bronca con el machín, desde luego él sacaría el arma y se hacía la balacera, lo mataba y alegaba que él era el asesino... ¿No era asesino?, a

p'os si verdad, dije que era conejito ponedor. Bueno entonces iba con el comandante de la pejota, que era camarada porque lo boleaba en su oficina y a veces me pedía mi opinión para resolver alguna bronca gruesa y le ponía el dedo, entonces lo apañaban y yo quedaba como el mero mero en las fotos del peiper, la historia termina con las letras rojas de los periódicos de la tarde: «Un triunfo más del Bolero Chido» y yo ahí con el machín todo agüitado porque lo apañaron.

Le dije a Ulises que la historia estaba muy floja, que le faltaba acción, violencia y sexo, que eso es lo que pega en la actualidad, pensé que se iba a enojar y que se terminarían los días de tomar de gorra. Me dio la razón, quedamos en vernos al día siguiente; dijo que pensaría en otra historia que incluyera lo que mencioné.

El Mingos a las ocho de la noche no cuenta con mucha clientela, el dueño junto a la caja registradora se acomoda para que le bolee los zapatos Ulises; mientras resuelve un crucigrama de una revista especializada. En un viejo piano un viejo pianista que tiene cierto parecido con Carlos Monsiváis pero sin lentes, acompaña con su música las canciones que interpreta una señora demasiado pasada en peso, pero su voz da cierto aire a María Luisa Landín. Después como me ha tocado ver en otras ocasiones, porque ya he estado en esta cantina, el local se llenará en su totalidad y por el desfilarán muchos de los grupos de músicos que todos los días se concentran en Zuazua, tocan música en vivo para los diferentes gustos de los bohemios que por aquí vienen: baladas, música nortea o regional, trova yucateca. Solistas, duetos, tríos, cuartetos y todas las combinaciones posibles se alternaran entre sí para complacer a sus clientes. Al terminar una canción, otro grupo inicia en otra mesa y así cada uno podrá interpretar las melodías que les soliciten.

Ulises termina de bolear al dueño, y se sienta en la mesa en que me encuentro, que atiende un auténtico Tlaxcalteca, de cara esculpida en bronce; nos da unas papas de galeana coci-

das como botana, acompañadas de una salsa casera que sabe demasiado a vinagre; ante nosotros desfilan músicos, vendedores, y gente que sólo entra al baño. La barra, que no tiene gracia se va llenando poco a poco, las paredes están tapizadas hasta la mitad de corteza de madera, el resto con láminas de corcho; una rueda imita una ventana; junto al sanitario se alinean todo tipo de estuches que contienen instrumentos musicales. Hay unas veinte mesas, nada más tres son ocupadas, en una de ellas un grupo regional canta corridos de caballos a un par de viejos; en las mesas vacías, músicos ensayan solitarios en espera de clientes. Llega un joven y se acomoda en la barra, se ve angustiado, algo habla con la señora que canta acompañada del piano, después marca en el teléfono público que está en la barra y al rato la señora está dando una serenata por teléfono.

—Ya estuvo; mira la historia va más o menos así: estaba en *El Teveo*, boleando al Fufito, está lleno el lugar, en la pista baila Yasmín, que esta bien buenota, boluda por todas partes la pobrecita y todos los que la ven tienen la babota escurriéndose. Por donde bajan del escenario las bailarinas está el Tucson, un pelao que se dedica a sacar necios y cuidar a las chachitas, cuando se oyó que se estaban peleando Zafra, una de las morras que bailan con su matador, el Gandul, que le puso sus madrazos y antes de que llegara alguien a separarlos el bato se había pelado. El Fufito le dijo al Tucson que lo buscara para darle avión, pero que lo hiciera sin que la raza se diera color. A la pobre Zafra la estaba consolando el Wally uno de los meseros. Mientras, el show continuaba. Ya había terminado de bolear al Fufito. En ese momento le boleaba unas botas hasta la rodilla a Ingrid, mientras estaba viendo un bonito panorama, algo así como el túnel del tiempo, mientras le daba sus sobadotas alguien gritó: ¡Auxilio... la han asesinado! Es la voz de Zafra, dijo Kitty, y salió corriendo dejándome con el cepillo en la mano, de volada me le pego y en el baño estaba tirada Zafra; alguien de los mirones dijo, la estrangularon; no tenía que decirlo, luego

luego se notaba porque tenía una media en el cuello... ¿Cómo dices?, que cómo gritó Zafra con el cuello apretado... nombre pinche Rolas quieres que me equivoque. Fue Kitty la que gritó, yo estaba boleando a la Ingrid, esa de las botas y quedaba quebrada de recrearse con el panorama. Mejor le seguimos mañana, porque ya se me fue la onda, tú de plano me haces bolas, anótale p'a que no te equivoques.

A Ulises no le importó el anuncio en la puerta del *Moctezuma restaurant bar*, que decía: Prohibida la entrada a Músicos, Boleros, Vendedores y Militares. Barra de una sola pieza de madera fina, pesada, serán cinco metros. La echaron a perder poniéndole encima una lámina de fórmica, la contrabarra construida con gruesos barrotes y dos grandes espejos tienen cuatro faroles de bola, ocho cajones y solamente botellas de tequila de diferentes marcas. Azulejos blancos del piso hasta media pared que después llega hasta terminar en el techo de sólidas vigas. Nos sirvieron cerveza oscura en vaso, que parece crema, acompañado de unos cacahuates fritos en manteca de puerco. Pedí de cenar dos tacos dorados uno de pierna de puerco y otro de pollo acompañados de cueritos curtidos, la especialidad de la casa; junto a la barra existe un canalito de azulejos por donde anteriormente corría agua y servía como escupidera, ya no se usa. Ulises llegó boleando al dueño, cuando terminó se sentó frente a mí; era una mesa de madera de las que tienen en cada pata unos rectángulos para poner las bebidas, en una mesa especial para jugar dominó, así no estorba nada, las sillas hacen juego con la mesa y tienen en el respaldo un anuncio de cerveza Nor-teña, que nunca he oído que exista.

—Bueno, aquí en este papel, ya traigo escritos en orden los nombres: Ingrid dijo que Katty había gritado que Zafra estaba muerta, alguien dijo que el Gandul la había matado porque oyó que la amenazó cuando se estaban peleando. Entonces todos nos pusimos a buscar al Gandul; yo me metí en un cuarto que tenía muchos muebles viejos y estaba apagada la luz, alguien

me saltó por atrás y me empezó a ahorcar con las manos, entonces le di una patada en los güevos y salió corriendo...

—¿Otra vez?

—Si me interrumpes se me va la onda. Bueno me descontó, luego me agarró por enfrente, le di un patadón y salió juido, me levanté para ponerle cola y me tropecé, logre prender una luz y ahí estaba el Gandul con un mecate en el cuello, estaba muerto y me cabrié todo... así va la historia y me imagino que cuando vez un muerto pues te has de cabrear... en eso llegaron los demás junto con la Chota y me querían cargar el paquete y yo dije que nel, que seguro se lo había enfriado algún otro gandaya que le quería poner, y que él le había puesto a Zafra y luego por eso le pusieron a él. El Fufito dijo que a la mejor tenía razón, porque la morra se rolaba con todos, que agarraba parejo, los meseros, el cantinero, el de la música, hasta con el vela, para terminar con el Wally, él les dijo a los chotas que sí, que le había dicho a la Zafra que dejara al Gandul y le ponía cantón. El mero mero de los piojos dijo que nadie podía salir hasta que llegaran los de la Pejota y se hicieran cargo; el Fufito les dio pa' los chescos pa' que lo dejaran terminar el show, mientras a ver si salía a flote el que le dio cran al Gandul. Después de un rato llegó el Chiripa otro mesero y dijo que el Wally se había pelado por una ventana. Cuando subí al techo, a donde daba la venta, ahí estaba todo madreado, dijo que el Tucson lo madreó a la malagueña pero que se desafanó, que ese era el bueno, todos se pusieron a talonearlo y como estaba mamado no lo podían apañar, se vino corriendo derecho a donde yo estaba y con el cajón le puse un madrazo en el güesito sabroso, después le piqué los ojos y se le dieron baño entre todos; cuando ya estaba bien cateado soltó la sopa, que'l le había puesto a la Zafra porque lo engañaba con el Gandul, después le dio en la madre al Gandul por lo mismo; me quiso poner porque ya mero lo descubría y luego trato de enfierrar al Willy... ¿Sigues?, bueno no entiero a nadie y sí ta bueno me equivoqué es el Wally, pero ahí se acaba

la historia ¿A poco no está machín, rin? Ay y desde luego salí en los periódicos con eso de un triunfo más del Bolero Chido.

Tuve que reconocer que estaba bien el rollo, nunca pensé que Ulises fuera bueno para las historias, él se emocionó y quedamos de que le íbamos a seguir con el cotorreo para hacer un libro.

No reconocí al Ulises cuando lo vi al día siguiente, con pantalón de vestir, camisa, zapatos y bien peinado. Que te parece ése, me agandallé una buena lima y un tramo, cortesía de su boutique exclusiva el tendadero. Es mi día de descanso y vamos a celebrar que se terminó la primera aventura del Bolero Chido —me dijo—. Ya me cansé de andar en tugurios, te invito una cheve en una buena cantina, vamos al *Indio Azteca*, pa' que veas que también las puedo.

Diego y Madero, entramos a un local decorado como Lobby de un hotel de cinco estrellas, unas treinta mesas se alinean casi tocándose en ángulo, el local está completamente lleno ¿Cuál crisis? pensé. Seis cabezas de Venado disecadas desentonan con el estilo modernista, sobre la contrabarra una cabeza de un oso, que parece salir de la pared acojinada, está con el hocico grotescamente retirado, dos pez espada completan la decoración. Los clientes son profesionistas jóvenes, muchos traen corbata y destacan los gorditos. Ocupamos una mesa de madera con un fino acabado en laca, son mesas como las del *Moctezuma*, las sillas hacen juego con la mesa, todas se ven viejas pero con un mantenimiento constante, en su respaldo anuncios de cerveza dos XX.

Ulises pide dos cervezas al mesero de camisa blanca impecable, pantalón negro y corbata de moño. Me extraña que al servir las no ponga cuenta como se acostumbra, un cartón dentro de un vaso que sirve de servilletero donde se anota el consumo. Antes de terminar la cerveza nos traen un plato con topos cubiertos de pico de gallo y tres papitas de galeana con salsa, es la botana, no la tocamos. Pide otras dos cervezas Ulises, que no sé de qué habla, yo estoy atento a lo que se dice en otras mesas, uno platica de todos los días que ha aguantado

pisteando; otro lo que ha aguantado manejando en la carretera sin parar; en otra mesa alguien cuenta de todas las viejas que ha tenido, sigue con las viejas que han pasado por su armas en la oficina y si lo dejan seguirá con las viejas de sus amigos; el ritual se cumple: ante una bebida, no pasa nada, de las bromas a las grillas del trabajo, después a los problemas familiares, al último todos se dividirán el costo del consumo.

Al traernos la cuenta, a Ulises casi se le salen los ojos, de sopetón le dijo el mesero que eran veinticuatro pesos, no dijo nada, pero al salir, explotó: nos hubiéramos comido la botana siquiera, están carísimas las cervezas, fácil completábamos un cartón. Para que no se sintiera mal le invité una cerveza en *El Zacatecas*, que está en contraesquina. Tres clientes se acomodan en la barra, sólo tomaremos una, previendo que el precio sea igual al de la competencia. Del grupo en la barra se desprende un señor que salud a Ulises, Licenciado Martínez –saluda efusivo, a un señor sesentón de traje gris y corbata roja. Acepta sentarse con nosotros pero pone como condición de que él invita, lo que no pensamos que se viera mal. Ulises encuentra un oído receptivo para quejarse del *Indio Azteca*, y el licenciado encuentra una pareja solidaria. Nos cuenta que en ese bar pasó muchas horas de su juventud, le gustaba ese ambiente que había antes, de una verdadera cantina, donde se podía jugar dominó, platicar con los amigos, cuando la botana eran unas costillitas adobadas, que hacían los cocineros con una receta secreta invención de la esposa del dueño, los clientes hasta pedían para llevar.

El piso es de mosaicos negros y blancos. Sólo dejaron las cabezas de los venados que ya tienen mucho tiempo; hasta modificaron la barra de la que tanto presumían –dice el licenciado con amargura–, me acuerdo cuando matamos el oso, fuimos de cacería todos los de la palomilla, fue allá por 1953. A Severo y Ventura lós dueños de la cantina les tocó la cabeza porque dijeron que la iban a mandar a disecar, a otro la piel, la carne se repartió entre el resto, ese invierno hubo tamales de

oso en todas las casas del barrio; por ahí debe haber una fotografía del oso muerto, amarrado a la polvera del Packard en el que fuimos, me acuerdo que le dimos una vuelta por las calles para que sintieran envidia del trofeo que logramos. El resto de la plática fueron las múltiples aventuras del licenciado, me fui para tratar de alcanzar el último camión a la casa.

Por la Calzada Madero rumbo a Juárez, se han instalado varios bares con música en vivo, en ellos hay mujeres para bailar, vigilantes en la entrada, bebidas caras; solo en uno se veía movimiento, pero no me atrajo para entrar. Al llegar a Escobedo oí música en el *Bar Ok*, Janis Joplin cantaba *Mercedes Benz*, el sonido hacía que los cristales del local vibraran, todas las mesas cerca de la entrada estaban ocupadas, me senté en un banco alto junto a la barra. En una tarima un grupo de rock acompañaba a una güera que imitaba a la perfección a la Janis, pensé que era una alucinación causada por las cervezas consumidas. El mesero me devolvió a la realidad, una cerveza costaba diecisiete pesos, bueno diez del cover; estuve a punto de mandarlo por un tubo, pero el dueño aceptó que sólo pagara la cerveza y me fuera, ya no me servirían más. El local se encontraba a la mitad de su capacidad, había dos áreas en otro piso, parecían terrazas oscuras y desocupadas. La decoración eran posters americanos y fotografías de gente famosa que había visitado el lugar; había gente todavía con traje y corbata, pero la mayoría eran jóvenes con buena ropa. Termine la cerveza antes que el show y me fui a mi casa; logré alcanzar el último ruta 39, al día siguiente buscaría a Ulises.

Hasta después de tres días pude ver a Ulises, se veía enfermo, me platicó que agarró el avión y lo apañó la chota, hasta perdió el cajón, se pospondría otros tres días el cotorreo, por lo pronto me bajó diez bolas para comprar lo necesario para reanudar el negocio, le dije que no fuera a comprarse un tinaco. Con el dinero en la bolsa me dijo que no era mala idea, pero que le urgía alivianarse para seguir con el libro de las aventuras del Bolero Chido; que ya tenía otra historia y que esa era

mejor porque sería la denuncia de un crimen entre los gargantones que manejan el billete en Monterrey.

El relato de Ulises se me hizo interesante, tenía buen argumento y sonaba creíble, mientras lo contó recorrimos varias cantinas: *El Caracol*, que se llama así porque salen bien babosos, según Ulises; *El Rinconcito*, *La Bola de Oro*, *La Castañeda* donde sirven la mejor botana; *El Bristol*, *El Salón Laredo* y sus ligues Gay; *El Monterrey*, *El Tecate* con su contrabarra en forma de castillo; *El Jardín*, *El Pepes* con sus especialidades en mariscos; *Los Compadres*, *El Tarro*, *La Espuma*. Ulises me tenía apantallado, siempre presentaba buenos argumentos para sus historias de aventuras; habíamos agarrado una buena racha, todos los días cumplíamos el objetivo, se emocionaba con sus relatos y sugería alguna que otra modificación a lo que tenía escrito. Los nombres de la raza empezaron a aparecer, así el Brother era un narco; la Sombra, un asesino psicópata; el Roge era integrante de un grupo de conspiradores; el Greñas, el Moscos, el Piñón, el Crasy, el Burro, y el Perro una banda de asaltabancos. El Bolero Chido siempre terminaba atrapando a los criminales y en pocas ocasiones disfrutando de los apapachos de bellas mujeres o recibiendo buenas recompensas.

Tres meses duramos visitando cantinas diferentes, cantinas con nombres raros, con su clientela definida, con su historia. Pasamos por *La Oficina*, *La Chamba*, *El Reforma*, *El Seguro*, *El Arbolito*, *Los Pollos*; estuvimos en *El Santa Rosa*, *El Santa María* y *El Pacos* que se encuentra en tres esquinas de las mismas calles; *La Bolita*, *Los Pinos*, *Las Víboras*, *El Bar de Pecina*, *El Sabino*, *El San Luis*; *El Bar de Mancillas* donde se juntaba Fidel Castro. Todos de alguna manera hacían crecer la imaginación de Ulises, ya teníamos seis relatos, llevaba escritas cuarenta cuartillas a máquina, había descubierto a un excelente narrador del género policiaco, realmente estaba impresionado por la facilidad con que Ulises encontraba sus argumentos para las historias.

En Reforma y Colegio Civil se encuentran buenos libros usados, andaba a la caza de alguno que se encontrara en condiciones de ser leído, costumbre que adquirí hace mucho tiempo y en la que empleo varias horas de la tarde del sábado. Ese día íbamos a visitar *La Tetera*, quedamos de vernos por la estación del Ferrocarril. Los libros se apilaban sobre mesas y el vendedor en el hueco que queda en el centro, ya me conoce y sabe mis gustos, aunque no siempre le compro lo que ofrece, procura tener algo en ediciones pasadas que rescata para vendérmelas. La tarde era calurosa, el sol picante de los estucherros en busca de ropa, artículos electrónicos, algo para regalar o simplemente curiosear. Discutía con el dueño del tendido sobre el precio del libro que me ofrecía, al final aceptó los cinco pesos que le daba, antes de retirarme di una ojeada por las revistas usadas, ahí encima estaba una que me aceleró el pulso, una corazonada que me causó un leve mareo. El Pantera, Gervasio Robles, el personaje de historieta en «El crimen en el Vodevil», al hojearlo me di cuenta que se trataba de la primera aventura del Bolero Chido, exactamente como me la platicó, incluso con los mismos nombres, no había que pensar más, esa era la fuente de inspiración de Ulises. Sólo invertí un peso. Al ver al Bolero Chido me porté mal, traté de humillarlo; primero le exigí una boleada con tinta fuerte, después cambié el plan, íbamos a *La Grúa*, ahí se presentaba un grupo de música norteña, el ruido era insoportable, pero me servía de escudo para no gritarle que me había traído como su pendejo durante varios meses. Al terminar de tomarnos las cervezas del primer cubetazo, Ulises entusiasmado sacó una hoja de libreta, traía anotado un poema, yo ni lo vi, pensé que seguramente lo había transcrito del *Libro Sentimental*, no le dije nada, eso lo saqué de onda, pidió otro cubetazo y seguimos pisteano en silencio. En un intermedio, los músicos, fueron sustituidos por la radiola, saqué el ejemplar de la revista *El Pantera* y lo puse sobre la mesa frente a él, le dije que las aventuras del Bolero Chido se habían terminado, que le daba todas las cuartillas que

había escrito y que ojalá las perdiera en alguna noche de locura, en su expresión vi el llanto a punto de brotar. Me fui sin despedirme.

Hace unos días volví a encontrarme a Ulises, estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos. Cargaba sus cosas en una red de plástico como solía hacerlo cuando le robaban el cajón de bolear, le faltaban los dientes superiores, tenía un corte en la ceja derecha, seguro se había bronqueado o lo habían ponchado, andaba demasiado sucio. Trató de ser amable, pero la tensión se sentía en el silencio que se da cuando se agota rápido una platica.

—Sigo en la ruta de los bebenautas, a ver cuando nos juntamos para tomarnos una cerveza y recordar ese tiempo cuando era el Bolero Chido, te puedo ayudar en la descripción de cantinas, para que completes tu trabajo, mínimo pienso recorrer las tres mil quinientas cantinas que calculamos —Dijo, sin verme a los ojos, antes de perderse por Aramberri, que en esa ocasión se encontraba completamente a oscuras.

La primera vez que vi tu cara

Genaro Huacal

La memoria no alcanza a precisar ese momento, esa primera vez que tuve conciencia de esta ciudad. Sin duda sería en la primaria, pero antes de estudiar la geografía, historia y gentilicios del país, de una manera u otra, empezó a fluir por mis oídos.

Un día sin conocer aún su futuro significado vital, descubrí a Monterrey y a los regiomontanos en la historieta de *Memín Pinguín*, entonces supe del cabrito, la carne asada, las polkas y los Rayados.

Más tarde, en algún rincón de la secundaria, entre Credence y Procol Harum, Mile Laure y Leo Dan, encontré un acordeón de postales regias enviadas por un hermano de paso por la ciudad. Nunca olvidé la toma de la Plaza Zaragoza con el Condominio Acero al fondo. Fue la primera vez que vi tu cara y me gustaste Monterrey, como aquellas cosas gratas disfrutadas sin afán de poseerlas.

Nunca creí pisar tu suelo, no tenía por qué, más aquí aprendí a hacer las cosas por necesidad de hacerlas; los motivos en Monterrey salen sobrando. Una mañana de junio *desembarqué* en el río Santa Catarina, feliz, mirando mi alrededor en busca de tu estímulo pavloviano: el Cerro de la Silla.

Manuel María de Llano, entre Villagrán y Villagómez, vio transcurrir mi primer fin de semana regio, pisa y corre a la frontera.

había escrito y que ojalá las perdiera en alguna noche de locura, en su expresión vi el llanto a punto de brotar. Me fui sin despedirme.

Hace unos días volví a encontrarme a Ulises, estaba esperando el camión para ir a mi casa, era temprano y a esa hora iban llenos. Cargaba sus cosas en una red de plástico como solía hacerlo cuando le robaban el cajón de bolear, le faltaban los dientes superiores, tenía un corte en la ceja derecha, seguro se había bronqueado o lo habían ponchado, andaba demasiado sucio. Trató de ser amable, pero la tensión se sentía en el silencio que se da cuando se agota rápido una platica.

—Sigo en la ruta de los bebenautas, a ver cuando nos juntamos para tomarnos una cerveza y recordar ese tiempo cuando era el Bolero Chido, te puedo ayudar en la descripción de cantinas, para que completes tu trabajo, mínimo pienso recorrer las tres mil quinientas cantinas que calculamos —Dijo, sin verme a los ojos, antes de perderse por Aramberri, que en esa ocasión se encontraba completamente a oscuras.

La primera vez que vi tu cara

Genaro Huacal

La memoria no alcanza a precisar ese momento, esa primera vez que tuve conciencia de esta ciudad. Sin duda sería en la primaria, pero antes de estudiar la geografía, historia y gentilicios del país, de una manera u otra, empezó a fluir por mis oídos.

Un día sin conocer aún su futuro significado vital, descubrí a Monterrey y a los regiomontanos en la historieta de *Memín Pinguín*, entonces supe del cabrito, la carne asada, las polkas y los Rayados.

Más tarde, en algún rincón de la secundaria, entre Credence y Procol Harum, Mile Laure y Leo Dan, encontré un acordeón de postales regias enviadas por un hermano de paso por la ciudad. Nunca olvidé la toma de la Plaza Zaragoza con el Condominio Acero al fondo. Fue la primera vez que vi tu cara y me gustaste Monterrey, como aquellas cosas gratas disfrutadas sin afán de poseerlas.

Nunca creí pisar tu suelo, no tenía por qué, más aquí aprendí a hacer las cosas por necesidad de hacerlas; los motivos en Monterrey salen sobrando. Una mañana de junio *desembarqué* en el río Santa Catarina, feliz, mirando mi alrededor en busca de tu estímulo pavloviano: el Cerro de la Silla.

Manuel María de Llano, entre Villagrán y Villagómez, vio transcurrir mi primer fin de semana regio, pisa y corre a la frontera.

Ese fue mi primer encuentro cercano del tercer tipo con los corazones norteños, sencillos, alegres, generosos; y mi deslumbramiento con el paisaje montañoso, venido yo de llanos y sabanas.

Del destino nadie se escapa, a contrapelo de Serrat dejé el mar y me vine al monte. Cambié gaviotas por las palomas regionmontanas. Al Mercado Sáinz de Baranda por el Mercado Juárez. Al Barrio de San Román por el barrio antiguo regionmontano. A los Piratas de Campeche por los Sultanes, *ad infinitum*.

Desde entonces han pasado diecisiete años entre el cielo y el infierno, entre la agonía y el éxtasis, entre la realidad y el deseo. La ausencia cumplirá su mayoría de edad y no estará en la fiesta.

Tanto tiempo lejos de mis playas campechanas no me hace olvidar a las murallas, pero mi corazón cada día toma más forma del Cerro de la Silla.

Entre otras cosas, aquí he descubierto los mitos norteños, esencialmente dos. La tacañería regia: a nivel individual los regionmontanos son desprendidos, pródigos, generosos; a nivel de comunidad son superiores, nadie como ustedes para el alto sentido de la solidaridad. Y la franqueza norteña: sé por experiencia que aquí no aceptan el viceversa, a la crítica franca y honesta le llaman ataques. Cada quien posee su verdad particular guardada en casa. Nada de norteñotes y francotes.

Ya lo decían los latinos: «La mentira procura amigos; la verdad, enemigos». Más nunca me cansaré de disfrutar la bonhomía regionmontana.

Gracias por el placer de todos estos años, jodido, pero contento. Gracias por ayudarme a despejar cada vez más aquel enigma: «Los tres mil quinientos habitantes de mi pueblo / no me recuerdan. / El millón y medio de Monterrey / no me conoce. / No sé si estoy ganando o estoy perdiendo». Gracias por el saldo a favor.

Los protagonistas nocturnos de la Alameda

La Alameda Mariano Escobedo, durante el día, es una isla donde la inercia sienta su morada. Rumiante de transeúntes mastica y deglute pasajeros inmersos en el ritmo citadino.

Los viandantes pasan de largo por sus calles laterales, huyen por la tangente. La miran sin ver. Sólo viejos y vagabundos permanecen en ella, absortos en el teorema vital de su existencia.

La Alameda es grande y su grandeza todos los días ostenta decadencia. Al oeste alberga taxis asténicos al acecho. Su acuario es recuerdo de nuestros mayores. Las aves se fueron volando a espacios más amables.

Las parejas hurgan por la tarde en busca de lugares solitarios. Ellos le brindan ese calor humano, urgente y ecológico. Reviven a hurtadillas el teatro al aire libre, tendido al sol como los huesos de un perro ex callejero.

De mañana y noche, trotadores albinos y crepusculares la hacen latir al ritmo de sus pasos. Mantra antecesor del éxtasis. El nirvana no se alcanza fácilmente, exige paciencia. Los borrachos nocturnos lo saben, por eso, en la hora gris, acuden al santuario más próximo del santo patrón universal.

Allí el ángel de Gay-Lussac dispensa misericordioso su divina providencia, ¡oh señor amoroso e indulgente!, ¡acoge a este devoto!, ¡dale otro pecado capital!

A veces, en la banca de turno, en la calzada tendida entre las fuentes de este a oeste, nos gana el sueño. Más tarde, «el viento de la noche gira en el cielo y canta», y nos despierta. Entonces es posible atestiguar de madrugada el prodigioso relámpago nocturno.

El privilegio de la vista nos da oportunidad de trascender nuestra paupérrima condición mortal. La morbilidad es geoméricamente poligonal. El sonido del silencio aturde al tiempo, golpea al yunque, blande el martillo, sube al estribo del laberinto.

Ese fue mi primer encuentro cercano del tercer tipo con los corazones norteños, sencillos, alegres, generosos; y mi deslumbramiento con el paisaje montañoso, venido yo de llanos y sabanas.

Del destino nadie se escapa, a contrapelo de Serrat dejé el mar y me vine al monte. Cambié gaviotas por las palomas regionmontanas. Al Mercado Sáinz de Baranda por el Mercado Juárez. Al Barrio de San Román por el barrio antiguo regionmontano. A los Piratas de Campeche por los Sultanes, *ad infinitum*.

Desde entonces han pasado diecisiete años entre el cielo y el infierno, entre la agonía y el éxtasis, entre la realidad y el deseo. La ausencia cumplirá su mayoría de edad y no estará en la fiesta.

Tanto tiempo lejos de mis playas campechanas no me hace olvidar a las murallas, pero mi corazón cada día toma más forma del Cerro de la Silla.

Entre otras cosas, aquí he descubierto los mitos norteños, esencialmente dos. La tacañería regia: a nivel individual los regionmontanos son desprendidos, pródigos, generosos; a nivel de comunidad son superiores, nadie como ustedes para el alto sentido de la solidaridad. Y la franqueza norteña: sé por experiencia que aquí no aceptan el viceversa, a la crítica franca y honesta le llaman ataques. Cada quien posee su verdad particular guardada en casa. Nada de norteñotes y francotes.

Ya lo decían los latinos: «La mentira procura amigos; la verdad, enemigos». Más nunca me cansaré de disfrutar la bonhomía regionmontana.

Gracias por el placer de todos estos años, jodido, pero contento. Gracias por ayudarme a despejar cada vez más aquel enigma: «Los tres mil quinientos habitantes de mi pueblo / no me recuerdan. / El millón y medio de Monterrey / no me conoce. / No sé si estoy ganando o estoy perdiendo». Gracias por el saldo a favor.

Los protagonistas nocturnos de la Alameda

La Alameda Mariano Escobedo, durante el día, es una isla donde la inercia sienta su morada. Rumiante de transeúntes mastica y deglute pasajeros inmersos en el ritmo citadino.

Los viandantes pasan de largo por sus calles laterales, huyen por la tangente. La miran sin ver. Sólo viejos y vagabundos permanecen en ella, absortos en el teorema vital de su existencia.

La Alameda es grande y su grandeza todos los días ostenta decadencia. Al oeste alberga taxis asténicos al acecho. Su acuario es recuerdo de nuestros mayores. Las aves se fueron volando a espacios más amables.

Las parejas hurgan por la tarde en busca de lugares solitarios. Ellos le brindan ese calor humano, urgente y ecológico. Reviven a hurtadillas el teatro al aire libre, tendido al sol como los huesos de un perro ex callejero.

De mañana y noche, trotadores albinos y crepusculares la hacen latir al ritmo de sus pasos. Mantra antecesor del éxtasis. El nirvana no se alcanza fácilmente, exige paciencia. Los borrachos nocturnos lo saben, por eso, en la hora gris, acuden al santuario más próximo del santo patrón universal.

Allí el ángel de Gay-Lussac dispensa misericordioso su divina providencia, ¡oh señor amoroso e indulgente!, ¡acoge a este devoto!, ¡dale otro pecado capital!

A veces, en la banca de turno, en la calzada tendida entre las fuentes de este a oeste, nos gana el sueño. Más tarde, «el viento de la noche gira en el cielo y canta», y nos despierta. Entonces es posible atestiguar de madrugada el prodigioso relámpago nocturno.

El privilegio de la vista nos da oportunidad de trascender nuestra paupérrima condición mortal. La morbilidad es geoméricamente poligonal. El sonido del silencio aturde al tiempo, golpea al yunque, blande el martillo, sube al estribo del laberinto.

No deja huella su relámpago, inaprehensible como el rayo verde. Los mejores cazadores de fantasmas nada podrían hacer ante él.

Desde algún punto de la noche nace al espacio de la Alameda puntual y alerta. Su sangre fría, matemática, no falla. De noche los búhos no cierran los ojos, están ahí, atentos, entre las ramas.

Quiénes saben se apuestan en la calzada, el cuadrilátero, lugar de los hechos y de los éxitos. Durante largas noches de contemplación nunca han errado.

Las ratas de campo, enormes, son pequeñas comparadas con las de ciudad, capaces de comerse a un gato bodeguero. Los búhos son ganadores empedernidos, saben que no pierden nada al intentarlo.

Desde su sitio, un búho detecta a una rata de buen peso, la mira acercarse con timidez a la cinta de cemento. Respira y aguanta impasible, a punto de desenfundar.

La rata sube a la calzada, camina despacio, el vuelo soberbio de los pájaros entra en acción, un proyectil lanzado desde veinte metros de altura planea con las alas en cruz.

En el más profundo silencio, sin mover siquiera las hojas de los árboles, con la mayor precisión de un cirujano, explotando las leyes de la aerodinámica, pasa veloz, levanta a su presa y remonta vuelo.

Un parpadeo puede privar del espectáculo. La ceremonia es sólo para iniciados. Aunque somos pocos, de vez en cuando acudimos a renovar los votos.

Aldama 405

Anoche salió de nuevo, los pasos por patio y escaleras me despertaron en la madrugada. Sus bufidos horadaban las paredes. Por momentos se envolvía en el silencio, confundida en la os-

curidad; pero allí estaba. Al cerrar la puerta un golpe de viento me tiró a la cara su tufillo a sudor y mugre.

En tiempo de calor las mujeres de la casa se recogen más temprano para que salga a tomar el fresco a sus anchas. La siento asomarse por la ventana del cuarto. Por el ojo de la cerradura, a la luz de mi lámpara brillan sus pupilas. A menudo despierto adivinándola junto a mi puerta, sin atreverse. Manoteo, digo incoherencias. Finjo despertar de una pesadilla. Ella se escurre en silencio.

Alguien dijo que en esta dirección la buena comida es más barata. Interesado por la oferta, no quise hacerme ilusiones. Todo lo contrario. Las hermanas encarnaron la amabilidad y el buen trato. Se relevan y asisten en el trabajo doméstico a la manera de un equipo deportivo para atender a tres o cuatro inquilinos y los abonados de mediodía.

Nunca vi a más huéspedes que a Carlos, el vecino, y sólo al principio. Los demás tenían apretados turnos de trabajo y estudio. La población flotante fluctúa demasiado, sólo una corta temporada y se van sin despedirse. Tras ellos llegan más, solteros, parejas. Todos desaparecen sin rastro, sin mandar jamás una postal.

El estudiante de medicina y el de agronomía, con la muchacha de educación física y los de bachillerato son, entre otros, efemérides de sobremesa. No se diga el poeta y el torero cantante, personajes del nunca acabar. ¿Agustín?, era tremendo el güerco, tomaba a la bestia y metía viejas sin que nos diéramos cuenta. Las encueradas del periódico de la tarde tapizaron su cuarto. El doctor era otra cosa y además guapo, agregó doña Rosa, la que ayudaba a bien morir. También vivió aquí un güerito precioso que se hizo de rogar con todas. Un silencio aplastante cayó sobre el comentario. El pequeño Arturo aprovechó para una nueva travesura.

En casa la alimentación es vegetariana. La familia acostumbra el yoga y la meditación. No comen carne. Profesan la religión de los Vedas. «La que nos convierte en dioses, a dife-

rencia de la católica que adora a un dios omnipotente y nos ubica como a pobres pecadores; aspirantes, cuando mucho, al perdón del padre celestial y misericordioso». Como prueba de fe, las hermanas montaron una guardería infantil. Los niños pusieron continuamente a prueba la paz interior ganada duramente con ayunos, dietas y ejercicios ascéticos.

La noche está llena de ruidos, casi me curó de espanto. Respiraciones agitadas, forcejeos, suspiros que se arrastran, pasos furtivos suben y bajan hurgando los rincones. Suele amanecer un colchón a medio patio y desierto el campo de batalla que volverá a poblarse bajo las estrellas con pertinaces e invictas gladiadoras.

Una losa del patio atrajo mi atención. Al bajar al baño, por la noche, suena suelta bajo mis pies. A la luz del sol repaso el camino sin descubrirla. A oscuras rompe, invariable, el ritmo de mis pasos. Su sonar de pieza suelta me alertó. ¿Por qué sólo de noche? Una de luna llena logré levantarla con las uñas. La penumbra denunciaba una luz lejana. Se alcanzaba a oír el ruido de una sorda actividad. La losa se me soltaba. Un cuchillo de la cocina fue definitivo. La penumbra se aclaró. Muebles viejos, retratos antiguos. Una melodía sonaba por todas partes. El valor se me vino a la vejiga con la exigencia de evacuarla. La cerveza purgó por salir de mis entrañas. Regresé cuanto antes. La losa estaba en su lugar y con firmeza. Por más que intenté con los tacones, ninguna sonaba suelta. Subí a mi habitación intrigado. No estaba Carlos. Por suerte quedaba más cerveza.

No te preocupes, me dijo una de las señoras, como vives más alto que nosotras, los ecos del barrio rebotan en tu pared. Por eso escuchas ruidos raros en la noche.

Seguí comprando cerveza. Mis idas al baño, minuciosas en el paso, no tuvieron éxito. Los ruidos continuaron. Carreritas de pasos apagados, cuchicheos. Pasos fuertes como de quien carga algo con dificultad. A veces de plano no puede y los arrastra. Paredes de papel.

Tras varios meses de no encontrar la losa suelta, en el enésimo intento la escuché crujir. Estaba preparado. La alcé y vi la misma habitación, el humo denso despedía un olor característico. Al descolgarme al interior una beatitud creciente me aprisionó. Caí con suavidad, casi ingrávido, al piso de ajedrez. A la felicidad del mundo. Al placer. Al parpadeo de una llama, las tuberías desnudas poblaron mi éxtasis.

Desperté ya muy tarde en mi cama. Resabios me dibujaron sonrisas. Las señoras trajinaban en la cocina con los de medio día. Mi cuerpo no estaba hartado de placer ungido. El vicio que se adquiere a la primera vez. Busqué con mayor ahínco la entrada al inframundo. Mis investigaciones continuaron. Supe que no les interesaba, no era su tipo. Nunca más volví a encontrar la losa suelta por más que busqué al anochecer, de madrugada y amaneciendo. No más secretos venéreos. Aquellas noches de lluvia en que subían por mis brazos, mis muslos, cuando penetraban por las rendijas y me recostaban en una cama de agua que no era mía, no se repitió.

La teoría es del espejo, el reflejo invertido del mundo que colgaba numeroso de las habitaciones. Al romperse uno de ellos unieron los pedazos con cinta adhesiva y lo colgaron en mi baño. El último invierno la humedad despegó la cinta. Debajo del espejo una cara inocente aún sonríe.

El Gabo de Monterrey

A sus 56 años de edad, veinte de taxista, diez de cantinero y cinco hijos, jamás había oído hablar de Gabriel García Márquez. Mucho menos de su gran parecido con el famoso escritor. ¿A cuántos ha matado?, preguntó a los jóvenes aspirantes a literatos que le revelaron la envergadura internacional del autor colombiano. Una sonrisa de satisfacción externó con orgullo.

Él es Antonio Soto Guerrero, don Toño para los parroquianos del bar de aire musulmán donde trabaja en el centro de Monterrey. Don Gabo para quienes conocen pizca de literatura.

Regiomontano de nacimiento, don Toño o don Gabo, como prefiera, trabaja trece horas diarias en la esquina de Doctor Coss y 15 de Mayo. Su rutina va desde la limpieza mañanera de todo su espacio etílico hasta la corrida de los últimos briagos, antes de las once de la noche, para no perder el camión.

Le gusta jugar al dominó y escuchar la música de sus tiempos, «es que esa nunca muere, primero voy a morir yo». A menudo lleva su tocacintas al bar, prefiere la música tropical, norteña y las baladas de fines de los 50 y principios de los 60.

Al enterarse de su parecido con el autor de *Cien años de soledad*, se interesó por conocer su obra, «a ver qué tal». Un amigo, maestro de inglés y parroquiano del lugar, le confirmó el hecho. Antes, uno del grupo de poetas regios le mostró un libro con la foto del novelista.

Gustoso accedió a posar para el fotógrafo y a platicar con quien esto escribe, pero el pánico escénico amenazó con impedirlo. «Que te puedo contar de mi vida, el otro sí es famoso», no supo que el pasado fin de semana, muy cerca de su fuente de trabajo, el otro estuvo con Salinas de Gortari en gira presidencial.

En una entrevista García Márquez dijo que pronto volverá a Monterrey para conocer y saludar a sus amigos. Ojalá alguien intervenga para que el colombiano se vea en su propio espejo.

Otro bar que muere el polvo

Cero y van tantos desde aquel bar La Concha que se derrumbó ante mis ojos dispuesto a anidar en la memoria. «Lo sentí, no fue una separación sino un desgarramiento», cantó transido el poeta.

Más tarde, con toda saña, el Balalaika fue borrado de un plumazo del catálogo de lugares de sano esparcimiento en Monterrey.

Hace poco El Árabe, lugar de nuestros éxitos, rindió tributo a la madre tierra. Aún no pasábamos el trago amargo cuando supimos de la artera clausura del Lagunilla Bar. Sí, porque no fue una de esas clausuras municipales pasajeras. No, más que clausura fue tapiada. Gruesos bloques condenaron la puerta, única vía de entrada, para muchos, al paraíso.

Aunque ofrecía un ambiente que a cualquier persona «normal» se le antojaría dantesco, a los fieles bacantes regaló solaz a manos llenas. Putas y homosexuales en cordial convivencia. Un bestiario donde Zacarías Jiménez era el último unicornio, azul y todo.

Más de una vez, recalando de correrías nocturnas casi diurnas, llegamos, como buenos vegetarianos, a disfrutar el néctar de malta, cebada y lúpulo, especialidad de la casa. Ahí, en ese lugar «donde bajan los dioses sin ser vistos», precisamente lo inefable e inaudito.

Luis Ángel, ángel al fin, también bajaba, de madrugada, al espacio de su reino en celo. Aureolado por la barba de tres días, mientras su voz ronca salía de la radiola. Dueña y señora, bailaba con dos o tres tipos a la vez. Tipos cuya sangre, a esas alturas, contenía cien por ciento de alcohol y rastros de hemoglobina.

Pronto se vació la jaula de las locas en la noche de Luis Ángel. Los pretendientes no habrían ni mirado a la cándida Eréndira en sus mejores tiempos.

Las robustas meseras pasaban por aquellas célebres fanáticas de Tzecub Baloyán y se conformaban con su rol primario de servicio. Acostumbradas a ser casi objetos de piqueta.

Los parroquianos recuerdan la noche en que un pintor regiomontano, en desafío a sus fantasmas, se puso en pie de guerra. Pintarrajeado de cara y pecho con rojo profundo y negro llegó frenético en su combi.

Las locas se quedaron petrificadas, desde Pepe el Toro no habían visto a un ejemplar de esa categoría. El silencio se podía cortar en tiritas, los borrachines corrieron a la pared, ¿Rambo en la ciudad?

Nuestro héroe pidió tecates para llevar, el cantinero lo atendió nervioso. Intrigado por la impresión de su recia personalidad, y la ola de suspiros, se asomó al espejo de la barra, apenado tomó las tecates y corrió a su combi, arrancando como pintor que se lleva el Diablo.

La Lagunilla nos dio siempre de que hablar; ante su inminente desaparición terrena, va desde aquí un sentido pésame a la afición que aún no se percata del acoso sistemático del que somos objeto. Erijamos nuestros monumentos nacionales, defendámoslos a copa y espada. No claudiquemos ni con Claudia.

Como el agua en el agua

*Vivió en la soledad, sin una mujer, sin amigos;
todo lo amó y lo poseyó, pero desde lejos, como
del otro lado del cristal; «murió», y su tenue
imagen se perdió, como el agua en el agua.*
Borges: **La otra muerte.**

La postal muestra un fragmento del centro de la ciudad de Monterrey. Así conocí la fuente de la plaza Zaragoza, el Palacio Municipal y el majestuoso Condominio Acero, lo que hoy conforma mi mundo y lo limita.

La observo desde el mediodía del fin de semana de mi pueblo, pensando en mi hermano que recorre el país, en los lugares que nunca conoceré.

Aquí transcurre mi vida, en la soledad, sin una mujer, sin amigos. Sólo yo sé que existo, los demás siguen de largo sin mirarme, sin tocarme aunque pasen a mi través. Un día moriré y éste será el único testimonio de la historia que habito.

Mi radio de acción termina en Escobedo, al sur Melchor Ocampo me contiene y el extremo norte de la plaza Hidalgo. Al oriente estrello mis ansias en Zuazua. Los límites de la postal se imponen.

Pese a todo, llevo una vida normal. Tomo mis alimentos en el restaurante Luisiana o en el hotel Monterrey, donde vivo. El Cid, el Reforma y el Alexander me proveen de ratos agradables y todo el alcohol que necesita mi alma. Si no fuera por eso ya me habría vuelto loco.

La librería del Fondo de Cultura Económica, en los bajos del Condominio Acero, alienta mis lecturas generosas y el Museo de Historia satisface mi curiosidad por conocer las raíces y trayectoria de la ciudad y el estado. Asisto regularmente, qué remedio me queda, a sus exposiciones y conferencias.

Atestiguo a través del tiempo la evolución vertiginosa del corazón regiomontano. En 25 años han cambiado el concreto por asfalto y éste por adoquines. Los árboles desaparecen de calles y patios sobreviviendo en las plazas. En la última década, derrumbando manzanas, la plaza Zaragoza se integró a la faraónica Macroplaza. Los hoteles de la zona son remodelados cíclicamente, otro está en erección junto a la plaza Hidalgo.

Estuve atento a la construcción del Museo de Arte Contemporáneo, aquí, frente a mi postal, pero no lo visito por estar fuera de mi alcance. Lástima, los miércoles la entrada es gratuita.

Los domingos contemplo desde el kiosco a las parejas que se casan en Catedral, indago el reloj de sol, aún no me revela su misterio. En la noche escalo el faro de comercio y juego con los rayos que aumentan número y habilidades.

Nadie comprende mis lamentos ni mis llamadas de auxilio escritos con láser, creen que es parte del show o que algún mentecato hace de las suyas.

Este año alegra mi ocio dominical un jardín de arte al que concurre un grupo interesante, de todos ellos me embelesa la

obra de Sergio Villarreal, un pintor que postula al cuerpo humano.

Mis días tienen como extremos ambas plazas. Por la mañana vago por los pasillos del Palacio Municipal y hasta me siento en la silla del alcalde a leer *El Norte*.

Miro el MARCO, El Cerro de la Silla y el sector del Barrio Antiguo. Las montañas de la Sierra Madre, esculpidas a golpe de agua y viento, sin imponentes.

Ni duda cabe que esta ciudad tiene trapío, dos equipos de fútbol, dos figuras internacionales del toreo y tres medallas olímpicas de caminata lo confirman.

En verano, cuando el sol es dueño y señor de todos sus haberes, busco la sombra hidalga de esta plaza, la única en el mundo que podría ofrecer reservaciones. Las parejas hacen fila esperando que se desocupe alguna banca.

Yo no tengo ningún problema, faltó de materia, se sientan sobre mí y ni cuenta se dan. Dos cabemos muy bien en el mismo espacio, sólo tengo que sentarme primero, ellos sí son de carne y hueso, especialmente las mujeres.

Me agrada esta plaza, sus árboles parecen las manos crispadas de un ahogado, tal vez sufran algún maleficio ante la indiferencia de la fuente y el aire de jardín japonés que me encanta.

Aquí me entretengo con cuentos y novelas; aprendo poco a poco los rudimentos de la escritura. Ajeno a los problemas cotidianos, le dedico todo mi esfuerzo. Alguna vez mi vida los hará reír pensándome una mera ficción, tachando de fantástico mi realismo naturalista, de mentira a esta verdad tan cierta.

Los vespertinos son el oasis de la ciudad, la nota roja es Nuestra Señora de los Bares, santa patrona de los boleros que explotan el gancho y ofrecen servicio extensivo al espíritu.

Al caer el sol busco el rumbo de Ocampo, allí tengo dos bares a mi disposición, el Reforma y el Alexander; prefiero el segundo de borrachos inocuos.

Bebo y veo deportes o películas en los televisores, escucho a los artistas regiomontanos que lo acostumbran y me siento.

La *Columba virillis* es una especie extinguida hace tiempo

Con ella se fue toda una época y mucho del encanto que tiene la vida, suspiran las abuelas. Más la nostalgia no la magnifica; fiel a los hechos, se mantiene, como el ave del paraíso que fue, en el recuerdo.

Su andar nervioso, con brío, dicen, eran espectacular, no diga su vuelo. Las palomas comunes y corrientes se quedaban en eso, ensimismadas. Las de Castilla, con todo lo suyo, en simples pajarillos silvestres.

De lejos su cuello saltaba a la vista, inconfundible, largo y gruesecito, orlado, como las cachas de las pistolas del Far West, con nudos y rugosidades debidos a su gran irrigación sanguínea.

La faloma fue víctima del éxito, eso la hizo cambiar su hábitat por el urbano. Durante centurias fue el producto más valioso que demandaba al campo la ciudad. Infatigables partidas de caza las acosaron. Centro de la vida de todos, al satisfacerlos por igual, las bandadas que surcaron alegres el cielo, desaparecieron relampagueantes.

La explosión demográfica, siempre al acecho, tuvo en ellas coto. Por razones intrínsecas, fueron motivo de disputas, robos, hurtos, altercados, que irremediamente desembocaron en crímenes pasionales. Sin embargo, y a pesar de todo, propiciaron la fidelidad conyugal, gracias a ellas las relaciones extramaritales no tuvieron razón de ser.

Sólo las damas de alcurnia poseían criaderos de falomas, inolvidables falomares arrancadores de suspiros, delicia de todas las mujeres y uno que otro espontáneo. Sabedoras de los tumultos femeninos vedaron el paso, nada más el guardián, de hombría reconocida y, por lo tanto, de confianza, tenía acceso; igual el veterinario en visitas de rutina.

Las señoras mantenían su harem donde cogían y escogían a su antojo para entregarse a los placeres del palomar. A menudo pasaban horas y horas, absortadas en menesteres propios de su sexo. En fin de semana era esperado con devoción para realizar una especie de retiro espiritual en el que la carne se inmolaba protagonista de sí misma.

El obsequio de estos espécimenes era bien visto socialmente y considerado hasta de buen gusto entre las amistades. Es curioso, así como provocaron muertes e ilícitos, las falomas estrecharon vínculos femeninos. El falomar siempre fue el mejor punto de reunión. Las peores enemigas tuvieron más de un pretexto para reconciliarse.

Entonces, la etiqueta y buenas maneras, las exigía como regalo de bodas, por si acaso. Las mujeres, es fama, despedían su soltería en los falomares mas mentados, siempre con discreción.

Cuenta la leyenda que en los tiempos antiguos de Roma, Catulo, el poeta de entonces cantó inspirado a la muerte del pajarito de su amada lesbia, «Mujer de la más alta nobleza romana, de la familia de los Claudios, cortejada por multitud de hombres, objeto de deseo de muchos y dueña del falomar más ingente de la ciudad». He aquí fragmentos al imán:

*Pájaro, la delicia de mi niña,
con quién jugar, que tener en su seno,
al cual, si pide, la uña dar el dedo
e incitar suele sus picadas gráciles,
cuando el deseo mío reluciente
le complace chancear no sé que gracia,
también de su dolor un consuelito,
creo, porque ahí su grave ardor descanse.
¡Que así pudiera yo jugar contigo,
y del triste ánimo aliviar las cuitas!*

Tomado de *Libro del Catulo el veronés*, en versión de Rubén Bonifaz Nuño, el maestro comenta en nota aparte: «Al parecer

inofensivo, el poema muestra, apenas se rasca en su superficie, un brotar de bilis, los síntomas inconfundibles de la infección que irá invadiendo irremediamente a su autor».

«El hecho de que la mujer ofrezca el dedo a los picotazos de un pajarillo, el es motivo para juzgar que ella, comida por un dolor para el cual no encuentra remedio suficiente, busque en ese juego el descanso para el grave ardor del cual la supone poseída. El final aclara el sentido de las suposiciones: Cátulo pone en la mujer sus propios sentimientos: Aquel dolor, aquel ardor grave pues termina diciendo su deseo de poder, con juego semejante al de ella, quitar las cuitas de su ánimo triste».

Bécquer también las cantó, complaciente, llamándolas «Golondrinas», presagiando la debacle, enfatizando trémulo de emoción: «Pero aquellas, aquellas que se fueron, ésas no volverán», en alusión a una mortandad que se abatió sobre las palomas de España.

Los cronistas de la conquista consignan las falomas que bravos soldados iberos trajeron consigo a Nuevo Mundo. Más de uno afirma que Gonzalo Guerrero aquél que naufragó frente a la península de Yucatán, se tiró al mar en pos del ave de sus entrañas que se le escapaba. Huelga decir que la noche triste de Hernán Cortés, se debió a lo mismo.

Al llegar a la mayoría de edad las muchachas acomodadas recibían la primera faloma y, con ella, la revelación, el dulce secreto de la vida, arte ancestral de los sentidos desde el epicentro.

Una prendida canción náhuatl, traducida por Rockdrigo González, dice la letra: «(...) Cierren puertas y ventanas, escondan a sus hermanas, a'i viene el ete, que donde quiera se mete».

Es la confirmación de la virginidad sin tacha de los antiguos mexicanos y la celosa salvaguarda que observaron estrictamente sobre el pudor familiar.

Las parvadas de falomas, producto de los ejemplos traídos de España y escapados en tierra americana donde hallaron campo propicio para multiplicarse, eran más temidas que un enjambre de abejas africanas. La moral autóctona dio cuenta

de ellas. En la Nueva España desaparecieron y así sucesivamente de otras partes del planeta.

Durante su existencia los hombres no le disputaron terreno conforme con su rol secundario de procreación. En este aspecto, las falomas brindaban la absoluta seguridad de no concebir, por lo que el disfrute, sin pendiente, suele ser mayor.

Fue una ave que dominó la tierra, como los dinosaurios y su extinción no tuvo nada que ver a su explotación en masa, indiscriminada. Ningún otro animal ha disfrutado las atenciones de los humanos. Los falomares, como parte vital de la sociedad, se acondicionaron con los mayores avances técnicos.

Todo por servir se acaba; como en todo harém, siempre existió la favorita que a veces, por cortesía o nada más por presumir, era compartida con las amigas. Pasaban temporadas huéspedes de otra casa o acompañaban a las señoras en grandes viajes de placer. Las enfermedades venéreas las diezmaron.

Como homenaje a su paso por el mundo, de las mujeres que son agradecidas, la faloma fue adoptada, por unanimidad, como símbolo de la Organización de las Naciones Unidas la faloma de la paz. El miembro viril también fue bautizado, por las buenas conciencias, como «paloma». Süskind, autor contemporáneo, escribió la saga de la última faloma refugiada en el pasillo de una casa de huéspedes, a la que un caritativo inquilino le cede, hasta la muerte, su habitación.

Juan Soriano, conmovido íntimamente por el fin del último ejemplar, la inmortalizó en una estatua de bronce. La obra se exhibe en la entrada del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de Monterrey. El motivo que perpetua su memoria es notable. Los *souvenirs* de la institución están agotados.

Monterrey 400, modelo para amar

Joaquín Hurtado

Vamos a llamarte así, austera, pero sofisticadamente: Monty.

Porque eres gorda, pero no importa.

Tienes papada y bigote ralo.

Anacrónica.

Chismosa.

En algún sitio de tu meado colchón escondes riquezas mal habidas.

Bien haya tu madre, dulce Monty de la vagina granulosa y verga dominica.

Regálanos tu reino de machorra implacable.

Ábrenos tu pericia de orgías bajo el Faro proverbial.

Benditos tus extremos y tu polvo facial que corroe las eternas Mitras.

Tierna puta pelona.

Chimuela.

Zangoloteo en el 123 Infonavit, a la luz de la luna, entre los cráteres de un asteroide polvoriento.

Insuperable, ¿o sí?

Sal de tu escondite, rata inasible.

Revolotea en tus jirones, lechuza de seda.

Edificamos para tus milenios un pesebre con piedrotas y ramas de mezquite.

Revuélcate en tu vómito y tu vértigo al saberte a merced de los hongos nucleares de este inseguro e insobornable destino de gran cosmópolis finisecular.

de ellas. En la Nueva España desaparecieron y así sucesivamente de otras partes del planeta.

Durante su existencia los hombres no le disputaron terreno conforme con su rol secundario de procreación. En este aspecto, las falomas brindaban la absoluta seguridad de no concebir, por lo que el disfrute, sin pendiente, suele ser mayor.

Fue una ave que dominó la tierra, como los dinosaurios y su extinción no tuvo nada que ver a su explotación en masa, indiscriminada. Ningún otro animal ha disfrutado las atenciones de los humanos. Los falomares, como parte vital de la sociedad, se acondicionaron con los mayores avances técnicos.

Todo por servir se acaba; como en todo harém, siempre existió la favorita que a veces, por cortesía o nada más por presumir, era compartida con las amigas. Pasaban temporadas huéspedes de otra casa o acompañaban a las señoras en grandes viajes de placer. Las enfermedades venéreas las diezmaron.

Como homenaje a su paso por el mundo, de las mujeres que son agradecidas, la faloma fue adoptada, por unanimidad, como símbolo de la Organización de las Naciones Unidas la faloma de la paz. El miembro viril también fue bautizado, por las buenas conciencias, como «paloma». Süskind, autor contemporáneo, escribió la saga de la última faloma refugiada en el pasillo de una casa de huéspedes, a la que un caritativo inquilino le cede, hasta la muerte, su habitación.

Juan Soriano, conmovido íntimamente por el fin del último ejemplar, la inmortalizó en una estatua de bronce. La obra se exhibe en la entrada del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de Monterrey. El motivo que perpetua su memoria es notable. Los *souvenirs* de la institución están agotados.

Monterrey 400, modelo para amar

Joaquín Hurtado

Vamos a llamarte así, austera, pero sofisticadamente: Monty.

Porque eres gorda, pero no importa.

Tienes papada y bigote ralo.

Anacrónica.

Chismosa.

En algún sitio de tu meado colchón escondes riquezas mal habidas.

Bien haya tu madre, dulce Monty de la vagina granulosa y verga dominica.

Regálanos tu reino de machorra implacable.

Ábrenos tu pericia de orgías bajo el Faro proverbial.

Benditos tus extremos y tu polvo facial que corroe las eternas Mitras.

Tierna puta pelona.

Chimuela.

Zangoloteo en el 123 Infonavit, a la luz de la luna, entre los cráteres de un asteroide polvoriento.

Insuperable, ¿o sí?

Sal de tu escondite, rata inasible.

Revolotea en tus jirones, lechuza de seda.

Edificamos para tus milenios un pesebre con piedrotas y ramas de mezquite.

Revuélcate en tu vómito y tu vértigo al saberte a merced de los hongos nucleares de este inseguro e insobornable destino de gran cosmópolis finisecular.

Bienvenida con tus trenzas y mejillas de monja lépera.
Gózate en esta noche de oropeles y mascaradas.
Dáale paso a tu pelucón anquilosado.
Lúcete, rebomba.
Que por eso fuiste a Laredo.
Ábrete de piernas y dame tu quemante semen.
Es un honor escupirte el rostro, es un privilegio gozar de
tus inmundicias cotidianas.
Date de santos, espantapájaros.
Quiero ser tu Dante y tu verdugo.
Aúlla desde tu infierno besado doblemente por un Papa.
Con lujuria y asco, con preciso odio y ponzoña, con un co-
razón reseco y tinto en verde cerveza, te venero.
Venérea pus embelesada.
Hipócrita luciérnaga en el hocico del diputado.
Primera ironía universal.
Catedral de los Malls.
Trasga.
Ejemplo civilizatorio de lo que es correr a cien por Gonzal-
litos y seguir con vida.
Fraternal rapiña a la hora de firmar cualquier contrato.
Agandalle y rebatinga a lo descarado.
Suavidad de húmedas mujerzuelas doctoradas en el Tec.
Idólatra del rojo, del violeta, del azul, o cualquier color en
la colección de Dior para lucir el coctelazo del Campestre.
Porque, o sea, ¡hola Fomerrey!
Hachazo al machetazo del Rey de Copas.
Sanguijuelosa herida en el cuaternario tardío.
Valle de mi Extremaunción.
Qué dura la tienes, padre mío, ciudadano ejemplar, accio-
nista de Liverpool, rector de los destinos masivos de corazo-
nes y cerebros.
A tus órdenes, señor empresario del cristal roto y los hie-
ros retorcidos.
Puñal vertiginoso en la Coyotera.

Tronera del vapor pesado.
Extraviada rubia entre arboladas calles que resplandecen
porque la cocaína ciega con sacramentada luz.
Oh dama del cómodo olor en el culo.
Enferma terminal.
Deshaucio clínico que nace cada mañana entre mercuriales
sempiternamente encendidos.
Folículo agotado por la plaga gris de sus obreros.
Machos encendidos de sábado a las tres en Juárez y Arteaga.
Carretón explosivo de sandías y jícamas con chilito.
Cantinucho pudoroso que se desvanece entre efluvios cer-
vicales.
Mar de cucarachas en Félix y Ruiz Cortines.
Borracho babeado, cagado, pateado, panchado, destazado,
renacido entre los matorrales artificiales del Banorte.
Bimbo, mamboleo y cataclismo desde las alturas de miles,
millones de anuncios electrificados que venden la nada a pre-
cios dolarizados.
Cerdeza empinada por la chiquillada de Fomerrey ciento-
treintaydos.
Casa plateresca del narco bienamado.
Sarta de idioteces en boca de tus diputados de la ingober-
nable República de notables asesinos tricoloreteados.
Vengan, vengan, bicolores, pasen por su colación, llévenle
mis recuerdos a la Condesa del alba y mi panocha al Cardenal
maricón.
Ya cuelga el teléfono, mozalbeta tiraleche, qué no ves que
cuesta un resto, ya deja de sobarte el talegón.
Y el hijo sale a ganarse el pan, partido rico en tradiciones
públicas, herederos de la censorship victoriana y del Mein
Kampf del Vaticano.
Aquí me tienes, a tu merced, putarraca de la Cigarrera.
La Marlboro ofreciendo lo mejor de sus trucos espumosos
en la puerta de la Ciudadela.
Porque ni a ciudad llegas, reinita mamadora.

Con todo y tus quinientos mil dólares del premio Marco.
Aunque te duela, desalmada madrota chichicuilota.
Cabizbaja anciana momificada en las tapias de Nuestra Señora del Roble.

Benavideo porno pero no digas que yo lo dije.

Tantéate, Ruperta, cuando sueñes con angelitos.

Mejor ve y checa tu tinaco que ya tira sus malas aguas hacia la casa del vecino.

Oh sacrosanta institución eso de la private property.

Cuidado con mi perro.

Se ponchan llantas gratis, aunque vivas en el Contry.

Digo, Diego, si no eres de la Colón, ¿por qué dices que eres de MTY?

No mameis, culeis.

Orale, compa, échese la del estribillo y cuando acabemos juímonos anca el Suárez.

Que viva mi desgracia de no estar en el Gabinete.

Que aterrice mi musa para hablar de tus Pulgas.

Oh anciana tetrasecular con pelos en la lengua y patas de alacrán.

Acuérdate cuando te querías coger a la Lupita, mañoso rentero dueño de treintamil tejabanos en La Moderna.

Un saludo para mi Madre Patria y la raza de la Ciprés.

No te hagas, Mónica, si se las diste a tu hermano -mormón pero guapo-, ahora aguántate la panza.

Mírate en el espejo de obsidiana que se abre apenas cae la noche a los pies de la Silla. (De montar, no sean pendejos) de la pureza hasta el supersiete a canjear tus fichas por una gorra Abasport.

Y la mujer danzante en el antro de Fufito.

Y la cárcel donde duermen echados sobre ellos mismos los detractores del agandalle policiaco.

Torreta sobre la calva del juez que succiona un glande de diez años en el estacionamiento de la Macroplaza.

Que ya la quisieran en Moscú.

Uh, Uh, no pares que ya los voy aventar, mamita tetas de granizo y narizotas operadas.

Útero judío atascado de incircuncisos.

Película muda sin nombre ni títulos mobiliarios para engrandecer el homenaje a los héroes calladitos pero severos que nos gobiernan desde sus ataúdes.

Brinquitos en tu cripta municipal, vampira azorada.

Verija vitiligia.

Vanidad de domingo en las páginas del *Sierra Madre*.

Chinga a la tuya puto taxista atravesado.

Mis huevos.

Mi sangre.

Mi cansada goma que circula a cien y se detiene en el Barrio Antiguo cuando una nena se saca el caballo ensangrentado y después de olerlo se lo da a su amiga que la abraza fraternalmente uncida al pecadote de cogerse al confesor irlandés.

Pobre pendeja, pero mírala, flotando en su amapola y sus cardos placenteros de la abstinencia.

Culero anónimo que no quiso ser mujer cuando debía.

Porque muchas quieren, pocas pueden. Sólo las chingonas quieren y pueden, le espeta la Crisalda a su compadre La Murmurosa.

Indepe, tierra de mayates, de vírgenes reales y de fierreros colombianos.

Corazón de la mirada del ejecutivo que analiza el internet desde su oficina en Kalos.

Calosfrío del funcionario puto besamanos de falsos hightoneros.

Finta.

Muñeca sin cabeza.

Monalisa del Arco Invisible.

Canta tus proeza de caballero migrante que llegó, violó y triunfó a pesar de su sangre matehualilla o zacateca.

No te avergüences, oh grandibabeante regio, de tu nebuloso pasado zapoteca, ni de tu madre barrigona, ni de tu padre cogelón.

Dedícate un danzón en el parque del Chorrito.

Adórate.

Siéntate.

Trágate solana tu puñetota de aniversario.

No hay mejor amante que uno mismo.

Y ponte casa, cabaña, o ya de perdis cuatro palos en la CROC.

El cenizontle cruza la bóveda.

Se detiene en una anacahuita, canta un himno a la fenecida Fundidora y un mocoso lo asalta con su pistola de diábolos.

Y grita: la maté, la maté; pensando que le había atinado a su criada otomí.

Así somos de soberbios.

Santa madre amantísima, perdónanos.

Vaso de leche de cabra degollada, discúlpanos.

Cruz en el cerrito, excúsanos.

Tarde de fritangas en los Cavazos, libéranos.

Cínica diva en el concierto de Pavarotti, sálvanos.

Paloma ciega, escúchanos.

Somos, soy tu hijo malcriado, mimado hasta la médula de su infancia marginada, enamorada de la verga del sardo, emputado con una vecina que se las daba a todos menos a Miguelito.

Me tienes a tus pies, vengadora matrona panza de puerca.

Singularmente ataviada a la usanza decimonónica, la señorita Nuevo León desciende en estos momentos por la pasarela de sus costillas de pajarito a las salas de masaje de los picudos de la Iniciativa Privada de Iniciativa. O sea, apúrale, chamaca, que te vea la High del Rotary antes de que lleguen las méndigas hijas de los Garzopeta o las Elizondo muy hondo a hacernos la competencia.

Y somos familias de abolengo que por algo tasamos los hímenes en yenes o marcos o ya de perdis acciones en el Wall.

Y si no, váyanse al Mante, chulitas, a coserse el papalote.

Vénganos a tu reino a solas.

No te desesperes, todavía no acabo.

Que truene el catre, cabrona.

A mi ciudad.

Despeñaderos huastecos.

Baldíos envueltos en pañales con toneladas de caca infantil reseca por el alegre sol estepario.

Raigón del peyote.

Tanto desperdicio asusta, ilumina, inspira.

Encabrona.

Camión de la basura con tres chacales que apestan a detritus santo de industria, asfalto y condones cristalizados.

Has llegado, viandante de aceras dinamitadas, al sitio donde los ojos de la santa Lucía lloraron al ver el desmadre que le armaríamos a sus ecológicos planes en este Valle de todos los Lobos.

Y entonces llegaron los chichimecas y la cargaron.

La pureza racial se la llevó el Gilberto.

Qué bueno, bola de hambrientos muertos de hambre.

Narices pegadas en los Cristales del Tío.

Que ya ni saben ser buenos esclavos, bebedores de cheve en las mecedoras banqueteras.

Buenas noches, compermiso, pase usted.

Y el público aplaude la puesta de esa obra que se llama nostalgia por la urbe incalculable pero emperrada en llegar al concurso de salto en el hípico donde la crema luce collares con los dientes de niños panzones, los cabellos horneados en los campos del señor terrateniente del Corporativo. Pásele, señorita, Miss Cadereyta.

Ridícula nueva rica sin calzones, arrastrada, con maestría en aerobics mañaneros y frases motivadoras sacadas de los ficheros de su jefe en Alfa S.A.

Perla en la corola del cactus.

Destello del arpón antes de ser clavado.

Pinkfloydlalomora Bachselena en la lengua de los taxistas.

You feel love aunque lo niegues tía pichicata, que paga con centavitos de la más baja denominación las comilonas en el Club Industrial.

No te creas lo de codota que cuenta el mal chiste chilango –¡mátalos, mátalos!–, enorgullécete de tu afición por el ahorro y tu cursilería en Santa Engracia.

Mimosa pillosa.

Escucha mi homenaje nocturnal y duérmete hasta que amanezca.

No te hagas boca chiquita que eres capaz de construir un Metro para transportar anuncios de Sabritas.

Si fuera músico te compondría tu Sinfonía.

Pero no soy más que un pelagatos que maúlla en las bardas de la Valle Verde a ver si sale mi negra vallenata para quemar este churrumais a la luz de la Osa.

Que salga el idem.

Que el Blanquita sea declarado recinto oficial de este lujoso festival de las cuatrocientas mil tetonas.

O qué, ojete, te vas a apretar.

Aprieta ésta.

Lo que te pido te apesta.

Válgame el Niño Fidencio.

Ya perdió mi abuela hasta su dentadura en sus apuestas.

La chalupa y buenas.

Easy money, pero a lo dao no se le ve lao.

Monty culona.

Deslavada copia de Dallas.

Hermana bastarda de Barcelona.

Cuñada de Roma (Texas).

Tía de Torreón.

Comadre acomplejada de Guadalajara.

Emperatriz del harem de Diego y otros chacaes castellanos que quisieron hacer de este asoleadero el imperio de la carne asada.

Con texmex y mixtura tropical, oss.

México queda muy lejos, gracias a Dios, y San Antonio aquí nomás a cuatro horas hecho la mocha.

Te has de fijar en las bonitas calles gringas, en lo ordenado de su condado (con sus condes sobrealimentados hablando por celulares japoneses a sus esclavos traídos de Agualeguas, que construyen una piscina de oro en la verde yarda).

Pregúntate, mártir meretriz, si eres más de allá que de acá.

Me sacas de onda, te lo juro.

Por ésta que a veces pienso que ya hiciste el referéndum a ver si nos separamos del México mestizo y nos anexamos a McAllen.

No friegues, a mí háblame al chile.

Yo agarro mis tiliches y me voy de una vez a Chicago, donde fueron a parar mis carnales a los que no les diste más que putazos.

Ávara cuatricentriculera.

Ruca bigotona.

No te culpo.

No eres tú la exclusiva culpable de mi amargura –exagero, no llega tango mi admiración por ti– pero sí buena promotora de tanta jodedera.

De tanta mondadencia.

De tantos bebés limpia vidrios.

Larga vida a la mantarraya electrificada.

Y no se den de santos, si queremos verte el rostro más dulce, cómprate el vespertino cada pleonásica tarde.

Detén tu viaje a la vera del ferrocarril infinito en Carranza y Colón.

Hilvana tu madeja genealógica con el hipertamtam de la Sabrosita Potranquita que ameniza mientras aplastas los cachetes al techo de la pesera Santa Catarina-Ocampo en una calle bajo cincuenta centígrados a la sombra.

Cuatro millones de incorregibles nacos te gritamos: salve marrana.

Rellena de opulencia tóxica en el sótano del hipotálamo.
Y coreamos:
Vengan las vikingas de Santiago.
Las embajadoras de Sabinas.
Las sabinas de Cerralvo.
Las amazonas de Lampazos.
Las lampareadas hembras del Casino del Prado.
Nalgas peludas de Linares.
Gloria al dulce de masculina leche hualahuisa.
Piedra y artemisa desde Mamulique irredento.
Me canso, te dejo.
Te bailo y no pagas.
Chichifa del mal placer.
Loto en el océano de La Boca.
Nubes sobre Chipinque.
Pero no te confundas, son los millonetas que están rosti-
zando mamíferos cazados con balas de plata en la Mongolia.
Honra a los próceres protoplásmicos que dieron cobijo a
los taqueros desvelados.
A la líderesa en patas de gallo.
Al grifo y a la sed.
A las mariposas y a las chimeneas de Babel.
Al fresno y al fantasma del Obispado.
A las chinas y a las albercas.
A los domingos en la Alameda y al hormigón cacarizo.
¿Por qué he de negar este horror que me atosiga y roe?
Por qué he de negarte el abrazo que te emperifollas de
mantelería y aristocracia ejidal.
Por qué he de renunciar a las palabras mágicas que le tra-
ban las zancas al Demonio.
Por qué he de odiarte, pinche baratija del San Luisito.
No se puede aborrecer tan impunemente a una feliz quimera.

El huracán Gilberto en Santa Catarina

Julio César Méndez

*Mi hijo vivía en la parte de arriba del
barranco, y yo, más abajito. Tenía un
triciclo en el que vendía elotes. Casa y
triciclo se llevó el río. Ahora, pos ando
juntando papeles viejos, botes, fierros o
alambres, lo que haya.*

Nicolás Zapata.

*Se los llevó San Pinche. Bueno, nomás a
los que se fueron a vivir abajo, en el río.*

José W. Cruz Hernández.

I. Culebra de agua

De nada sirvió que decenas de santacatarinenses de ori-
gen campesino, algunos procedentes de estados del
centro o sur del país; en el patio o en la huerta de su ca-
sa, con la mano de su hijo o nieto de pocos años de edad, hi-
cieran una cruz indicando al cielo y se pusieran a rezar. Ni que
otros con un machete o cuchillo cruzaran el aire para «cortar
la lluvia»; o con sal hicieran una cruz en el suelo. Todo fue en

Rellena de opulencia tóxica en el sótano del hipotálamo.
Y coreamos:
Vengan las vikingas de Santiago.
Las embajadoras de Sabinas.
Las sabinas de Cerralvo.
Las amazonas de Lampazos.
Las lampareadas hembras del Casino del Prado.
Nalgas peludas de Linares.
Gloria al dulce de masculina leche hualahuisa.
Piedra y artemisa desde Mamulique irredento.
Me canso, te dejo.
Te bailo y no pagas.
Chichifa del mal placer.
Loto en el océano de La Boca.
Nubes sobre Chipinque.
Pero no te confundas, son los millonetas que están rosti-
zando mamíferos cazados con balas de plata en la Mongolia.
Honra a los próceres protoplásmicos que dieron cobijo a
los taqueros desvelados.
A la líderesa en patas de gallo.
Al grifo y a la sed.
A las mariposas y a las chimeneas de Babel.
Al fresno y al fantasma del Obispado.
A las chinas y a las albercas.
A los domingos en la Alameda y al hormigón cacarizo.
¿Por qué he de negar este horror que me atosiga y roe?
Por qué he de negarte el abrazo que te emperifollas de
mantelería y aristocracia ejidal.
Por qué he de renunciar a las palabras mágicas que le tra-
ban las zancas al Demonio.
Por qué he de odiarte, pinche baratija del San Luisito.
No se puede aborrecer tan impunemente a una feliz quimera.

El huracán Gilberto en Santa Catarina

Julio César Méndez

*Mi hijo vivía en la parte de arriba del
barranco, y yo, más abajito. Tenía un
triciclo en el que vendía elotes. Casa y
triciclo se llevó el río. Ahora, pos ando
juntando papeles viejos, botes, fierros o
alambres, lo que haya.*

Nicolás Zapata.

*Se los llevó San Pinche. Bueno, nomás a
los que se fueron a vivir abajo, en el río.*

José W. Cruz Hernández.

I. Culebra de agua

De nada sirvió que decenas de santacatarinenses de ori-
gen campesino, algunos procedentes de estados del
centro o sur del país; en el patio o en la huerta de su ca-
sa, con la mano de su hijo o nieto de pocos años de edad, hi-
cieran una cruz indicando al cielo y se pusieran a rezar. Ni que
otros con un machete o cuchillo cruzaran el aire para «cortar
la lluvia»; o con sal hicieran una cruz en el suelo. Todo fue en

vano, el agua siguió cayendo sin oír el fervor de las oraciones que entre otras, la siguiente fue una de ellas:

*Bartolomé se levantó
pies y manos se lavó
con Jesucristo encontró
vuélvete Bartolomé
la casa de afuera es mentada
no caerá piedra ni rayo
ni morirá mujer de parto
ni niño de espanto...*

Sin lugar a dudas fueron culebras

«A esas tempestades les llamamos culebras porque son dos nubes de agua que vienen así, mire, chocan y allí mero se forman las culebras. Es como un brazo que se está retorciendo. Baja la cola y escarba la tierra. Allá por el Pajonal, en la sierra de Santa Catarina, cayeron muchas culebras. En una labor cayó una. Alcanzó a llevarse un manzano. Dejó un pozo de unos dos metros en redondo, pero un pozo sótano. Aventó como soplete parriba. Otro cayó en tepetate, de pura almendría laja. Dónde va a creer que sacó las almendrías como si le hubieran puesto pólvora. Es una cosa en demasiado la fuerza que tiene el agua. De media falda de la sierra pabajo se ven los rajes.

En el 38 cayeron también varias culebras grandes. Arrancó los encinos contoy raíces y se los llevó pa un arroyo».

Roberto Martínez

Mano santa

«Es que fue una culebra, mire, es mucho viento, agua y electricidad. Viene dando vueltas como remolino, sorbe el agua de

las presas o ríos y la suelta acá en la sierra. Pero es una cosa que válgame Dios.

Allá en Jalisco, de donde yo soy, acabamos muy fácil con las culebras. No, olvídense del machete, con la mano de un niño. De un grande no, debe ser un inocente. Se hace la cruz y se le rezan siete credos. Nomás terminando de rezar el séptimo se acaba la tormenta.

Lo malo es que luego se retira mucho el agua. Después ni molonquitos de maíz pizca uno. Por eso dejamos de espantarlas.

Yo desbaraté tres culebras. La primera vez, una tía, que fue la que vio el fenómeno ése, me agarró de la mano y nos pusimos a rezar, las otras dos veces yo solito. Pero cuando era niño».

Epifanio Guzmán

II. El Huracán Gilberto

Ocho días se tardó en llegar

Lo que sería el Huracán Gilberto fue clasificado el ocho de septiembre de 1988 como depresión tropical y en dos días pasó a la categoría de tormenta tropical al exceder sus vientos de 63 kilómetros por hora (KPH). Pocas horas más tarde sus vientos sobrepasaron los 119 KPH, el mínimo requerido para ser considerado huracán. Seis días después, el 17 de septiembre de 1988 murió en la sierra entre Nuevo León y Coahuila.

En su corta existencia causó innumerables destrozos. Primero azotó Jamaica y las Islas Caimán. Avanzó de nuevo por el mar y ya con vientos arriba de 250 KPH convertido en super-huracán llegó a la República Mexicana en donde en Yucatán, entre otros daños, levantó un malecón completo. Con vientos de alrededor de 200 KPH enfiló hacia Tamaulipas. Por ahí pasó con rumbo a Nuevo León y Coahuila.

La noche del 16 de septiembre y en la madrugada del 17, descargó miles de toneladas de agua en la sierra situada entre Saltillo, Matehuala, Galeana, Linares y Monterrey.

La única salida

Antes de su muerte definitiva, en esa región llovió a cántaros durante unas treinta horas. Desde Laguna de Sánchez hasta cerca de Saltillo, en la sierra, se comenzaron a formar arroyos y luego ríos que encaminaron sus pasos hacia Monterrey.

La medianoche del 16 de septiembre esos ríos y arroyos unieron sus fuerzas. Un torrente de más de cinco mil toneladas (según estimaron los expertos) avanzando a treinta KPH buscando con desesperación su destino: El mar. Esto sería lo mínimo pues el 17 de septiembre de 1988 el gobernador Jorge Treviño estimó que fueron doce mil toneladas de agua avanzando a la velocidad señalada.

Durante muchas horas ese ejército irrumpió por la única y estrecha salida de esa sierra: el Cañón de La Huasteca en Santa Catarina.

Fue muy destructivo

«El Huracán Gilberto ha significado para Nuevo León, una de las más grandes tragedias que haya sufrido el presente siglo... Casi cinco mil setecientas familias perdieron sus viviendas... 10 kilómetros de líneas eléctricas... 35 kilómetros de acueductos... En carreteras y caminos, la red estatal se vio interrumpida en 89 puntos por derrumbes... 12 puentes y 364 vados quedaron completamente destruidos y 13 puentes más sufrieron cuantiosos daños; la red férrea fue interrumpida en 94 puntos...»

Jorge Treviño Martínez
4o. Inf. de Gob. 15 de marzo de 1989.

En Santa Catarina transformó su fisonomía y aún perduran sus efectos pues, por ejemplo, el pequeño poblado de San Cristóbal en plena sierra de este municipio, aún permanecen prácticamente aislado, y las colonias de damnificados que se crearon siguen significando una serie de problemas por resolver.

Además, es muy probable que, al hacer evidente la negligencia de las autoridades municipales priístas que había entonces, influyera en las elecciones municipales que hubo a mes y medio del huracán, en las cuales por primera vez se le tuvo que reconocer el triunfo al PAN.

Para ilustrar lo anterior y dar idea de los daños materiales que causó, veamos una nota periodística:

«... el municipio de Santa Catarina, prácticamente aislado, no recibe atención ni de las autoridades ni del Gobierno Estatal. Sus habitantes no tienen transporte, agua, luz, gas y el alimento, según denunciaron, ha empezado a escasear... Gente sin habitación, sin ropa, sin agua, sin comer... la queja constante es que las autoridades municipales de Santa Catarina no han acudido a prestar auxilio a la gente que se quedó a la intemperie... el alcalde no hace nada».

El Porvenir, 20 de septiembre de 1988

III. Noche del 16 de septiembre de 1988

A las ocho ya estaba peligroso

«Como a las ocho de la noche el río ya estaba un poco peligroso. Para las diez y media el agua golpeaba fuerte contra el puente de San Isidro. Fui y desperté al presidente de la Junta de Mejoras, don Evaristo González. Anduvimos toque y toque casas de las que estaban en el río, despertando gentes para que se salieran. Al rato el puente ya casi no se veía. Nomás oímos

el ruidazo cuando el agua tumbó la mitad del puente. También se llevó todas las casas que estaban en el plan del río y en la parte de abajo del barranco. Cuando topaba la corriente con una casa, se oía el tronido y se iba la casa».

Fernando García, vecino de San Isidro, Santa Catarina (S.C.)

Los pescaron como al tigre de Santa Julia

Eloy H. Sandoval cumpliendo con su labor como fotógrafo y reportero, relató lo que pasó alrededor de la una y media de la mañana en el río Santa Catarina:

«Veías la corriente y derecho que iba de todo, desde roperos maromeando, hasta árboles, postes, tablas, gente, marraños, caballos, vacas y un montón de madres que nomás maromeaban... veía también cómo tronaban los cables de energía eléctrica y me preguntaba por qué chingados no cortaban la energía, los servicios y por qué no estaba el ejército en las calles... Derecho que aquí lo que faltó fue organización y güevos como te digo. ¿Cómo es posible que haya sucedido? ¿Sabes qué? La única manera que me explico todo esto, es que el huracán pescó a todos cagando; nadie, nadie se lo esperaba...»

Aquí Vamos. Suplemento cultural
de *El Porvenir*, 2 de octubre de 1988

El agua nos manteaba

«Sí, avisaron por la tele y el radio que venía el Gilberto, que nos saliéramos los que vivíamos en la orilla del río. Pero como hacía unos años también nos dijeron que se podía inundar y apenas se llevó unas cuantas tablas y botes, así creíamos que iba a ser. De haber sabido hubiéramos sacado todo.

Mire, como quien dice, nosotros estábamos aquí y un vecino acá. Entonces se oyó el ruido de su casa al caer y el golpe del agua nos llegó rápido, hasta arriba de la cama. Esa tele portátil estaba a la mano y por eso la alcancé a sacar, una cobija y como quien dice nos salimos con el puro cuero que traemos pegado. Nos fuimos con mi nuera que vivía como unos seis escalones más arriba en el barranco ahí junto a La Fama.

Pal rato ya estaban tres escalones inundados. Tuvimos que bajar de nuevo y caminar con el agua casi a la cintura. Nos manteaba, nos bamboleaba pallá y pacá.

Andaban flotando muchas cosas en el agua, botes, tablas, camas, pero ni quien se acercara, ¿quién quería meterse a robarle algo al agua?»

Doña Herminia, ex-vecina de La Fama

Pasos de gallina

«Yo oía como pasos cerca de mi cama; pensé: ¿Quién andará levantado tan noche? Nada, eran las gallinas que andaban ju-yéndole al agua del río».

Juana María Rodríguez

En primera fila desde el barranco

«Fíjate, desde este barranco veíamos todo. Haz de cuenta que estábamos en un balcón. Más o menos a las ocho de la noche empezó a correr bastante agua. Cerca de las once ya daba miedo tanta agua. Para la una de la mañana, como aquí se angosta el río y además este puente de San Isidro hizo represa, las olas se levantaban como a la altura de la mitad de un poste de luz.

Estaba bien feo. Sobre todo por los gritos de los niños: ¡Mamáaaa! Y el tumbadero de las casas. El golpeteo de las co-

sas que iba arrastrando el río. Los tanques de gas donde topaban con las rocas lanzaban unos chisquetazos de gas, parecía que explotaban.

Como a las dos de la mañana tronó el puente. Hubieras oído el tronidón que dio.

Antes, un tejabán tardó bastante en caer. Aún no se cortaba la luz. Ya se lo había empezado a llevar el agua y todavía tenía prendido un foco. Nomás cayó ese y cayó otro y otro. Se oía cada trancazo bien fuerte.

Una raza se fue allá abajo donde el río se hace muy ancho y sacaban los tanques de gas, y otras cosas, hasta refrigeradores. Nosotros, aquí por el barranco, con mecates les estuvimos ayudando a salir a los de abajo.

El río estaba parejito de casas desde aquí hasta La Huasteca. No quedó nada.

Cuando estuvo lo mero peligroso no hubo policías, soldados, nada. Que tú hubieras dicho llegaron los policías o soldados a sacar a los que estaban en peligro, no. Esa noche no llegó nadie. La raza estaba luchando sola.

Al día siguiente, como estamos por el lado de San Pedro, de acá nos ayudaron, pero el gobierno de Santa Catarina, a donde pertenecemos, ni en cuenta.

¿Sabes cuándo vinieron los policías de Santa Catarina? Al tercer día. Nombre, la gente, ya sabrás, se las rayó».

Guadalupe Calderón, ex-vecino de San Isidro, S.C.

En el mezquite en ratos me desanimaba

«El arroyo El Obispo se desbordó más o menos a las diez de la noche. Como a las once, unos vecinos con una cuerda sacaron a mis hijos. El más grande, de ocho años, ya mero se lo llevaba la creciente. Alcanzó a tragar agua. Lo bueno fue que lo pudieron pescar de los cabellos.

Me decían: Ándele, sálgase, se la va a llevar el agua. No, les dije, yo no me salgo. ¿Quién me cuidaba mis cosas si no había policías ni soldados?

Al crecerse más el arroyo me tuve que subir al techo de la casa y luego al mezquite que de buena suerte ahí estaba pegadito. De allá divisé cuando se fueron unos niños. Ni los oí gritar. También vi cuando se fue mi casa y las de alrededor. Algunas nomás se desmoronaban como si fueran de cartón.

Ahí en el mezquite sentía el cuerpo bien helado. No dejaba de llover y hacía mucho viento. Yo ya era pura agua y nadie podía ayudarme porque estaba inundado por todos lados y muy oscuro. En ratos me desanimaba, pensaba que ya no podía aguantar más tanto frío. Pero yo sabía que afuera estaban mis hijos. Nomás a mí me tenían. Dios no podía dejar que me ahogara. Nomás le pedía que el agua no se fuera a llevar el mezquite y que me diera fuerzas pa aguantar hasta que amaneciera.

Como a las ocho de la mañana unos vecinos me amarraron y así pude salir. Ya pa entonces iba menos agua aunque todavía me llegaba a la cintura».

Martha M. García, ex-vecina de la colonia Trabajadores, S.C.

El Gilberto avisó que venía

Si fuera cierto lo que dijo Eloy H. Sandoval de que nos pescaron con los calzones en la mano, no fue culpa del Gilberto. Avisó que venía. Veamos lo que dijo la prensa varios días antes.

A ocho columnas y en primera plana:
«Super huracán azota Yucatán»

Como subtítulo:

«El Huracán Gilberto alcanzó ayer la escala de 5, la más alta en grado de peligrosidad. Meteorólogos de EUA lo consideran el más destructivo del siglo en aguas del Golfo de Mé-

xico... los expertos opinan que podría golpear las costas de Texas o norte de México el fin de semana».

El Norte, miércoles 14 de septiembre de 1988

Al día siguiente, también en primera plana y a ocho columnas:

«Imponen alerta roja en el Golfo»

En el subtítulo:

«... se dirige a las costas de Tamaulipas o Texas».

El Norte, jueves 15 de septiembre de 1988

Otro cable de noticias mencionó:

... En la costa de Texas miles de personas huyeron del huracán alertados por los Meteorólogos quienes estimaron que entraría por una franja de tierra que abarca desde Tampico hasta el puerto de O'Connor, Texas...

UP/AP 15 de septiembre de 1988

Ese mismo día 15, en la noche, comenzaría a llover sin cesar en Nuevo León. El 16 de septiembre al anochecer comenzaría a crecerse el río se tardó 4 ó 5 horas en llegar a su máximo nivel. Hubo tiempo más que suficiente de tomar las medidas precautorias que en Santa Catarina no se tomaron.

V. De no haber sido por las declaraciones oficiales

«... De no haber sido por el Consejo Estatal de Protección Civil, instalado con 36 horas de anticipación al fenómeno meteorológico, que advirtió a tiempo del peligro del huracán, las pérdidas hubieran sido mayores...»

Natividad González Parás, Secretario General de Gobierno

El Porvenir, 19 de septiembre de 1988

Antes, por el Consejo Estatal de Protección Civil, Arturo Ibarra Elizondo había declarado: «Estamos preparados para la llegada del huracán, estamos en coordinación todas las corporaciones... La Dirección de Seguridad Pública del Estado procederá a evacuar las zonas afectadas y estará alerta para prestar cualquier ayuda».

El Norte, viernes 16 de septiembre de 1988

Después del desastre, el entonces gobernador no se quedó atrás y trató de eludir la responsabilidad diciendo que las víctimas, en su mayoría, lo fueron en vehículos y por una súbita y precipitada avenida. Veamos:

«Tragedia y reto serían mayores si los grupos más representativos de la sociedad nuevoleonense y su gobierno no hubieran coordinado y sumado esfuerzos, primero para prevenir y después para reconstruir».

«En efecto, el día 14 de septiembre pasado se convocó al Consejo Estatal de Protección Civil y el 16 del mismo por la mañana, en reunión pública, se formaron diversos Comités de Trabajo y se instaló una Unidad Operativa que logró alertar oportunamente a la población y coordinar el desalojo de aquellos ciudadanos o grupos que se encontraban asentados en los cauces y márgenes de los ríos y arroyos del Estado... Lamentamos la irreparable pérdida de 184 vidas que, en su mayor parte, fueron sorprendidas en vehículos por una súbita y precipitada avenida del río Santa Catarina».

Jorge Treviño Martínez,
4o. Inf. de Gob. 15 de marzo de 1989

Nota: Quien esto recopila, habita a 50 metros del río en el municipio de Santa Catarina. Le consta que el 16 y 17 de septiembre de 1988 no hubo policías ni soldados, por lo menos en un recorrido de dos kilómetros que realizó sobre la margen norte

del río en la que vivían varios miles de posesionarios que perdieron sus pertenencias, y algunas decenas de ellos, sus vidas. De más de cien entrevistados sólo tres mencionaron que fueron unos policías y otros cinco dijeron que fue una empleada del DIF de San Pedro a conminarlos a salirse. Nadie les hizo caso.

En cuanto a las labores de desalojo de que habló el gobernador, todos mis entrevistados coincidieron que en Santa Catarina no se efectuó ningún desalojo ni en el río ni en el arroyo El Obispo. Quizá en buena parte se debió a que el entonces Alcalde de este municipio, Mario H. Salazar, no asistió ni envió representante a las reuniones del Consejo Estatal de Protección Civil, ni tomó ninguna medida precautoria.

VI. El 17 y 18 de septiembre de 1988

«En los albergues comen mejor que nosotros».

Alberto Ortiz Certucha

«Escribiendo agua nos fuimos a la escuela de La Fama como a las dos de la mañana. Habían dicho que iba a estar abierta por si se crecía el río. Ahí se me hizo tan larguísima la noche. Como si apenas fuera a oscurecer. No, pos ahí tiene que estaba el aigrazo golpeando en la puerta; nomás el puertazo y el puertazo. ¿Cuándo nos dormíamos? La atrancábamos y no. Yo creo que estaba desbaratada.

El primer día nos la pasamos sin comer. Los que traiban dinero compraban cualquier cosa y los que no, nos aguantábamos. Al otro día llevaron aceite y otras cosas, pero no había en qué cocinar. Ni trastes, platos ni cucharas. Un señor y sus hijos fueron al río y se trajeron una marrana que estaba muerta, atorada entre unas ramas; ello sí comieron bien por unos días».

Doña Herminia

«Usted cree que íbamos a llenar con la mirruña de comida que nos daban. Y el amontonadero de gente. Un calorón bruto. El lloradero de los niños. La peste de los baños que no tenían agua desde media tarde. Nos veníamos durmiendo como a las tres de la mañana».

Doña Francisca, vecina de S.C.

«El segundo día les llevé una bolsa de frijol, papas, huevos, lo que pude. Me dijo la encargada: «¿Por qué no nos lo prepara de una vez?». Ah, no, está bien que perdieron sus casas, pero no las manos. Ahí estaban de flojas en un mugrero de la fregada. Pónganse a barrer, a limpiar de perdido».

Doña Toña, vecina de San Isidro.

«A golpes, empujones y con gritos de desesperación, familias de damnificados de La Fama pelean con los coordinadores de los albergues para poder conseguir un poco de comida y agua para sus hijos... Salomón Gamez, de la Unión Morelos acusó a Rolando Reyna de estar desviando los víveres y ropa...» No nos quieren dar de comer, en las mañanas nomás un pan y café... En la mayoría de los albergues de La Fama abundan los malos olores producidos por el continuo uso de los sanitarios que funcionan sin agua.»

Patricia Esquer, *El Norte*, 22 de septiembre de 1988

«Una completa desorganización y un total desinterés... es lo que puede percibirse en los albergues que se instalaron en Santa Catarina... en la Sección 49 de la CTM, más de 500 niños y bebés... Susana afirmó que el trato ahí no era bueno y que no se les daba de comer tres veces al día... ante el amontonamiento en el local muchas de ellas han optado por quedarse en las banquetas, afuera del mismo donde han tendido colchas...»

El Porvenir, 21 de septiembre de 1988

«Dios sabe que al principio el señor Jesús Salvador Esparza era el único que nos llevaba algo de comer. Como a las dos semanas fueron camiones a llevarnos jamón, atún y carnes frías. Ese día fue de fiesta, pero ya no volvieron a llevar».

María del Refugio González

«En los albergues ronda la sombra de la desesperación y el desamparo. En bancas de iglesias y escuelas o simplemente en el piso, los damnificados apenas pueden creer que de un día para otro se hayan quedado sin pertenencias».

Margarito Cuéllar, *El Porvenir*

«Los albergues que en un principio fueron refugio para los damnificados se convirtieron en campos de batalla, donde los que quedaron sin hogar tuvieron que pelear a golpes para poder conseguir una manta para cobijarse o un plato con frijoles y tortillas.»

El Norte, Resumen. 1º enero de 1989

El domingo 25 de septiembre de 1988 en FORO, el Secretario de Desarrollo Urbano en el Estado, Alberto Ortiz Certucha declaró: «Algunos de los damnificados en los albergues comen mejor que nosotros». Antes había dicho que «el Estado no soportaría caprichos de los damnificados» que querían regresar a sus semidestruidas casas porque según ellos tenían que cuidarlas y no soportaban estar en los albergues.

Se reventó la presa que no existía

En la tarde del domingo 18 de septiembre se formó gran alhara-ca. Por radio, televisión y hasta un helicóptero que pasó por sobre las márgenes del río anunciando con magnavoz que la gente

se quitara del peligro pues se acercaba otra avenida ya que se había reventado la presa La Huasteca.

Damnificados que estaban en la escuela de la Colonia Montenegro, en Santa Catarina, utilizándola como albergue, salieron a toda prisa. En barrancos, o en los techos de sus casas, cientos de conchudos, se subieron a ver la crecida. Nunca llegó pues no existía ni existe presa alguna en La Huasteca.

El pillaje

En aquellos días, muchos se dieron gusto llevándose todo lo que según ellos no tenía dueño. Varillas, alambres, tubos, toda clase de aparatos y fierros, hasta colchones acarrearon unos para su casa y otros directamente con el comprador de fierros viejos. Los legítimos dueños también acarrearon lo que pudieron.

VII. Luego, a dormir en la vil tierra

A las pocas semanas, tan pronto el gobierno consiguió terrenos donde reubicarlos comenzó el traslado de los damnificados a esos lugares. Por la buena la mayoría y por la mala, a los que no querían salirse de los albergues improvisados.

«Del albergue nos trajeron a este terreno. Nomás nos aventaron como animalitos; en el monte deatiro sin alojo ninguno. Tirados en el santo raso. En la noche el animalero y el frío; en el día el solazo. La gente pase y pase viéndonos ahí sentados en el vil suelo. Ah, y no se salgan, si venimos y no están en su lote, les quitamos el terreno, nos decían. Al fin a los cuantos días trajeron tablas y láminas. Ya de perdido no estábamos al raso.»

Garritas y despensas sí nos dieron, y montones de cajas con unas cosas verdes, creo se llamaba brócoli, pero todo lo que traían escrito era en inglés y nadie sabía prepararlas. Por las calles el puro tiradcro de las mugres esas pudriéndose».

Doña Herminia

El día del agarrón

De los albergues nos trajeron acá a estos terrenos y nomás ahí nos aventaron. Que nos iban a dar un lote, pero no nos decían cuál. Andaba una lideresa: «por 50 mil pesos (viejos) yo les consigo un terreno fijo». Pero eso es lo que yo gasto pal mandado, ni modo de quedarme sin comer. Le pusimos mucho gorro a un tal Lemus que era el que repartía los terrenos. Un día estaba harto de tanta gente detrás de él pidiéndole terreno, que nos dijo: «De ahí, agarren lo que quieran».

Nos arrancamos todos en bola como desesperados, separando el que iba a ser nuestro lote. Un señor con un machete le daba vuelo: «Este pa mí, éste pa miyo, éste pa mi suegra y ésta pa mi yerno». Recorría los cuatro lotes con el machete en el aire dándole vuelo. No pos ta bueno, dije yo, quédese con sus cuatro lotes. Luego, cuando le reclamé a ese Lemus que ya nos midiera el terreno que habíamos agarrado, dijo: ¿cuál terreno? Pos el del día del agarrón, le contesté, y se rio.

Petra Martínez

VIII. Todo mundo visitó a los damnificados

Desde un principio los damnificados comenzaron a recibir alimentos y cobijas. Ya instalados en lo que ahora es San Gilberto y otras colonias de Santa Catarina, los damnificados siguieron recibiendo múltiples ayudas. Por ejemplo, el 23 de diciembre de 1988 *El Norte* les llevó y rifó bicicletas y otros juguetes. El 24 fue Gilberto Marcos con sus cámaras de televisión. Llegaron levantando una gran polvareda en un autobús, combi y camionetas. Fueron a regalar cientos de juguetes. En poco rato cerca de mil personas, en su mayoría niños, los rodearon. Luego sucedió lo que sigue:

Gilberto camina entre las casuchas, más bien cuchitriles. En una de ellas hay algo parecido a una media choza india de un metro de alto formada por una viejísima cobija sostenida por tres ramas cruzadas que protegen del aire a la lumbre en el suelo en la cual hierve una cazuela. En la parte de atrás, en lo que arrastra de la cobija un perro flaco dormita, se rasca con una pata. Al ver a tanta gente que sigue a Gilberto y que se acerca a donde él está, prefiere retirarse un poco y echarse en otro lado.

Gilberto se acerca a la media choza india y a la señora que menea la olla y le pregunta:

—Oiga, ¿cómo le hace para cocinar ahí?

Las cámaras enfocan, registran todo. La señora titubea, no sabe qué decir. Cada vez que corre el viento le caen algunos miligramos de polvo a la sopa. Gilberto la prueba. «Mmmmh, le falta sal». De vergüenza la señora esconde los ojos. El momento más grande de su existencia, en el que iba a salir en la televisión, echado a perder porque a su maldita comida le falta sal. Lástima que el polvo que vuela a cada rato no sea de salitre si no ya vería este Gilberto que a su comida no le falta sal.

En los primeros meses muchas otras visitas recibieron. Algunos donantes que deseaban verificar que su ayuda realmente llegara a los damnificados; curiosos, voluntarios dispuestos a ayudar, entre ellos unos norteamericanos que anduvieron haciendo mezcla, clavando tablas, etc., y a quienes, ahí les robaron una cámara fotográfica y algunos dólares.

IX. Los beneficiados

Tener un líder así o ser un líder así

Miles fueron perjudicados por el Gilberto, pero también muchos salieron beneficiados: principalmente los líderes que bro-

taron como hongos en tiempos de lluvias y que se quedaron con buena parte de los donativos en especie que llegaron o que gestionaron en favor de sus representados; y de muchas otras maneras se beneficiaron. De ellos hubo miles de quejas por parte de los damnificados quienes aportaron pruebas de cómo se enriquecieron; así mismo se beneficiaron personas de Guadalupe, Monterrey, San Nicolás, etc. a quienes líderes sindicales los hicieron pasar como damnificados y les consiguieron terreno en Santa Catarina.

También hubo posesionarios cuyas casas no sufrieron ningún daño, pero como estaban en terrenos pertenecientes al río fueron considerados como damnificados y alcanzaron terreno y hasta les cancelaron sus deudas en el FONACOT; no faltó entre ellos quienes presumían de tener la casa anterior y la nueva en San Gilberto; otros beneficiados fueron personas que vinieron a visitar a sus familiares damnificados y vieron la posibilidad de hacerse pasar por uno de ellos y alcanzaron terreno y otras ayudas; también los choferes de las pipas con agua por las propinas que les daba tanta gente desesperada por tener ese líquido; así, podríamos seguir mencionando muchos casos más pues también hubo rumores de comisiones en las cobijas y otros artículos que compraban funcionarios de gobierno para regalarles a los damnificados. Igualmente en la repartición de dicha ayuda.

Mención aparte merece la Asociación Gilberto, A.C. creada a raíz del huracán y que ha realizado múltiples gestiones, eventos, etc., en beneficio de los damnificados no sólo de Santa Catarina sino de otros municipios. A menudo aparece en la prensa las labores que realiza.

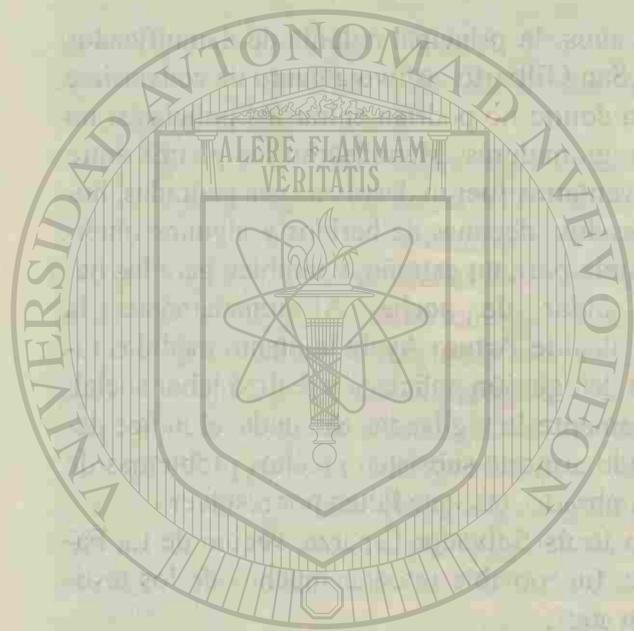
Epílogo

En las colonias a donde fueron reubicados, durante varios meses los damnificados vivieron una existencia miserable, pasan-

do fríos, hambre, etc. Todos sin drenaje y muchos sin siquiera excusado de pozo. Agua, muy poca, a veces sólo para preparar la comida y sólo si le daban una buena propina al chofer de la pipa; recibiendo láminas, tablas, cascajo, arena, cemento y blocks a cuentagotas. Al fin, poco a poco fueron rehaciendo sus vidas.

Durante varios años, la principal colonia de damnificados en Santa Catarina, San Gilberto, estuvo a punto de convertirse en tierra de nadie a donde no podrían entrar los policías si no lo hacían en varias granaderas. Menudearon los pleitos entre pandillas, muchas ventanas fueron destrozadas a pedradas, hubo cientos de golpeados, decenas de heridos y algunos muertos. Casi era imposible para un extraño, y también para los habitantes de ahí, andar de noche. Afortunadamente, la administración del alcalde Arturo Ayala implantó medidas radicales: instaló una delegación policiaca y realizó labor social. Se aumentó enormemente la vigilancia. Sin duda, el índice delictivo ha disminuido aunque subsisten muchos problemas de pavimentación, alumbrado, etc. que faltan por resolver.

Nota: Gracias a Jesús Salvador Esparza, vecino de La Fama, Santa Catarina, fue posible rescatar muchos de los testimonios que se citan aquí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

Vestida y alborotada

Armando Hugo Ortiz G.

Para Armando Castillo

La fe de bautizo es de 1929, febrero 10. A su paso por Villa de Guadalupe le llamaron «La Carretera». En realidad, camino vecinal para llegar a Cadereyta Jiménez. Luego se le conoce como avenida Victoria, después Margarita Maza de Juárez y hoy, 1996, Benito Juárez.

Por años punto de referencia para fuereños y lugareños del casco municipal de la Villa, la casa de fulano o el negocio de mengana, no tiene pierde, está a tantas cuadras de la Carretera. Todo hacia el sur de ella, caminar en sentido opuesto, al norte, conducía a la rivera del río Santa Catarina, selva de carrizo y janillas.

Cómo no ufanarse de la Carretera. Hecha con toda la mano, un higway al estilo gringo, terracería, revestimiento y alcantarillado. Cosa insólita en los años treinta para un pueblo con muchos resabios del siglo anterior, donde la mayoría de los vecinos utilizaban agua de noria y excusado de pozo.

La Carretera fue la puerta grande del pueblo, la principal. Sustituyó a la entrada primitiva, por el rumbo del Parque España, en una parte baja del río que desde el siglo XIX se utilizaba pasando por la Santa Cruz y de ahí al centro antiguo. Ésta se degradó a puerta trasera.

Los escolares guadalupenses de los años 50' se henchían de orgullo cuando el profesor ordenaba señalar en el mapa de México o Nuevo León, el segmento de la carretera interoceánica Matamoros-Monterrey-Mazatlán, punto intermedio: la Villa. Ya no era un camino vecinal para facilitar el traslado de las cosechas de los municipios aledaños, se extendía del Golfo de México al Océano Pacífico, de costa a costa.

Iniciaba con un vado en los límites de Monterrey, inmedia- to a la Fundidora de Fierro y Acero carretera expuesta a las veleidades del río Santa Catarina, que en sorpresivas corrientes arrasaba placas de concreto del pavimento. En tiempos de agua no podía fallar el automóvil descompuesto a medio cami- no; bobina y distribuidor mojados. Las parvadas de chamacos empujando al naufrago hasta la orilla, pidiendo a gritos la propina por el rescate, el «puche».

Si la corriente venía brava los muchachos se entretenían en observar, con morbo y curiosidad a los chofis de los camiones atravesando el río casi a tientas, pues la vía asfáltica estaba ba- jo el agua. Cuatro o cinco cruces diarios les daban la práctica para hacerlo a ciegas.

Salvo días de aguaceros, decenas de regiomontanos toma- ban la Carretera rumbo a los paseos dominicales. La algaraza de los paseantes enmudecía al entrar a la Villa, respetuoso ho- menaje a los finados, inquilinos en el Panteón Municipal. Hoy saturado, reservaciones agotadas hasta el día del Juicio Final.

Ya de este lado, recepción en el arco del Paraíso, colonia de ese nombre, bienvenida al viajero tentado su gula con aro- mas de molienda, dulces de calabaza, tamales recién cocidos. Sitio ideal para un tentempié si el viaje fuera hasta Reynosa o más allá.

La mayoría sólo llegaba a sitios más cercanos: el balneario de la Fuente (se alquilan trajes de baño) la calle Zaragoza rumbo a la Pastora, la Ciudad de los Niños, para conocer el re- cién inaugurado teleférico en 1961; tal vez a la Feria de la Pla-

za en agosto, no más, a ver si en una de tantas vueltas el galán pegaba el chicle con alguna dama.

A la hora de estar echando rayas en el plano –principio de los 30'– los ingenieros constructores evitaron invadir la Villa. La Carretera se fue por el norte de la cabecera municipal. Una modesta urbanización brotó de sus márgenes; algunas cuadras con edificios de medio pelo empezaron a ralear por colonias aledañas, Esmeralda, Paraíso, en el extremo oriente la colonia Guerra.

En Villa de Guadalupe / estado de Nuevo León / ha muer- to Ventura Ramos / lo mataron a traición. Por el año de 51 en el barrio del Tajo, próximo a la colonia Paraíso se fueron asentando cantinas, accesorias, casas de citas y salones que formaban una difusa zona de tolerancia. En uno de esos salón- cantina fue asesinado Ventura Ramos, afamado valiente de Agualeguas. En apariencia quedó irresuelto el crimen, pero un verso de su corrido todavía acusa: *Vuela vuela palomita / pá- rate en aquel nopal / anda a avisar a Agualeguas / que lo ma- tó Félix Leal.*

Las quejas de los vecinos por tantos escándalos y hechos de sangre aumentaron, la autoridad decidió reubicar los nego- cios non sanctos en el extremo de la mancha urbana. Arrinco- nado contra el río vegetaba ese sitio al que iban los muchachos buenos en pos de las muchachas malas, las de tacón dorado, las rorras. Dicho llanamente con las putas del legendario ba- rrio del Pozo, la zona de tolerancia con decenas de radiolas re- pitiendo día y noche, hasta rayar los discos, voces plañideras de Juan Salazar (*Corona de azahares*), Chelo Silva (*Como un perro*) o el dúo siempre imitado, nunca igualado, de Tomás Ortiz y Eugenio Abrego, los Alegres de Terán.

Los acordes musicales y los gritos de coyote de los parran- deros llegaban hasta los carrizales donde los mocosos se di- vertían cazando ranas; los más audaces hurtando naranjas o elotes de las huertas y labores ribereñas.

De nuevo la mancha urbana ahogó esta zona de tolerancia y fue clausurada en la administración del alcalde de Guadalupe Adrián Yáñez en 1961.

Por la Carretera, más allá de la bajada al Pozo estaba la Unión Ganadera Regional, término de viaje de los camiones ruta 26, Hospital Civil-Exposición. Término también de la civilización. De ahí en adelante la aventura.

A inicios de los años 70' el puente Guadalupe sustituyó al endeble vado. Hasta la fecha el río no ha podido derribar sus columnas de concreto, ni aun con el fatídico coletazo del huracán Gilberto en 1988.

Al abrirse el puente se daba a la par, en el país, la transformación del modelo económico, del desarrollo estabilizador de Díaz Ordaz al desarrollo compartido de Echeverría Alvarez.

La Villa se cansó de su modestia pueblerina, quiso cambiar su morralito por una bolsa de broche; ser una gran señora. Concedido, desde 1972, por decreto, serás doña Ciudad Guadalupe.

Poco después se edificó el puente Corregidora, enlace entre la Carretera a Reynosa y la de Miguel Alemán. Se les acabó el pretexto a los afrentosos de las colonias Linda Vista y Libertad que, so pretexto de la incomunicación con la cabecera municipal, se sentían más regiomontanos que guadalupenses.

Con la inauguración del puente desapareció un par de lunares de la orilla de la Carretera: el rastro municipal y los establos de la Hacienda la Pastora, con ello emigró la pestilencia a estiércol de vaca y a hueso quemado, que llegaba hasta las oficinas de la presidencia municipal.

La incertidumbre de la comunicación fue eliminada a partir de esa década y aceleró la creación de nuevas colonias al oriente del municipio, hoy son más de 300. El índice de crecimiento demográfico rompió marcas mundiales. Con él se potenció el tráfico vehicular. Una de tantas imprevisiones de los planeadores: para entrar y salir de los flamantes retornos habitacionales sólo hubo una rúa, la Carretera.

La insuficiencia de la avenida Margarita Maza de Juárez, por esos años así se llamó suscitó optimismo-pesimismo entre sus moradores; tarde o temprano forzosa remodelación, una supercarretera de seis, ocho, diez carriles, fisonomía modernista. Otra vez orgullo de Ciudad Guadalupe. Por lo negativo, desánimo para hermohear inmuebles, reconstruir, mucho menos edificar a lo grande; para qué, en cualquier momento el anuncio de la magna obra y sus consecuencias fatídicas: mutilación del predio, indemnización miserable, exilio a sepa Dios cuál colonia orillera. Para qué echarle dinero bueno al malo.

Entre el desinterés y la codicia la contaminación edificaba con paciencia su obra negra, las fachadas se cubrían de hollín vomitado por infinidad de motores de vehículos, 24 horas al día. Aun así, el futuro bien valía el sacrificio.

Un buen (o mal) día la noticia: los urbanistas decidieron construir vías alternas para el tráfico foráneo de Ciudad Guadalupe, la autopista de cuota Monterrey-Reynosa y para circulación local la avenida Ignacio Morones Prieto, ambas al norte de la Carretera, inquilinos y propietarios suspiraron de alivio: Bueno, nos salvamos de la contaminación. Nones, hermanos; los planificadores del Sistema Metropolitano de Transporte decidieron que el tramo final de la Línea Uno, Palacio Federal-Exposición, quedara sobre la mera mera Carretera. Le cayó justo a la medida el albur que estuvo de moda en 1989, a mitad de calle le metieron el Metro.

(Fragmento de un escrito de enero 1989)

«Compadre:

Si en verdad es como escribes, que luego de tantos años tienes deseos de darte una vuelta por Villa de Guadalupe, hazlo, mas te prevengo que si llegas por la carretera, viniendo de MacAllen te será imposible entrar directo a la calle Zaragoza; están construyendo las columnas del Metro y el barrio es zona de desastre. Desde la Expo hasta el puente Corregidora plantan las estructuras y poco a poco se borra el camellón.

Un letrero de la obra AYER UN SUEÑO HOY UNA REALIDAD, me puso a recordar, tuviste razón en tu augurio de la fatal desaparición del barrio en breve plazo.

Aunque apenas son las primeras etapas del Metro ya se percibe la futura incomodidad. Las moles de concreto robaron carriles a la ya de por sí apretada calle. Serán diez o doce cuerdas por donde pase el tren elevado, algunas de las tantas víctimas de la explosión urbana.

Caminando por el rumbo flota la atmósfera que rodea al agónico, sitio de una extraña tranquilidad. La circulación automotriz se desplazó a las desviaciones alledañas y con ella se fue también la contaminación auditiva y atmosférica. Toneladas de tierra de las excavaciones cubren la costra de aceite y cochambre que por años depositaron carros y camiones. Por momentos revive la calma pueblerina, cuando era posible dormir en la modorra de las tardes otoñales.

Sirve de poco consuelo saber que nuestra calle no será la única, que muchas otras resentirán el latigazo de la falsa modernidad. Es difícil despojarme del corrosivo agridulce de la nostalgia. ¿Qué se puede hacer? Nada, ni modo de alegar para nuestras casas de juventud algún valor histórico; aunque así fuera, el autoritarismo gubernamental ha arrancado con implacable eficiencia reconocidos testimonios históricos. ¿Qué hacer? sólo un último paseo por estos rumbos. Decídete, hermano, creo que para nuestra generación empezó el tiempo de las despedidas».

Las esperpénticas columnas y dovelas del Metro aplastaron todo embellecimiento futuro como cagajones de algún gigante, quedaron varias moles de concreto; Palacio Federal y tres terminales del tren elevado. Recuperar la majestad que una vez tuvo la Carretera implicaría una catástrofe, bombardeo o sismo. Ni pensarlo.

La Avenida, orgullo de Guadalupe hace cuatro décadas, es hoy insulto para el viajero, señal de que apure su paso por esta callejuela ingrata, de fisonomía indefinida. No es área de co-

mercio o de industria, ni zona roja ni rosa, tampoco barrio residencial o popular. A lo mucho, un masacote urbanístico cuyo rasgo común es el tono gris smog de sus construcciones.

Para remachar el Metro le balconeo por arriba otro matiz desagradable. Todo mundo procura cuidar la fachada de su casa vista a ras de tierra. Por arriba no hay manera de disimular o hermosear las azoteas a donde se arrojan todo tipo de cacharros y trebejos. Desde los vagones del tren elevado se enriquece lo patético del barrio.

La autopista de desfogue rápido no funcionan por sus exorbitantes cuotas de paso; los transportistas foráneos siguen utilizando la sexagenaria carreterita, al mismo tiempo paso único para cientos de colonias al oriente del municipio.

De día pulula de gente sólo por la necesidad de arreglar algún trámite en las oficinas municipales, o de paso hacia colonias populares del oriente y que aprovechan para comprar algo de despensa semanal, en la única supertienda del casco de Guadalupe, penúltima estación del Metro.

De noche el paisaje se transforma en película de ciencia-ficción, tipo Mad Max. Los graffiti aparecen en los sitios más insólitos, como las partes altas de las columnas del Metro. Escupitajo de las generaciones perdidas de los 80'.

La única fauna a sus anchas los fines de semana es la de noctívagos, asiduos a los salones de baile. Hasta principios de los noventa se apacentaban por miles en los pasillos de la Exposición, cuando los bailes maratónicos de los monopolios gruperos de Servando Cano y Oscar Flores. Por ahí amanecían interpretando sus éxitos Rigo Tovar, la Sonora Santanera, Ramón Ayala, los Tigres del Norte, Bronco, los Humildes y otros monstruos de la música popular.

Con el arribo a la administración municipal del Partido Acción Nacional en 1994, se cortaron de tajo estos reventones, para desgracia de los bailadores y para gracia de los vecinos que habitan los alrededores de la Expo, que los fines de semana, luego de la noche en vela, amanecían sepultados entre to-

neladas de botes vacíos de cerveza y un insoportable tufo a vómito y orines.

Hoy en 1996, sólo transitan parvadas de muchachos rumbo a los saloncitos de baile —cercanos a la Carretera— que sobrevivieron a la embestida moralista del PAN. Estudio 54 o al Elizondo.

El Armadillo (donde antaño estuvo el balneario la Fuente), es el sitio de baile más veterano. Ahí los muchachos han sido devotos fanáticos de las modas que han imperado. Fueron Mexican Travolta cuando la euforia de las discotecas, después guacharacos cumbieros, maestros en el baile de gallito, acólitos de los Corraleros del Majaguay. En los ochenta, réplica de los héroes de la onda grupera, El Pipiripau y Sergio el Bailador, amos del baile jala'o.

Hoy todo es mezclilla, sombrero emplumado, botas exóticas. Se sincronizan por decenas en los desplazamientos tribales de la música country. En los intermedios compiten en el toro mecánico, hasta las chicas son duchas para sostenerse por varios segundos en el aparato.

Se sienten atejanados aunque su fortuna no les alcanza ni para adquirir un caballito de palo. Son vaqueros de pacotilla porque es la moda actual. Mañana, quién sabe.

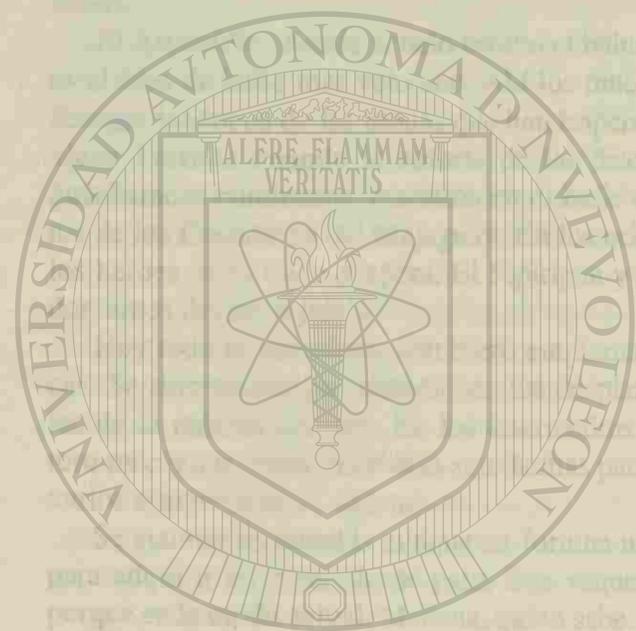
Fuera de ellos nada sólo casas abandonadas, en semide-
rumbe, un muestrario fúnebre de materiales de construcción, sillar, bloques de argamasa, madera en destrucción, ventanales oxidados, una que otra puerta de aluminio precozmente senil. Letreros añorosos de SE VENDE testimonian la mísera plusvalía de la zona.

Comercios y maquiladoras improvisadas sobre edificios viejos, descuidados, con aire de contingencia, esperando el momento de la mudanza, hasta los teporochos desairan la avenida. Sólo algunos valerosos vecinos resisten en la última trinchera de sus casas-habitación.

La avenida Benito Juárez, por siempre Carretera, es hoy perra flaca a la que le cayeron todas las pulgas, apaleada por

arriba, por abajo, por enmedio, por delante, por detrás, por enmedio, por los lados. Creyó en el Príncipe Azul de la Modernidad, impostor que la dejó vestida y alborotada, preñada de miseria.

Mala suerte. Carretera, a ver si en la otra.



Monterrey y la cultura del shock

Arnulfo Vigit

WWW.ea.com/ crowns. Las hiperadiciones corporatizan los rescoldos del ábaco y de los sentimientos más afines del romanticismo, presupuestando los baits interactivos con la realidad virtual del home video, sin riesgos de inquisiciones institucionales on line. No hay pedo: las sofisticaciones del multimedia irrumpen en una suave patria, cuyos jazmines y rebozos son tan mandarinas como un CR-ROM. De aquí en adelante, todo puede ser compatible, hasta aquello que no pueda serlo.

New Line, New Media

El shock de la cultura y la cultura del sock. Si en un momento determinado las aproximaciones apodícticas a la realidad – con partido comunista y comunidades de base de por medio – concluyeron que la utopía puede ser real, que los sueños se trasladan a la realidad, todo lo demás es sólo cuestión de rascarlo a los cenáculos de las posibilidades tecnológicas. En efecto, así es, pero a la realidad virtual. Si sorprende que hasta en las rancherías más lejanas haya casas con antenas parabólicas, no es menos sorpresivo que las pláticas –incluidas las del amor– se hagan por medio de computadoras. Internet sabe cómo hacerlo. Es fácil, si ya hizo una guerrilla.

En esta era –1996, cuatro años antes del año 2000, a fin de siglo–, en este lugar –Monterrey, que celebra sus 400 años de fundación–, reviven las guerras por el santo sepulcro, los dinosaurios, los mitos antropomorfizados, las lenguas muertas; y a la vez, se aproxima la guerra de las galaxias, los viajes a las estrellas, las odiseas espaciales. El tiempo y su instancia primigenia, el movimiento, se sincroniza en un punto de convergencia sin eclipse detallado por los aparatos. Todo está bien, muy bien, sólo hay que conectar el aparato que remita a molcajetes y metates, a máquinas de escribir, a hornos de leña, a bibliotecas estará *out*, pasado de moda, fuera de juego: será un anciano aunque tenga 30 años. La sociedad se convierte en célula, en microchip, en el *drive* de una esperanza que se sacude en los apotegmas de las ínsulas crepusculares. Superconductores de la virtualidad electrónica se volverán no tentáculos de las aproximaciones cabalísticas –casos comunicantes– sino las extensiones de las inquietudes foliadas en códigos de barras. Más bien dicho: no se volverán, ya se volvieron. Con el correr de los años, con los pantalones largos, en las supercarreteras de la información lo que no podía ser, es. Hologramas, computadoras telefónicas, imágenes en televisión por tercera dimensión, reconstrucción de piezas deterioradas en el rubro de la ecología, arte cibernético.

Alvin Toffler en su libro *La tercera ola* vaticinó un mundo que hoy parece ilustración de cómic y que está a punto de volverse renglón subrayado en un libro de texto antiguo. Novelas que anticipaban mundos insospechados y conductas extrañas corren el riesgo de quedar rebasadas en sus temas. *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *Fahrenheit 541* de Ray Bradbury, *Ragtime* de E. L. Doctorow, agregan datos que la realidad ha convertido en imaginación y la imaginación en realidad. En el cine se ha documentado hasta la saciedad el rumbo que sigue nuestra sociedad de hoy: mañana así estaremos, así estamos hoy (Jurassic Park, Mortal combat, Power Rangers). La literatura, la fantasía en general apuesta más al reconocimiento de la construcción

posible que, como ave entre las manos, escapa de los contextos: el presente se agota más brevemente. El futuro es un abrir la puerta. No hay más: el ritmo de las innovaciones no sucumbe: la música industrial ha sustituido, por fin, a los boleros almibarados. La lógica, la científicidad, son lenguajes y arquitecturas verbales amparados en la especialización: «Si el mensaje original Mi debe ser retrovertido de la forma codificada Ci, cualquiera sea el valor de i, tanto U como U-i deben ser biunívocas; esto se debe a que si Mi y Mj fueran transformadas en una única forma Ck, en ese caso el destinatario de Ck no podría decir cuál es la M original, y Ck no podría retrovertirse con certeza», dice, y dice bien, W. Ross Ashby. «Si el crecimiento del organismo es un tanto caprichoso, el comportamiento del sistema, es decir, qué estado sigue a un estado dado, en cierto modo se torna un tanto indeterminado. De manera que la ‘determinabilidad’ en el sistema real corresponde evidentemente, en la transformación, a que la transformada de un operador dado sea uniforme», agrega, y agrega bien.

Y entonces llegar a Thera, en la colonia del Valle a comprar tu Macintosh que tanto soñaste, una Performa 6200/75, CDrom interno, para multimedia. Preferiste este negocio a otros de nombre técnico similar como «Indelcom», «Compucom», «Comservice», porque simplemente te latió. En Thera miras la decoración futurista, la estética cyber; escuchas la música de fondo neo-pop, y te ubicas en una película tridimensional que nada tiene que ver con el estanquillo de la esquina. Miras a los empleados, esmirriados, con corbatas llamativas, sicodélicas, hartos del gel, bien rasurados, con sus bipers. Te atienden, voz engolada, laica, y te aconsejan, te sugieren, «o sea que es más buena onda ¿no?», y no puedes evitar enredarte en un lenguaje extraño, técnico, lejano muy lejano al castellano que te enseñaron en la escuela, y observas los trípticos, los folletos vanguardistas muy bien impresos y que refuerzan el rollo que te echan. Sosiegas tu pierna, te recargas en el sillón como de avión y respiras profundamente: solicitas

el presupuesto y los planes de financiamiento, la arrendadora, el banco, todo eso y también al contado. Te lo presentan, te hablan del financiamiento y dices gracias y también tenquiu. Sales del negocio casi alucinando con la manzanita de Apple mientras traduces el presupuesto en dólares a pesos.

Y entonces, como relámpago en la noche abigarrada, los productos de la imaginación, de la fantasía, se ponen al día: Terminator (que llevado al cine linda con las aventuritas pero que es una estupenda novela sobre todo en el manejo de la estructura temporal), *Enviado al futuro*, *The Net*, *El Juez*, *La red*, y una larga ristra de sortilegios programables marca agme. Ya no hay límites. Ya no ha fronteras: No son necesarios los pasaportes porque con sólo encender el botón las anchas puertas del Louvre estarán a la disposición de cualquier abonado. Lo que antes parecía novela de Julio Verne —espacio infinito, mares, territorios perdidos— cuyo camino siguió hasta el extremo Edgar Rice Burroughs, ahora es un juego que hasta los niños de primaria lo practican sin dificultad alguna y sí con entusiasmo e hilaridad. La creación —quizá no la reflexión— se ajusta a programas vendidos en cualquier Gigante o Soriana. Si acaso un personaje de un cuento no está bien configurado en su peso y en su olor sólo basta aplicar el *reset*.

No será tan difícil: los nuevos personajes apuntan más a los programas que a las elucubraciones internas, ya no más Artemio Cruz, Anacleto Morones o José Trigo, no hay problemas, la cosa es sencilla, sólo se trata de clones: personajes sin conflictos, maquinales, tan simpáticos como cualquier otro personaje de la literatura universal. Y no sólo máquinas, también hay humanos cuyos resortes internos están reñidos con las sensaciones: los personajes de Bret Easton Ellis, Elizabeth Wurtzel, los de la generación X, los de Humberto de Alba. Los asuntos de dimensiones técnicas coinciden más con el exteriorismo que con la vida interior: el misticismo se compromete con los programas y no con las puertas en escena. La literatura se ciñe más a lo exterior que a los ángulos oscuros de

la reactividad señera, como cualquier otro asunto de la vida cotidiana. Los pecados son sólo interrupciones en el sistema. Los diálogos son guiones, las reflexiones archivos, las prácticas interfaces virtuales. Rampas, órbitas, tarjetas, rams de alta resolución, son las palabras que tejen un nuevo lenguaje el que, por otra parte, ya no se plasma en una simple máquina de escribir —un dato que causó alarma el año pasado fue la desaparición de estas herramientas— sino en una computadora que no solo facilita la escritura sino que la corrige. Los personajes no son planos, sencillamente el desarrollo de la tecnología electrónica —acompañado de superconductores— ha inclinado sus preceptos al lado de las acciones, en otras palabras, al pragmatismo; no más escisión entre la teoría y la práctica, ahora sólo la acción remite a la acción. Esto no es descabellado ni realidad virtual, es la mera neta: oficinas super diseñadas con controles electrónicos, computadoras telefónicas, mensajes en fibra óptica, comercio multinacional, fundición de los centros de trabajo con los hogares mediante un modem, contactos por medio de Internet, aparatos que funcionan a control remoto, sofisticados equipos de seguridad y de detección de armas.

Esto no queda muy lejos, aquí están, a la vuelta de la esquina los corporativos de ALFA, CEMEX, MASECA, VITRO. Las empresas de las empresas y los proveedores de la modernidad: los negocios de instalación de redes computacionales —pronto este aparato también quedará fuera de uso para convertirse en un ción cibernético— florecen como hongos después de la lluvia, valga el lugar común. Las opciones se multiplican como bacilos, los progresos en materia de impresión y de presentación de catálogos de servicios avanzan a pasos gigantescos, por citar otro lugar común. Ya no es como antes; las alfombras y el aire acondicionado que son los sustitutos de un pasto agradable y del aire de las colinas, son las características de las nuevas habitaciones, las que, obviamente, estarían incompletas sin un «ordenador» doméstico. Y en el horizonte de las expectativas se

yerguen como símbolos del futuro ya presente: IBM Hewlett Packard, Apple, Sony. Y Billy Gates, el niño prodigio del Software y de los negocios, se convierte en el sacerdote de la tecnología ya no termonuclear sino del total acceso.

Soundtrack: la instrumentación de la diversidad. 3 DO: multimedia interactiva. Uso y abuso: compaginación de programas mediante una ampliación de tarjetas de memoria. Todo queda condensado, clasificado, ubicado en el lugar correspondiente, es decir, en la red global factible. Nos estamos telematizando: correo electrónico, compuserve, portación de señales, sysops, sites. Las ciudades se hincharán de actividades y redes digitales mientras que el ámbito rural se convertirá —se ha convertido— en una tarjeta postal.

La lengua accesada

Los avances tecnológicos suponen cambios en la cultura. El cine, la televisión, la máquina eléctrica de escribir, ampliaron los márgenes y la concepción no únicamente de la escritura sino de la literatura misma y no por el hecho de sumar palabras nuevas o novedosas a los textos sino por la actitud ante la escritura, como lo dijo Gabriel García Márquez, entre otros. Los tiempos cambian, el progreso avanza. Ahora los sistemas computacionales nos colocan en la misma alborada, los pasos ya están dados. Así como el mayor mercado internacional de dinero o negocios se realiza a través del intercambio internacional, así la literatura sigue el mismo camino. World best. 1,776,000 redes de Internet, en todo el mundo, supone el mismo número de lectores... o más. Los libros más vendidos amplían los servicios. Los lectores tienden a desaparecer, es cierto, según datos recientes del INEGI en Mier y Noriega, puesto que aumenta la simpatía por los medios audiovisuales, presentándose, de esta manera, la posibilidad de recuperarlos, sólo

que ya no serán lectores sino tal vez... «veedores». La literatura se amplía.

La prosa. Más allá de los circunloquios a la luz de las metáforas y las onomatopeyas, la escritura se abre a caminos quizá inextricables. En primera instancia, la tarea urgente es encontrar la equivalencia en español de términos como bytes, cyberpreneurs, sites e, incluso, Internet. Y al encontrarlas, darle un contexto propio, su semantización nacional. Existe un website donde se puede acceder a servicios de traducción, revistas electrónicas, noticias de México y el mundo, bases de datos, catálogos en línea de bibliotecas y servicios por temas. Y, lo inusitado, una gran biblioteca o toda la Enciclopedia Británica cabe en un humilde compac disc, procesado en la tranquilidad del hogar donde ahí mismo puede ser consultado. Obviamente, ya no se trata de horóscopos. Y si los recursos para la obtención del conocimiento brindan numerosas opciones donde abreviar, las posibilidades de la escritura se ensanchan en sus afluentes, de tal manera que las puertas están abiertas. Si las herramientas del aprendizaje están a la mano con sólo oprimir una tecla, la capacidad de creación literaria se aleja de la magia y de la inspiración, concentrándose en un manual y en la destreza técnica. La ampliación del lenguaje, las formas de traducción, la capacitación del lenguaje mismo, los trastocamientos en la sintaxis, el develamiento semántico, son asignaturas pendientes que poco a poco irán resolviéndose. El lenguaje, como entidad volátil, se ensanchará o construirá —depende del punto de vista— con visitaciones extranjeras a su propia esencia más allá del llamado texmex, espanglish para convertirse redondamente en uno de sus rasgos propios según su misma tradición: un híbrido.

Por ejemplo: «The M2 system will be the first true 64-Bit system. 2-D designers aren't going to be able to survive in the future. You're going to have to think in 3-D». O: «A topshelf Pentium runs around 120MHz, the play Station runs at 132 MHz and the Ultra 64 will run at 500 MHz. Also, 4DO says

the M2 produces 1 million polygons per second, and 700,000 textured polygons por segundo». No más: a las alternativas, el duro ladrillo de los manuales e instructivos; así es en un medio en donde todo lo que haga o deje de hacer está asignado por la cruz de la modernidad cibernética. Por ejemplo: «las minorías sexuales y las mayorías consumistas de la pornografía, establecen un teorema intermedio entre las prohibiciones médicas y las éticas. Aplicamos el término matemática para regirnos al proceso lógico interno del ciberespacio, lo que dicho de otra manera, significa que no se debe dar un paso sin haber realizado uno previo. Por otro lado, la imagen que vemos tiene una matemática implícita que podemos desplegar si queremos. Se trata, pues, de matemáticas eróticas visualizadas. En un sistema sofisticado, el *cibernauta* despliega sobre su cuerpo una cadena de cables con electrodos ajustados sobre zonas erógenas precisas, instala también vaginas o penes y otros accesorios que tienen temperatura 'al natural'; se coloca el visor que tiene sonido y empieza la experiencia sexual. Todos estos artefactos están conectados a una computadora con software público que le garantiza un máximo de placer. Así, las caricias catódicas, la inyección del deseo, el aumento de temperatura, la humedad, las protuberancias, las suaves superficies, establecen una suerte de *big bang* del clímax electrónico. Todo esto no es más que una matemática aplicada. En ésta, el deseo es nómada, su topología también. El ciberespacio, entonces, se configura mediante prácticas polifónicas en un prisma de posibilidades en las que navega la diversidad amorosa. La matemática lo asume y satisface. El pueblo electrónico congrega su deseo en un sistema de absoluta asepsia, pues la tecnología todavía no explora bien los olores. Lo interesante es que la limpieza píxelica se opone a una escatología tradicional, y justamente esta oposición nos conduce a una antesala donde la manera de relacionarnos sexualmente y la reproducción deben estar absolutamente escindidas. De acuerdo a esto, la reproducción humana se hará totalmente en laboratorio y la satis-

facción del deseo sexual en nada tendrá que ver con esa tradicional actividad corporal de la reproducción», Daniel Rivera.

O sea: el lenguaje, al perfil de las toronjas argentadas que checa con los procedimientos del horizonte bilateral, al tiempo de recortes y confeti. El lenguaje: la máxima expresión de los organismos que si no son paráclitos cuando menos sí llegan a costumbres y lisonjas sin apechugamiento a la hora púrpura encendida. El lenguaje. Y sus significados. Y los cambios culturales.

Muchas veces se ha discutido sobre el futuro del libro. Su desaparición posible se debe a las ganas que tiene el actual gobierno de entablar competencia desleal con los editores privados y de impedir que la gente aprenda a leer. En lo primero, el gobierno manda hacer largos tirajes de los libros de texto, pero no da la oportunidad de que los editores privados inviertan en ese proceso. Los libros de texto no llegan a sus lectores y los empresarios editoriales no ganan nada. Esa desaparición virtual del libro se emparenta con la alternativa de los CDs. Un sencillo microchip ha terminado, de pronto, con la ejecución de francés tan lacerantes como «el libro es el vehículo del conocimiento», «el libro es la prolongación de la imaginación», «el libro es la herramienta de la curiosidad».

En la Universidad de Monterrey (UDEM), separada de las demás alas de construcciones, la Biblioteca parece un templo, un tabernáculo de la sabiduría, una torre de Babel. Vas entrando, sientes, sin saber por qué, que llegas a una nave interplanetaria. Ves los libros en sus estantes pero contratan con las numerosas computadoras donde se buscan los libros, donde están las reseñas de esos libros, o sea: ya no hay que leerlos, con consultar sus fichas en las computadoras basta para darse una idea de lo que se trata, para darse una idea. Ya no tienes otra: las posibilidades de la lectura se desvanecen ante la certidumbre de que los libros se prolongan en los compac discs. Es mejor: no tiene caso destinar tanto espacio físico para albergar la Enciclopedia Británica cuando se pueden tener en un simple

y sencillo CD, es más fácil de consultar. En todo caso lo que se está perdiendo es el placer de la lectura y, también, el negocio de hacer libros. Claro, para esto hay que tener una computadora con la suficiente memoria, claro.

Las revistas presentan ahora otras características, otras posibilidades. Publicidad incluida. Ahora vas a Sanborn's y, como siempre, no compras relojes o artesanías mexicanas sino que te diriges a las revistas y, por supuesto, rebotas contra el muro de curiosos que como tú están ojeando revistas. Te haces campo como puedes y ves en los anaqueles *Premiere*, *Notitas musicales*, *Este país*, *Oficio* y otras de importancia relativa como *Nexos*, *Vuelta*, *Art News*. Saltas la sección de revistas deportivas tipo *Muscle Power*, *Fitness*, etc. y te entretienes en las de rock. En las de computación te das cuenta de la gran cantidad de publicaciones existentes en esta área, tantas son que ya le ganan a las demás secciones. Y, por supuesto, ves las dichas revistas que contienen un diskette y, las más nuevas, un CD. Pero te quedas catatónico cuando ves una revista en CD. Es simple: una portada, un empaque que contiene en su interior un CD. Ya en la Macintosh ¿ lees? la revista. Todo: directorio, secciones, artículos de fondo, publicidad está en CD, lo que significa infinitas posibilidades, variaciones, agregados, opciones, alternativas y, lo más sorprendente, tú mismo puedes colaborar en la revista de marras. —¡Ah chinga —dices. ¿Y la selección a color? ¿y el papel? ¿y los negativos? ¿y las láminas? ¿y la impresión? ¿y el acabado? ¿y las grapas? Incluso el mismo sistema de distribución cambia: ya no se trata de pacas estibadas sino de otro tipo de fleje. La concepción misma de la edición ha subido por la escalera de las emociones; ya no es lo mismo, ya somos modernos, cibernéticos, neopositivistas lógicos.

Oficinas interactivas

Monterrey, ciudad industrial, empresarial, financiera. En este 1996 festeja sus cuatrocientos años de fundación: a la naturaleza agreste se ha opuesto la férrea voluntad del hombre para formar un conglomerado urbano, una sociedad moderna, un emporio. La Gran Empresa. La Empresa de la Empresa. Las dos uve: Voluntad y Visión. El esfuerzo de cientos, de miles de trabajadores, que con horas extras y turnos dobles colocaron ladrillo a ladrillo las paredes de un edificio social que concentra la mayor parte de la industria nacional y de los cuales queda sólo la enseñanza del credo empresarial: trabajo y ahorro. Y sí, la fórmula ha funcionado: aquí viven los hombres más ricos del mundo, herederos de nichos industriales, de plantas productivas que canalizan sus energías entre el proyecto de mejoras continuas y el esparcimiento en puntos turísticos internacionales. Visionarios, trabajadores, formalotes, seriosotes, comprometidos con su patria y la familia, tradicionalmente judíos, sanos, religiosos, los empresarios son los caudillos de los negocios. Como tales, saben que el mantenimiento de los niveles y estándares de producción y calidad requieren de innovaciones constantes, de nuevos sistemas, de renovación permanente. Así ha sido, como dice la canción. Y Monterrey transitó de un pequeño lugar de paso comercial a la instalación de industrias textiles incipientes, a la adquisición de fábricas que le dieron el perfil industrial, luego, más recientes, a los negocios monetarios, al mercado especulativo agregando el perfil fiduciario. Ahora, se abre plenamente a la dimensión interactiva. Siempre a la vanguardia de propuestas tecnológicas para aplicarlas en los sistemas productivos, los empresarios, los caudillos de corbata y whisky invierten en la dimensión interactiva. La era virtual. La computación. La multimedia. La cyberadministración. No es lo mismo una simple máquina de contabilidad con registro de Hacienda que un sistema casi clonado de administración general. Todo automático, todo con-

trolado. Las capillas de esta nueva religión ya llegaron, ya están aquí: el nuevo edificio de CONFIA-ABACO, las oficinas corporativas de ALFA y VITRO, la gerencia de MASECA, de CEMEX. Pantallas digitales, Internet, comunicación directa con todo el mundo, satélites, señales mundiales, pantallas y más pantallas. Las naves espaciales tan *avant garde*, ahora son oficinas... o viceversa. Teléfonos computarizados, interfonos computarizados, agendas computarizadas, operaciones computarizadas, relaciones computarizadas, tecnología computarizada, comercialización computarizada, ganancias netas.

De la tecnología computarizada aplicada a los procesos productivos de las industrias se dice lo mismo: se elevan los estándares de calidad, se acelera la producción para satisfacer la demanda de los mercados mundiales, se facilita el trabajo y se prescinde de obreros, los que, por otra parte, sobrevivirán si y sólo si han aprobado los cursos de capacitación y si han entendido que la nueva mentalidad obliga a la modernidad superando el viejo estilo de tomar caguamas los sábados.

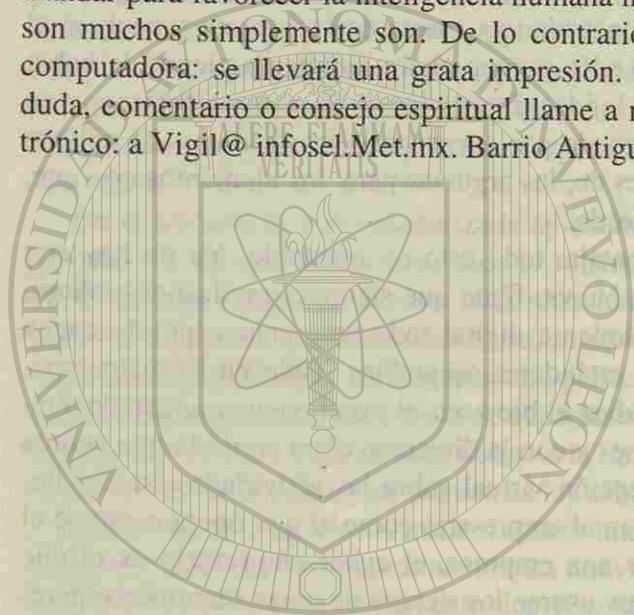
Eso mismo ha creado en nuestro medio nuevas conductas, modales y estilos de comportamiento. La nueva generación de empresarios, los que se ubican entre los 30 y 40 años de edad, los que han hecho del carácter emprendedor un paquete conformado por un teléfono celular, un modem o computadora portátil y litros de gel en el cabello, nacen con recomendaciones claras de sus centros de información: Harvard, Yale y el MIT. Generación de nuevos empresarios con avión particular ondeando siempre las nuevas características de su personalidad: amantes del arte, coleccionistas de obras, relaciones amables con sus trabajadores, sensibles, con horas de lectura y capaces de sostener una plática sobre el cine de Luis Buñuel, conocedores de la música de los Rolling Stones y Led Zeppelin, ávidos de nuevos negocios, fanáticos de la gastronomía, serios catadores, hombres convencidos de las bonanzas de las franquicias. Ya quedó atrás la imagen del empresario en man-

gas de camisa, aquel que cuidaba hasta el último centavo porque le había costado a él mismo, aquel que no dudaba en meterse al taller y enseñarle al obrero ciertos trucos mecánicos, aquel que apenas hablaba inglés pero era muy bueno para los negocios con los gringos, aquel que con el producto de su trabajo y ahorro –y alguna que otra buena relación con algún gobernador– se construía una casota con albercota y cochera al estilo suizo tan sólo porque algún arquitecto picudo le había logrado vender la idea. Los ciclos se forman y reforman, y en este vuelco –signado por sus propias envergaduras– se aplican las posibilidades de, las argucias para, los elementos con que, las peticiones desde.

Con una ventaja: todo esto es agradable. Ya no hay con que ay no, qué hueva, fíjate que siempre no, después; ahora, con tanta herramienta digital todo se conduce por la ancha avenida de los estándares aceptables. Todo en formato especial como lo indica el browser, el excel, viewer adaptado, con altas resoluciones y con la dirección clara como la que apunta la nueva concepción virtual sobre las actividades: si los diccionarios definen al empresario como el que opera o asume el riesgo de crear una empresa, el cyber empresario es el que opera, organiza y asume los riesgos de crear aventuras empresariales relacionadas u operadas mediante reglas globales como Internet, en las que afortunadamente existen guías como la *Cyberpreneurs Guide to the Internet: A Guide to selected resources for entrepreneur on Internet* la cual puede accederse mediante la *Clearinghouse for Subject-Oriented Internet Resource Guides*: en gopher://una.hh.umich.edu/00/inetdir-stacks/cyberpre&3aschwilk, o en <http://asa.ugl.lib.umich.edu/chdosc/cyberpreneur/Cyber.html>, mismas que describen recursos factible de emplearse por los interesados en el empleo empresarial de Internet».

Colofón: colofón

Como dijera don Susanito: «los tiempos cambian». Ya nada es igual. No es lo mismo. Todo puede suceder en un momentáneo momento. Los recursos de la inteligencia humana echados a andar para favorecer la inteligencia humana no son pocos ni son muchos simplemente son. De lo contrario, encienda su computadora: se llevará una grata impresión. Para cualquier duda, comentario o consejo espiritual llame a mi buzón electrónico: a Vigil@infosel.Met.mx. Barrio Antiguo.



Album regiomontano

Alfredo Zapata Guevara

Mercado Colón

(para leer de corrido y sin tropiezo)

Legas y es otra atmósfera, otro mundo, rápido, rápido, Mercado Colón, cueva, catacumba, mercado, mercadito, todo se vende, todo se compra, amontonamiento de gritos, confusión de olores, todo se vende, frutas, tacos, granos, cuerpos y protección. Todo cabe en una palabra sabiéndola expresar: mercancías. Al fin y al cabo es un mercado.

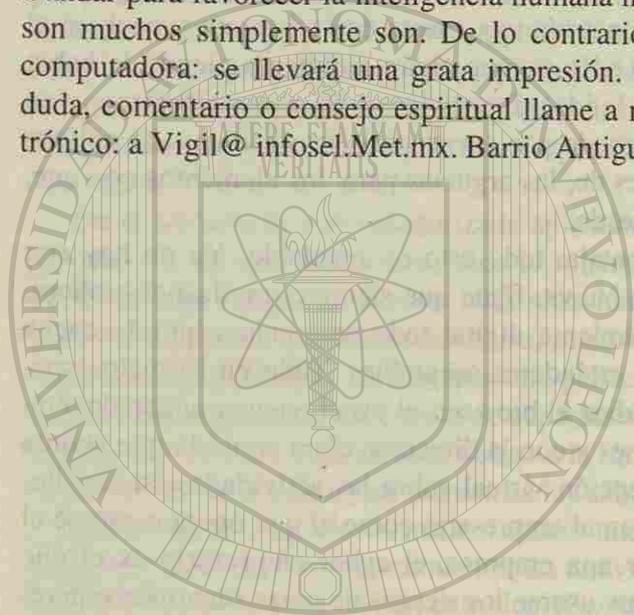
Te adentras y hay más gritos, más olores, el paseo y la vida cotidiana de unos cuantos, responsabilidad de muchos, tranquilidad de pocos, nido de ratas y botín de sindicatos, asociaciones, uniones, líderes y cucarachas. Baterías de puestos, productos mexicanos, tomates, chiles, frijoles, hierbas de unas y de otras, de la golden, de la buena, de la pegadora, de la fregona, de la chingona, y ahí está la protección vendida, la protección comprada.

Por los rincones los compas, con la mirada vidriosa y las manos con temblorina. La cruda, la maldita cruda, la pinche cruda a todas horas. Un trago, mi reino por un trago, mis risas, mi familia, mi desempleo por un trago.

Y en los otros rincones los pajarillos de blancas alas que venden un faje al mejor marchante. Aquí no hay sinfonolas, sólo radios y grabadoras, y se oye a Vicente, a Cornelio, a los

Colofón: colofón

Como dijera don Susanito: «los tiempos cambian». Ya nada es igual. No es lo mismo. Todo puede suceder en un momentáneo momento. Los recursos de la inteligencia humana echados a andar para favorecer la inteligencia humana no son pocos ni son muchos simplemente son. De lo contrario, encienda su computadora: se llevará una grata impresión. Para cualquier duda, comentario o consejo espiritual llame a mi buzón electrónico: a Vigil@infosel.Met.mx. Barrio Antiguo.



Album regiomontano

Alfredo Zapata Guevara

Mercado Colón

(para leer de corrido y sin tropiezo)

Legas y es otra atmósfera, otro mundo, rápido, rápido, Mercado Colón, cueva, catacumba, mercado, mercadito, todo se vende, todo se compra, amontonamiento de gritos, confusión de olores, todo se vende, frutas, tacos, granos, cuerpos y protección. Todo cabe en una palabra sabiéndola expresar: mercancías. Al fin y al cabo es un mercado.

Te adentras y hay más gritos, más olores, el paseo y la vida cotidiana de unos cuantos, responsabilidad de muchos, tranquilidad de pocos, nido de ratas y botín de sindicatos, asociaciones, uniones, líderes y cucarachas. Baterías de puestos, productos mexicanos, tomates, chiles, frijoles, hierbas de unas y de otras, de la golden, de la buena, de la pegadora, de la fregona, de la chingona, y ahí está la protección vendida, la protección comprada.

Por los rincones los compas, con la mirada vidriosa y las manos con temblorina. La cruda, la maldita cruda, la pinche cruda a todas horas. Un trago, mi reino por un trago, mis risas, mi familia, mi desempleo por un trago.

Y en los otros rincones los pajarillos de blancas alas que venden un faje al mejor marchante. Aquí no hay sinfonolas, sólo radios y grabadoras, y se oye a Vicente, a Cornelio, a los

Cadetes. Tampoco hay preocupación por el mundo, los ingleses son una metáfora, los argentinos una fábula, pásele, pruébelo, a dos por uno. Israel quién sabe dónde jodidos quedará pero el tomate ya bajó.

Niños, muchos niños, con delantal, sin delantal, sin zapatos, sin escuela, sin padre, a veces sin madre. Con hermanitos, muchos hermanitos, todos menores, todos comen, alguien tiene que mantenerlos.

Perros, algunos perros, de los de cuatro patas, y de los otros, de los que buscan comida y de los que quieren morder. Aquí está la pura síntesis, el lumpen como le dicen.

No falta el mero merolico, con mercancía pero sin partido, con verbo, con recursos, con retórica, con promesas absurdas, con la medicina universal y con el remedio para todos, qué lástima, no tiene partido.

Aquí está también el escribidor, el escritorio público, manos lustrosas, trajes lustrosos, todos la misma historia, reventado de la escuela y ahí está, atado a una silla, encadenado a una máquina de escribir, sin huellas digitales, se le acabaron junto con las letras de las teclas.

Las historias truculentas, los amores prohibidos, las equivocaciones de sexo también tienen su lugar, la ignorancia y el incesto, el padrastro y los entenados, el hijo de la chingada y los desagradecidos, la mujer burlada y el marido cornudo, ya lo ves nada falta, otra atmósfera, todo junto, otro mundo, Mercado Colón, cueva, catacumba, mercado, mercadito, todo se vende, todo se compra.

Los caminos de la vida

(Para leer mientras se viaja en un ruta 39)

Sí mi cuate, mi canción viaja en camión. Ciegos falsos, ciegos verdaderos, niños explotados, niños solidarios, adultos alcohólicos, bohemios y uno que otro necio que se niega a perder an-

te la vida. Por este pasillo le llegan. Cantores de las desgracias ajenas y exponentes de la propia, de un camión a otro, por la mañana, por la tarde y a todas horas.

Voz ronca, desgastada, entre rugidos de motos se trata de imponer. Competencia desleal entre la potencia de la máquina y la garganta desvalida. Guitarra maltrecha, pegajosa, llena de cochambre, destartada, desafinada, haciendo juego con el desaliño del cantor, personaje desgarrado, flaco, de silueta desdibujada, de triste figura, cercana a lo quijotesco.

Cantor de camión, refugio de desesperados. Todo es subir y empezar a entonar, aclarar la garganta y trastabillar con el vaivén del viaje. Posarse ante la pareja, el obrero, el estudiante y algún despistado de traje ajado. Lugar pleno de sudores, de asfixia momentánea, de esfuerzos agotadores, de esquina a esquina y de ruta en ruta.

Enorme bolsa de pantalón de payaso, allá en el fondo tintinean las monedas engrasadas, sudadas, apretadas, anheladas, salvadoras. A veces las malas caras y a veces el gesto solidario, pocas veces monedas abundantes y muchas veces la escasez.

El cantor en busca de acomodo, de aceptación por tres seis cuabras o dos paradas, haciéndole al flaco, juntando los hombros por arriba de su cabeza, pegando la panza a la propia espalda y recogiendo las muestras de distinto aspecto: el enojo, la incomodidad, la resignación, la sonrisa, el gruñido, la indiferencia.

Subir sin rumbo fijo, pero con mucha fe, a dar la batalla, a repetir la misma canción, a darle vueltas a la misma cinta. Cantores de escasos instrumentos, guitarra desvencijada, bongó apaleado, aunque lo más común un abollado bote de hojalata o un guiro desgastado.

«Los caminos de la vidaaaaaa/ no son como yo pensaba/ como los imaginabaaa...» Cantores de camión, ahora sí que compañeros de viaje, sufriendo las mismas, pasando por todo lo de todos. Sin altos ni esperas, cualquier ruta es la misma porque van por los caminos de la vida.

Los olores de Monterrey

(Para leer sin sarolo)

Por el olfato los machos saben que la hembra está en celo, por el aroma que se percibe se identifican algunas zonas del área metropolitana de Monterrey. El olor es un monólogo que invita al diálogo, sale de un punto y se disemina en el ambiente. Las casas despiden un aroma, la casa impregna a sus habitantes y viceversa; es por ello que los perros y los gatos desconocen a los ajenos al hogar, a los intrusos.

Un recorrido por Monterrey y su zona conurbada pone de relieve lo que para sus habitantes es cosa común. En el aire de la Colonia Talleres y la María Luisa casi se puede morder el aroma del tabaco que emana de La Cigarrera, un penetrante olor se apodera del medio ambiente. Aunque tiene casi enfrente a Orión, no hay competencia para los nervios olfativos de los vecinos y los transeúntes. Y a pesar del aire cargado de inmundicias ciudadanas una profunda aspiración al pasar por el lugar recuerda la atmósfera de las antiguas torcedoras de tabaco, con aire que endulza las entrañas.

Muy cerca de ahí, caminando hacia la Mitras Norte, CYDSA o Celulosa se coloca en la contraparte. El pudor haría decir que ahí hay «cierto olor a podrido o flatulencia producida por la digestión de huevo». No importa, caminas hacia el oriente hasta llegar a la Colonia Industrial y un aroma a cerveza cruda te reconcilia con la ciudad: es el olor familiar de la malta.

Nada más por ligar lo geográfico se impone brincar a la colonia Garza Nieto, o sea La Coyotera. Ahí el aroma que impera es la cerveza agria, derramada día tras día, noche tras noche por la torpeza y traspies de los sentidos embotados. Con frecuencia se mezclan los aromas de los orines en evaporación. El aroma dulzón del semen, otro de los líquidos que corre en el lugar, aunque con menos abundancia de lo que se

presume, es asesinado con la hoja de doble filo del binomio perfecto: cerveza-meados.

Ni modo, luego te toca la Central de Autobuses, ¡ah la Central!, ahí están las columnitas de humo de las fritangas aderezadas con cierto toque de ocote que utilizan los eloteros para mantener calientes sus productos. Y el aroma viene y va con ellos. Sus barrios, sus casas, sus colonias guardan y despiden ese olor de grasas, de aceites quemados.

Allí, nada más cruzando unas cuantas calles, se puede encontrar a los puesteros de Reforma, cubiertos ahora por una atmósfera con olor a plástico, a hule, producto de la bisutería norteamericana o de sus empaques. El olor a óxido, a sudor agrio es opacado por lo «made in Taiwan».

El lecho del río Santa Catarina tuvo un tiempo cierto hedor a muerto. Las víctimas del huracán Gilberto (septiembre de 1988) que ahí reventaron le dieron esa característica. Hoy sólo el polvo inunda los pulmones dejando al olfato con «un palmo de narices».

Cerveza agria, fritangas, orines, tabaco, semen, incluso excrementos, son huellas de seres vivos, palpitantes. Sin embargo, hay una colonia conocida por sus habitantes como «La Colonia», que es inodora. «La Colonia», o sea la Del Valle, despide aroma a ...nada. Los filtros de los extractores de cocina matan el alma odorífera de sus guisos. Las casas climatizadas no permiten emisiones de su aroma al medio ambiente.

La Macroplaza

(Para leerse en el Parque Hundido)

De norte a sur limita con el poder, de oriente a poniente con la impotencia. Al norte limita con el encarnado poder político del Estado; al sur, con los esfuerzos y desmayos del pequeño poder de la ciudad. Al oriente con la impotencia ciudadana, al

ponente con enorme caos urbano. Es la Macroplaza, la Gran Plaza a pesar de la crisis, la terquedad en la tempestad.

Y pregunto como el obrero de Brecht «¿Quién construyó Tebas la de las Siete Puertas? En los libros figuran sólo nombres de reyes. ¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra».

La Macroplaza casi se vuelve a plazos, sepultura pública para unos, glorias eterna para otros. En su gestación-construcción se convirtió en tragadora de hombres, glotona, agotante. Aplastados o extenuados ahí quedaron, llenos de polvo, de callos, reventados como caballos o bajo un cerro de bloques de sillar, muerte pública pero anónima para el transeúnte actual. Sin honor, sin mayor mérito que el de empujar una pala.

Macroplaza, operación quirúrgica, cirugía plástica, señora presumida con nariz arreglada. En el lejano pasado barrios populares, bravos; en el pasado cercano símbolo de trabajo y esfuerzo. Donde hubo viviendas que cobijaron pobrezas ahora hay caros estuches para automóviles, conversión entre infame y afortunada, de hogar a cajonera, de casa a estacionamiento.

Macroplaza, zona de fantasmas, explanada de héroes y mitos, zona de marchas y protestas, motivo de desvelos, centro de discursos, pretexto de injusticias, alusión de informes, justificación de gastos. ¿A quién daremos el crédito de su construcción? ¿Al que acomodó las piedras o al que dijo «vayan por ellas»?

Avenida Juárez

(Para leerse de esquina en esquina)

Aquí, con el perdón de El Cocodrilo (frase que sólo entenderán los iniciados), no señor, este gran surco no sirve para sembrar, esta es la Avenida Juárez. Recorrerla es un espectáculo fascinante. Clásico paisaje urbano. Los grandes contrastes ahí están. Para muestra basta un ojal y dos botones.

Avenida Juárez, inmóvil río de pavimento, agitada corriente de seres humanos. Columna vertebral de la ciudad y arteria vital del comercio. Objeto de experimentos y sujeto de caprichos. Semejante a muchas y distinta de todas. Pasarela de moda y cajón de sastre.

En sus orillas de todo se puede encontrar: iglesias, mercados, cines, bancos, farmacias, plazas, librería, ropa para damas, niños, quinceañeras, novios, escuelas, refacciones, cafeterías y demás.

Eso fue un botón, porque el otro que se abrocha en el mismo ojal, son los dulceros, elotereros, globeros, mendigos, marías, papeleros, chicleros, puesteros, paleteros, billeteros, mordelones, policías, yerberos y otros entresijos de la patria.

«...Y todos es un montón de frías cenizas, un hervidero de gusanos, en el andar sin danza de los jóvenes, un sollozar por su destino en el rostro apagado de los jóvenes, y un juego con la tumba en los ojos manchados del anciano». Sí, así es, se puede ver al joven con el desempleo a cuestas y al jodido alimentándose de su miseria, al imbécil que ambiciona trapos y perfumes y al viejo en la frontera de la vida.

Sin paz, sin sosiego, eterna actividad, de día y de noche. Ajetreo, velocidad, calor, enajenación. Amplitud y soledad nocturna que permite la convivencia de prostitutas en busca del cliente que le permita sobrevivir y homosexuales buscando su parte complementaria, ya sea servir o ser servidos. A pie o en auto. Sí, Avenida Juárez, ya te vi en la oscuridad y no eres tan inocente como pareces. Eres de comercio no tan blanco por el día y de comercio no tan negro a la luz de la luna y las farolas.

Ya vi que te dejas caminar a medianoche por los borrachos, los poetas y las putas. Y a los tres abrazas, a los tres les das cobija, a los tres les das pretextos para ser lo que son y para buscar lo que buscan. Los unos te cubren de vómitos, los otros de improperios o de angelicales perversidades. A veces las cosas se dan juntas o se intercambian, nada impide tu sádi-

co romance con ellos. Las ideas y resentimientos quedarán junto con la mugre de las esquinas, simple y sencillamente porque tienen razón. Sin pensar qué es lo que te mereces por ahí te andarán, acudirán a la imprescindible cita.

Perdón Cocodrilo pero aquí no he visto turistas gringos, cae uno que otro despistado, no más. Aquí no llegan las tribus espigadas con ráfagas azules. Aquí llegan los frutos de la miseria del campo, la explotación infantil, la ola del vicio, el rescaldo del pequeño poder corrupto, la mezquindad de dirigentes obreros, la barbarie, la ignorancia, la ignominia, los signos de los jodidos, los símbolos de la crisis. La Avenida Juárez de tu loca y gran ciudad, es y no es como la nuestra.

➤ Avenida Juárez, tarjeta postal. A despecho de paisajes naturales buenas son tus singularidades. Inspectores mordelones, vendedores de lotería, fascinante fantasía. Rico de la noche a la mañana, sin esfuerzo, sin sudor. Como suturas inútiles, como puntadas dadas en heridas falsas ahí están tus puentes a punto de caer de tanto no usarse.

Por donde te muevas y a donde le des, ahí están, a flor de banqueta, a flor de calle, en comercio primitivo, en la última estación de la esperanza: los puesteros. Ni románticos, ni legales, no hay tiempo para ello. Se mezcla el coraje por la vida y la explotación indebida.

Avenida Juárez, tiro al blanco, juego de puntería y putería. Desde las orillas te llegan al centro. Y de repente el telón de lo irrespirable se levantó, arteria prohibida. Avenida Juárez, calle de locos y cuerdos, calles de olvidos y recuerdos, calle del pasado y porvenir... -no-que-no-ya-vol-vi-mos-a-sa-lir.

Crónica del...

Epílogo

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El punto de vista de la...

co romance con ellos. Las ideas y resentimientos quedarán junto con la mugre de las esquinas, simple y sencillamente porque tienen razón. Sin pensar qué es lo que te mereces por ahí te andarán, acudirán a la imprescindible cita.

Perdón Cocodrilo pero aquí no he visto turistas gringos, cae uno que otro despistado, no más. Aquí no llegan las tribus espigadas con ráfagas azules. Aquí llegan los frutos de la miseria del campo, la explotación infantil, la ola del vicio, el rescaldo del pequeño poder corrupto, la mezquindad de dirigentes obreros, la barbarie, la ignorancia, la ignominia, los signos de los jodidos, los símbolos de la crisis. La Avenida Juárez de tu loca y gran ciudad, es y no es como la nuestra.

➤ Avenida Juárez, tarjeta postal. A despecho de paisajes naturales buenas son tus singularidades. Inspectores mordelones, vendedores de lotería, fascinante fantasía. Rico de la noche a la mañana, sin esfuerzo, sin sudor. Como suturas inútiles, como puntadas dadas en heridas falsas ahí están tus puentes a punto de caer de tanto no usarse.

Por donde te muevas y a donde le des, ahí están, a flor de banqueta, a flor de calle, en comercio primitivo, en la última estación de la esperanza: los puesteros. Ni románticos, ni legales, no hay tiempo para ello. Se mezcla el coraje por la vida y la explotación indebida.

Avenida Juárez, tiro al blanco, juego de puntería y putería. Desde las orillas te llegan al centro. Y de repente el telón de lo irrespirable se levantó, arteria prohibida. Avenida Juárez, calle de locos y cuerdos, calles de olvidos y recuerdos, calle del pasado y porvenir... -no-que-no-ya-vol-vi-mos-a-sa-lir.

Crónica del...

P...
Epílogo
JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El...
posibilidad...
Epílogo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

Crónica del ojo de agua¹

Para los lectores de esta capital, que conocen todas sus entradas y salidas, rincones y encrucijadas, no necesitamos dar explicación alguna sobre el significado del rubro que encabeza este articulejo, y que emplearemos en lo sucesivo para marcar una sección de nuestro periodiquillo, en la cual daremos albergue a pequeñas producciones y diálogos más o menos desabridos, según el paladar de los pacientes. Mas para los lectores foráneos la cosa cambia de aspecto, y creemos indispensable, para mayor claridad y para que no se queden, según suele decirse —como el que chifló en la loma— darles una breve idea de lo que es ello.

Habéis de saber, pues, pacientísimos leyentes, que en esta estrambótica ciudad, en donde todo es, o se hace, o se quiere hacer al revés de lo que se llama el orden natural: en donde los templos se convierten en teatros y los cafés en tribunales; en donde las oficinas públicas se vuelven tertulias y cantinas las boticas; donde el Ayuntamiento tiene humos de Congreso y éste no pasa de ser un Cabildo; en donde los comerciantes quiebran y al otro día acomodan dinero al tres por ciento; en donde se cobran contribuciones al hombre honrado y se pagan al usurero; en donde como el holgazán y el que trabaja se

¹ Copia infiel de un artículo aparecido en *El Tábano*, periódico popular independiente. Monterrey, mayo-junio de 1868. Transcripción de Daniel Sifuentes Espinoza.

muere de hambre; en donde las caras consumen más harina que los estómagos; en donde el que se afana por ilustrar a la sociedad recibe duras lecciones de ella; en donde bebe el pueblo y se les sube a los decentes; en donde, en fin, para no cansar, se llama escandaloso al que castiga un escándalo, en esta original y extravagante ciudad, decíamos, existe un manantial copioso, situado casi en el centro de la población, que es llamado el Ojo de Agua grande.

Ahora bien, ya con el conocimiento de la existencia, existencia que os aseguramos con toda certidumbre, porque de ella han dado testimonio nuestros propios ojos, y no porque lo hayamos oído de la boca del mismo ojo de agua (que sobrados motivos tiene para estar agraviado), con esta certeza, repetimos, nos atrevemos a esperar que no pondréis dificultad alguna en creer que en ese delicioso aguaje se reúne lo más selecto de las lavanderas.

Esta congregación anfibia, especie de convención, jurado, club, o como se quiera llamar, es lo que todo vecino de Monterrey conoce con el nombre de Tribunal del ojo de agua. Tan respetable concilio, como que esta compuesto de seres parlantes, y por cierto, de los que más gustan del parlamentarismo, habla, arguye, discute y fulmina decretos más temibles todavía que las decisiones de una junta inquisitorial.

De las discusiones y fallos de este conclave femenino, nos proponemos sacar un material copioso e interesante que en esta crónica presentamos a los lectores, y del cual tomamos el siguiente diálogo que copiamos tal como se nos metió entre las orejas.

La tía Mamerta. «Oiga usted vecina, ¿qué sabe usted del tumulto que hubo la otra noche entre unos empleados del Palacio y unos extranjeros?»

La tía Blasa. ¡Ay vecinita! Le aseguro que es cosa de comenzar y no acabar, según lo que las lenguas dicen de unos y otros señores.

Tía Mamerta. Pero, ¿qué es lo que dicen?

Tía Blasa. Pues, para no cansar a usted, dicen que el que mandó a esos señores americanos a donde están los otros, es un hombre que merece que lo quemem vivo; pues, ¿cuándo nunca se había visto que avergonzaran a unos señores ricos nomás que porque andaban en la calle con la alegría encima? ¡Haberlos metido en aquel piojero, pegarlés con un ñerval de toro y hacerlos cargar el caballo...!

—A propósito— dijo interrumpiendo a la preopinante una mujercilla regordeta, tipo de esos temperamentos privilegiados que de todo sacan pretexto para reír, ¿no saben ustedes lo que le pasó a uno de esos extranjeros cuando el presidente de los presos le dijo que ayudara a sacar el barril? Le dijo: «Oiga usted amigo, sáquese el caballo». Y le contesta el extranjero: «Pero si mi no traer cabalgadura, usted mismo ver como entramos de a pie». Ja, ja, ja, ya se ve como el pobrecito no entiende bien nuestra lengua... eso de llamar caballo a un barril, solo lo saben los que han entrado a la cárcel.

Tía Blasa. Anda, ¡mala yerba! Serías capaz de reírte así vieras ardiendo a tus propios hijos. No sabes que según El Atalaya semejante atropello nos traerá la guerra con los americanos, porque es una cuestión internacional.

María Cleofas. ¿Con qué es decir que tendremos otra como la del tiempo del difunto Imperio? y ¿habrá traidores y traidoras y tantas otras cosas nuevas como las que nos vinieron de Francia? ¿Pues que tiene de malo que echen a la cárcel al que comete un desorden en la noche? ¿No amanece todos los días el Hotel Vara lleno de gentes pobres, nomás porque se descompasan en levantar el codo? ¿O qué, para los ricos hay una ley y otra para los pobres? Todos los que en este asunto piensan como el Atalaya son un atajo de chismosos, habladores, malos mexicanos que poco les importa promover cuestiones contra el país a que no merecen pertenecer, con tal de desprestigiar a personas que acaso les estorban para asaltar los puestos públicos, único norte que han seguido siempre.

Tía Blasa. ¡Lengua de víbora! Hablas así porque estas vendida a algún empleado.

María Cleofas. Ja, ja, ja... y usted opina lo contrario porque no ha conseguido hacerse comprar, lo mismo que ciertos políticos.

Aquí, no pudiendo sufrir más la buena Tía Blasa, se lanzó contra la insolente que así la insultaba, concluyendo la sesión con unos cuantos estrujones y arañazos como suele suceder en toda asamblea deliberante.

Yendo y viniendo días, dio la casualidad que se encontraran una tarde doña Timotea las que recordando los tiempos pasados, iniciaron el siguiente diálogo.

Doña Timotea. ¡Válgame Dios doña Pascasia, a que tiempos hemos llegado! Figurese usted que hoy ya no se casa ninguna muchacha a los quince, como nos sucedía a nosotras. Hoy hormigean las doncellas a montones, blancas, rubias, morenas, trigueñas y retintas, gordas, delgadas, altas, bajas, de veinte, treinta y hasta cuarenta abriles, porque no todas pierden aún la esperanza de que el día menos pensado les haga el milagro San Antonio; y por más que haya jóvenes y más jóvenes, nada se trata en serio; y hay tiene usted como éstas pobrecitas muchachas se meten al fin, desengañadas del mundo, a hermanas de la comodidad (caridad, quise decir), o se quedan quietecitas en sus casas para vestir santos.

Doña Pascasia. Es verdad que en nuestros bellos tiempos, allá cuando se cantaban boleras y se bailaban el minué, era otra cosa; se casaba una con el primero que la pretendía y a los quince, y no se consideraba tampoco a los pobres empleados como espíritus invisibles, ni como camaleones que se mantienen con puro aire. Pero ahora sucede todo esto porque es un castigo de las herejías, a que, según nos dicen los padrecitos, hemos llegado. Pues, ¿qué es esto de quitar las procesiones los muy herejotes, como si a ellos les costará? ¿No saben los mal nacidos que las han quitado, que si antes las había era porque nosotras las costeábamos, como costeamos hoy la hermandad

de la Vela Gorda? Usted misma doña Timotea, que es de las reformadas y tan enemiga de los padrecitos, lo esta viendo. Y a propósito, ¿cuándo se casa su ahijada?

Doña Timotea. Ella se casará cuando se establezca que los padrecitos también se han de casar, lo que yo no creo difícil.

Doña Pascasia. ¡Casarse los padrecitos! Y luego, ¿con quién se confiesa uno? Es verdad que según me contaba mi primer marido, que por cierto le decían masón, que los apóstoles todos fueron casados, pero eso acontecía porque eran otros tiempos. Como que la gente ha sido siempre amante de lo nuevo, maestros y discípulos se dedicaban con más entusiasmo a los deberes de la doctrina, viviendo los primeros de la caridad y unos y otros dedicándose en el rincón de sus casas a rezar y hacer penitencia; más hoy todo eso se ha hecho viejo, según expresan, y que para hacer frente a tantas otras religiones inventadas por el enemigo malo, ya no valen sermones ni se pueden emplear los saludables remedios de la Inquisición, es necesario que los padrecitos no se limiten a su misión evangélica, porque no habría quien les hiciera caso, y tienen por lo mismo que ver cómo toman cartas en las cosas temporales. No es tampoco conveniente que sean casados como los sacerdotes de los primitivos tiempos lo fueron, porque así se tornarían en ciudadanos, que es lo que se ha querido evitar con el establecimiento del celibato.

Doña Timotea. Y si no hubiera sido eso, ya habría visto usted, doña Pascasia, cómo los padrecitos ahora en esta guerra con los franceses todos se hubieran puesto de nuestra parte.

Aquí iba en su conversación estas venerables ancianas, cuando habiendo llegado una de ellas a su casa, que se halla en la calle de «sal si puedes», se despidió de su amiga, ofreciendo continuar en otra ocasión tan amena charla.

Convocamos de nuevo a los lectores ante la respetable Loggia del lavadero, demandando su atención para que escuchen los altercados que últimamente se han suscitado entre los principales miembros de tan escrupulosa hermandad. La sesión se

ha abierto sin formalidades, como debe hacerse en toda asamblea democrática.

Tía Mamerta. Y dime, ya que has mencionado al Tábano, ¿qué jaez de papel es ese y qué dice de provecho? Tu que eres amante de averiguar vidas ajenas debes saber algo de él.

María Cleofas. Pues por lo que me han contado creo que es un periódico, lo mismo que todos los de su familia, que se perece por buscar camorra con todo el mundo y que no sé si dirá algo de provecho, pero me aseguran que le gusta mucho la chismografía. Usted verá ¡pues no ha dado en poner con letras de molde todo lo que platica en el ojo de agua, sacándonos a bañar a las pobres lavanderas!

Tía Mamerta. Mira tú, ya me lo habían dicho, pero yo no creía que nos hicieran tanto honor. Por supuesto que no hablará mal de la familia, porque sé que solo se ocupa de relatar lo que nosotras hablamos.

María Cleofas. Ya se ve que sí y desde que he sabido eso me he vuelto más chismosa que de costumbre, pues francamente no me disgusta ver mi nombre estampado como los de los señores del Congreso. Lo que me desconsuela es que no se ha vuelto a ocupar de nosotras, a pesar de que día con día nos hartamos de prójimo.

Tía Mamerta. Puede ser que las cosas que hemos hablado no merezcan la pena de que las sepa el público.

María Cleofas. ¡Cómo que no! ¿Le parece que a nadie interesará lo que nos informó la comadre Teófila el otro día sobre lo que hicieron esos señores que se llaman Junta de Revisión, de las últimas contribuciones que se han mandado cobrar y que han caído como una plaga sobre los pobres? Pues vaya que bien merece la pena que se divulgue la clase de conciencia que tienen unos hombres, que creen justo que pague lo mismo un empleado que gana cien pesos, que un ricote de más de cien mil; o lo que es lo mismo, un sirviente que tiene de salario diez pesos, que un propietario que tiene un capital de diez mil.

Tía Mamerta. Tienes razón muchacha, y los empleados a quienes pasa tal cosa, pueden muy bien decir lo que aseguran que dijo el león de la fábula. ¿Qué hijo o hija de vecino hay que, teniendo modo, no eche a retozar sus puercos en el huerto de su vecino, antes que en el suyo propio? Se divierte más el que va al fandango que el que lo costea; un real en otra mano se nos figura un duro y un tostón en la nuestra es menos que una cuartilla. Y de las funciones del 5 y 15 de mayo ¿qué han dicho?

María Cleofas. A lo menos no han dicho lo que era de esperarse, por ejemplo, que en la reunión que hubo en el Gobierno el primero de estos días, no asistieron a las felicitaciones, como debía ser, tres personajes del cabildo grande, los cuales prefirieron ir a solemnizar tan glorioso día entre los colegiales. Pero ¡ya se ve! también el rey de los patriarcas, como llaman las letanías a Nuestro Señor, gustaba más de conversar con los inocentes que con la gente madura.

Tía Mamerta. ¿Y del baile que hubo en el teatro, qué cuentan?

María Cleofas. Nada, ni una palabra, cuando yo que ellos, lo primero que haría es preguntar, ¿por qué sería el 15 y no el cinco cuando le dieron?

Tía Mamerta. Eso no se pregunta, pues ¿qué no ves que el santo principal de la fiesta del 15 está vivo y el del 5, no? y ya sabes que a muertos y a idos no hay parientes ni amigos. Pero si hablando nomás de lo que pasó en el baile, se podían contar tantas cosas...

María Cleofas. Cierto que sí, tía. Y desde luego volvería yo a preguntar, ¿por qué no asistirían ni a los discursos, ni a las felicitaciones, ni al baile, ciertas personas que siempre han hecho alarde de ser muy patriotas?

Tía Mamerta. A eso sí que no sabré responder, pero se me hace que el Tábano (si no fuera por el respeto que se debe a los muertos) ya lo habría dicho.

María Cleofas. Yo que el ya lo hubiera cantado, a pesar de todos los muertos del mundo. Podía siquiera hablar algo de lo

que pasó en el baile, que aunque nada tiene de nuevo, porque es lo que pasa siempre, sin embargo, divertiría mucho, porque nunca se ha escrito en los papeles públicos.

Tía Mamerta. ¿Y quieres decirme qué pasó, muchacha?

María Cleofas. ¡Tal como si nada fuera! que saquen a bailar nomás a las muchachas bonitas, dando unos plantones de toda la noche a las pobres feas y a las que se han pasado ya un poco de sazón; que los casados enamoren a las doncellas y los solteros a las casadas; que se achispen los hombres para andar cometiendo después algunas faltas con las señoras, y a éstas no les den un trago de agua; y sobre todo que las mujeres lleven al baile unos trajes que más parecen de montar a caballo, y con los cuales la más rescatada no puede escaparse de que todo el mundo diga —esa tiene cola que le pisen— como en efecto se las pisan y muchas se quedan a mitad de la diversión, como suele decirse, en faldillas. Y esto fuera todo, pues creo que en otras ocasiones han dado espectáculo algunas parejas de bailadores, rodando por el suelo, ¡enredadas en una cola!

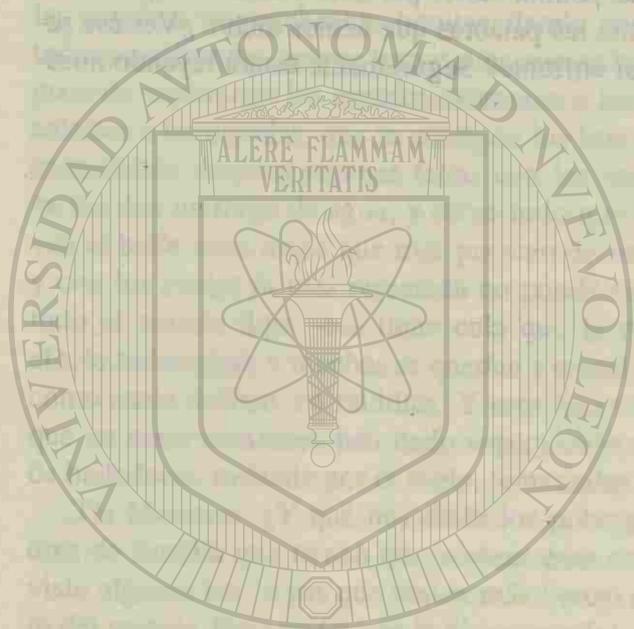
Tía Mamerta. ¿Y qué nos dirán los pobres maridos y padres de familia que tienen que costear esas colas? porque he visto algunas tan largas que tienen más lienzo que todo el resto del vestido. Pero en fin, ¡es la última moda!

María Cleofas. Pues me río de la moda, que no tiene más que una ventaja y no para las que la usan, sino para los encargados del aseo de la ciudad, porque les economiza escobas. Nomás una cosa falta para que la moda se convierta en una invención de utilidad y ahorro para los municipios, y es que al mismo tiempo que las colas van barriendo, las que las arrastran fueran regando, lo cual sería mejor con mucho a las carretillas que dicen han inventado los extranjeros de no se dónde para barrer y regar al propio tiempo.

Tía Mamerta. La verdad muchacha, que tienes tus ocurrencias medio mal intencionadas, y es necesario que esas cosas no las digas tan recio que pueden entenderlo las niñas a quienes les lavas y ya verás que te pueden torcer y quitarte sus ropas.

María Cleofas. ¡Vaya si me cuido yo de eso! afortunadamente no comercio con las que usan dos cabezas ni con las que se echan albayalde en la cara, ni menos con las que arrastran lo que todo el mundo cuida más.

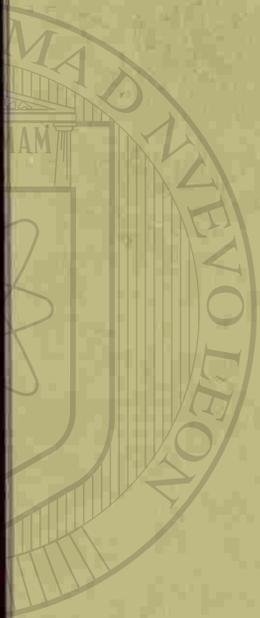
Tía Mamerta. ¡Calla, calla! por esta ocasión sí que no se llevará la corriente las palabras que hemos dicho. ¿Ves ese señor que está aquí enfrente? Seguramente estará leyendo nuestras palabras.



Monterrey, espejo nuestro de cada día, se terminó de imprimir en Grafo Print Editores, S.A., el veintidós de julio de mil novecientos noventa y seis. Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Margarito Cuéllar y Alfredo Zapata Guevara.

Foto de portada: Pablo Cuéllar.
Diseño de portada: Martín Parra: Imagina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

